
Qué es el
Espiritismo
Allan Kardec

¿QUÉ ES EL ESPIRITISMO?

Introducción al conocimiento del Mundo Invisible por las manifestaciones de los espíritus

CONTIENE

el resumen de los principios de la Doctrina Espiritista
y las respuestas a las principales objeciones

POR

ALLAN KARDEC

PRÓLOGO

Las personas que sólo tienen del Espiritismo un conocimiento superficial, se ven naturalmente impulsadas a hacer ciertas preguntas, cuya resolución hallarían con un estudio profundo. Pero les falta tiempo, y a menudo voluntad para entregarse a continuadas observaciones. Se quisiera, antes de empezar semejante tarea, saber por lo menos de qué se trata, y si vale la pena que nos ocupemos de ello. Nos ha parecido, pues, útil ofrecer en resumen la respuesta que debe darse a las preguntas fundamentales que nos dirigen diariamente. Esto será, para el lector, una primera iniciación, y ahorro de tiempo para nosotros, dispensándonos de repetir constantemente lo mismo.

En la Introducción damos una rápida ojeada sobre la historia del Espiritismo en la antiguedad, exponiendo a la vez su aparición más marcada, en estos últimos tiempos, en América y Europa, y especialmente en ésta, donde ha podido reunirse mayor número de elementos para constituir un cuerpo de doctrina.

El primer capítulo contiene, en forma de diálogo, las respuestas a las objeciones más comunes que hacen los que ignoran los primeros fundamentos de la doctrina, así como también la refutación de los principales argumentos de sus adversarios. Esta forma nos ha parecido la más conveniente, porque no tiene la aridez de la dogmática.

El segundo capítulo está dedicado a la exposición somera de las partes de la ciencia práctica y experimental, en las cuales, a falta de una perfecta instrucción, debe fijarse el observador novicio para juzgar con conocimiento de causa. Es en cierto modo el resumen de El Libro de los Médiums. Las objeciones nacen frecuentemente de las ideas falsas que a priori nos formamos de lo que no conocemos; rectificar éstas es salir al encuentro de aquéllas. Tal es el objeto de este escrito.

El tercer capítulo puede considerarse como el resumen de El Libro de los Espíritus. Es la resolución, por medio de la doctrina espiritista, de un cierto número de problemas de sumo interés, pertenecientes al orden psicológico, moral y filosófico, que diariamente nos proponemos, y a los cuales ninguna filosofía ha dado hasta hoy solución satisfactoria. Pruébese de resolverlos por cualquier otra teoría, sin la clave que proporciona el Espiritismo, y se verá qué respuestas son más lógicas y cuáles satisfacen más a la razón.

Este punto de vista es útil no solamente a los novicios, quienes podrán desde él conocer en poco tiempo y con poco trabajo las nociones más esenciales, sino también, y mucho, a los adeptos a quienes proporcionará medios de contestar a las primeras objeciones, que nunca dejan de hacérselas, y además, porque encontrarán reunidos, en un estrecho espacio y a la primera ojeada, los principios que nunca deben olvidar.

Respondiendo desde ahora y sumariamente a la pregunta formulada en el titulo de este libro, diremos lo siguiente:

El Espiritismo es a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que pueden establecerse con los espíritus; como doctrina filosófica, comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de semejantes relaciones.

Podemos definirlo así: El Espiritismo es la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los espíritus, y de sus relaciones con el mundo corporal.

INTRODUCCIÓN

En el año 1848, llamaron la atención en los Estados Unidos de América diversos fenómenos extraños, que consistían en ruidos, golpes y movimientos de objetos sin causa conocida. Estos fenómenos, con frecuencia, tenían lugar espontáneamente con una intensidad y persistencia singulares; pero se notó también que se producían, más particularmente, bajo la influencia de ciertas personas que se designaron con el nombre de médiums. quienes podían, hasta cierto punto, provocarlos a su voluntad, lo que permitió repetir los experimentos. Con preferencia se servían de mesas, no porque este objeto fuese más a propósito que otro, sino únicamente porque es movible, más cómodo y porque podemos más fácil y naturalmente sentarnos junto a una mesa que junto a cualquier otro mueble. Se obtuvo de este modo la rotación de la mesa, después movimientos en todas direcciones, saltos, caídas, elevaciones, golpes violentos, etc. Este fenómeno fue designado, en un principio, con el nombre de mesas giratorias o danza de las mesas.

Hasta aquí el fenómeno podía explicarse perfectamente por una corriente eléctrica o magnética, o por la acción de un fluido desconocido, y ésta fue la primera opinión que se formó. No tardó en reconocerse, en estos fenómenos, efectos inteligentes de manera que los movimientos obedecían a la voluntad; la mesa se dirigía a la derecha o a la izquierda de una persona determinada, se levantaba, cuando se le mandaba, sobre uno o dos pies, daba los golpes que se le pedían, marcaba el compás. etc. Quedó probado desde entonces. con evidencia, que la causa no era puramente física, y según el axioma de que si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente, se dedujo que la causa de este fenómeno debía ser una inteligencia.

¿Cuál era su naturaleza? Esta era la cuestión. El primer pensamiento fue que podía ser un reflejo de la inteligencia del médium o de los asistentes, pero la experiencia demostró

muy pronto la imposibilidad de que así fuese, porque se obtuvieron cosas completamente ajenas al pensamiento y conocimiento de las personas presentes, y hasta en contradicción con sus ideas, su voluntad y sus deseos; no podía proceder sino de un ser invisible. El medio de cerciorarse de esto era muy sencillo: se trató de entrar en conversación con

aquel ser, lo que se hizo por medio de un convenido número de golpes que significaban sí o no o designaban las letras del alfabeto, y se obtuvieron de este modo respuestas a las diferentes preguntas que se le hacían. Este fue el fenómeno que se designó con el nombre de mesas parlantes. Preguntados todos los seres que se comunicaban de este modo sobre su naturaleza, declararon ser espíritus y pertenecer al mundo invisible. Habiéndose producido los mismos efectos en un gran número de localidades, por medio de diferentes personas, y siendo observados, además, por hombres muy respetables y muy ilustrados, no era posible que fuesen juguete de una ilusión.

Este fenómeno, desde América, pasó a Francia y al resto de Europa, y durante algunos años, las mesas giratorias o parlantes estuvieron de moda, llegando a ser la diversión de los salones.

Luego, el fenómeno presentó un nuevo aspecto que le hizo salir del círculo de simple curiosidad.

Las comunicaciones por golpes eran lentas e incompletas; se notó que adaptando un lápiz a un objeto movible, como una cestita, tablita u otra cosa sobre la cual se apoyaban los dedos, se ponía el objeto en movimiento y trazaba caracteres. Más tarde, se reconoció que aun estos objetos no eran más que accesorios, de los cuales se podía prescindir. La experiencia demostró que el espíritu, obrando sobre un cuerpo inerte para dirigirlo a su voluntad, podía tener acción del mismo modo sobre el brazo o la mano para conducir el lápiz. Entonces se obtuvieron médiums escribientes, esto es, personas que escribían de una manera involuntaria a impulso de los espíritus, las cuales venían a ser de este modo instrumentos e intérpretes de los espíritus.

Desde este momento, las comunicaciones no tuvieron limites y el cambio de pensamientos pudo hacerse con tanta rapidez y extensión como entre los vivos. Era, pues, un vasto

campo abierto a la exploración, un descubrimiento de un nuevo mundo: el mundo de los invisibles, como el microscopio había hecho descubrir el mundo de los infinitamente pequeños. ¿Qué espíritus son éstos? ¿Qué destino tienen en el Universo? ¿Con qué fin se comunican con los mortales? Tales fueron las primeras preguntas que se trataron de resolver. Se supo muy pronto, por ellos mismos, que no son seres excepcionales en la Creación, sino las mismas almas de aquellos que han vivido en la Tierra o en otros mundos; que estas almas, después de haberse despojado de la envoltura corporal, pueblan y recorren el espacio.

No fue ya lícito ponerlo en duda cuando entre ellos se reconocieron parientes y amigos, con los cuales se pudo entablar conversación, al venir a dar pruebas de su existencia, a demostrar que sólo muere el cuerpo, que el alma o espíritu vive siempre; y nos hicieron comprender que están aquí a nuestro lado, como durante su vida, viéndonos, observándonos, rodeando solícitos a aquellos a quienes han amado y cuyo recuerdo es para ellos una dulce satisfacción.

Los golpes y los movimientos son, para los espíritus, un medio de atestiguar su presencia y llamar sobre ellos la atención, de la misma manera que lo haría una persona para avisar que alguien llama. Los hay que no se limitan a ruidos moderados, sino que producen un alboroto semejante al de la vajilla cuando se rompe, al de las puertas cuando se abren y cierran o al de los muebles cuando son arrastrados por el suelo.

Por medio de estos golpes y movimientos convencionales han podido expresar sus pensamientos: pero la escritura ha puesto a su alcance un medio más completo, más rápido y más cómodo, y por esto la prefieren a todos los otros.

Por la misma razón que pueden formar caracteres, pueden guiar la mano para hacer trazar dibujos, escribir música, ejecutar un trozo de ella en un instrumento cualquiera; en una palabra, en defecto de su propio cuerpo, que no tienen ya, se sirven del cuerpo del médíum para manifestarse a los hombres de una manera palpable.

Los espíritus pueden también manifestarse de muchas maneras, entre otras por la visión y por la audición. Ciertas personas llamadas médiums auditivos tienen la facultad de oírles, y pueden así conversar con ellos; otros los ven: éstos son médiums videntes. Los espíritus que se manifiestan a la vista se presentan generalmente bajo una forma análoga a la que habían tenido durante su vida, pero vaporosa: otras veces esta forma tiene todas las apariencias de un ser viviente, hasta el extremo de producir completa ilusión y de que a veces se les haya tomado por personas de carne y hueso, con las cuales se ha podido hablar y cambiar apretones de manos, sin saber que se trataba con los espíritus más que por su desaparición instantánea.

La vista general y permanente de los espíritus es muy rara, pero las apariciones individuales son muy frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte. El espíritu, desprendido del cuerpo, parece que se da prisa en ir a ver a sus parientes y amigos, como para advertirles que acaba de dejar la Tierra y manifestarles que vive aún. Evoque cada uno sus recuerdos, y entonces verá cuántos hechos auténticos de este género, de los cuales no se ha hecho caso, han tenido lugar, no solamente por la noche durante el sueño, sino en pleno día y en el estado más completo de vigilia.

En otro tiempo se miraban estos hechos como sobrenaturales y maravillosos, y se atribuían a la magia y a la brujería; hoy los incrédulos los achacan a la imaginación; pero desde que la ciencia espiritista ha dado la clave de ellos, se sabe cómo se producen y que no salen del orden de los fenómenos naturales.

El Espiritismo, sin embargo, no es un descubrimiento moderno; los hechos y los principios en que descansa se pierden en la oscuridad de los tiempos, porque se encuentran sus huellas en las creencias de los pueblos, en todas las religiones, en la mayor parte de los escritores sagrados y

profanos, sólo que los hechos incompletamente observados han sido interpretados con frecuencia con arreglo a las ideas supersticiosas de la ignorancia, y sin haber deducido de ellos todas las consecuencias.

En efecto, el Espiritismo está fundado en la existencia de los espíritus, pero no siendo éstos más que las almas de los hombres, desde que hay hombres hay espíritus. El Espiritismo, pues, ni los ha descubierto ni inventado. Si las almas o espíritus se manifiestan a los vivos, es porque esto es natural, y desde luego han debido hacerlo en todas las épocas. Así es que de todas ellas y en todas partes se hallan pruebas de sus manifestaciones, las cuales abundan, mayormente, en los relatos bíblicos. Lo moderno es la explicación lógica de los hechos, el conocimiento más completo de la naturaleza de los espíritus, de su misión y de su modo de obrar, la revelación de nuestro estado futuro, y en fin, su constitución en cuerpo científico y doctrinario y sus diversas aplicaciones. Los antiguos conocían el principio, los modernos conocen los detalles. En la antigúedad, el estudio de esos fenómenos era privilegio de ciertas clases, que no los revelaban más que a los iniciados en sus misterios. En la Edad Media, aquellos que se ocupaban de ellos ostensiblemente eran mirados como hechiceros y se les quemaba. Pero hoy no hay misterios para nadie, a nadie se quema, todo se hace a la luz del día, y todo el mundo está dispuesto a ilustrarse y a practicar, porque en todas partes se encuentran médiums y cada uno puede serlo, más o menos.

La doctrina que enseñan hoy los espíritus no tiene nada de nuevo; se encuentran fragmentos de ella en la mayor parte de los filósofos de la India, de Egipto y de Grecia, y completa en la enseñanza de Cristo. ¿A qué viene, pues, el Espiritismo? A confirmar con nuevos testimonios, a demostrar con hechos, verdades desconocidas o mal comprendidas, y a restablecer en su verdadero sentido aquellas que han sido mal interpretadas o voluntariamente alteradas.

Cierto es que el Espiritismo no enseña nada nuevo: ¿pero es poco probar de una manera patente e irrecusable la existencia del alma, la supervivencia al cuerpo, su individualidad después de la muerte, su inmortalidad, las penas y las recompensas futuras?

Desde el punto de vista religioso, el Espiritismo tiene por base las verdades fundamentales de todas las religiones:

Dios, el alma, la inmortalidad, las penas y las recompensas futuras, pero es independiente de todo culto particular. Su fin es probar la existencia del alma a los que la nieguen o dudan de ella; que sobrevive al cuerpo, y que sufre después de la muerte las consecuencias del bien o del mal que ha hecho durante la vida corporal, lo cual pertenece a todas las religiones.

Como creencia en los espíritus, pertenece a todas las religiones y forma parte de todos los pueblos, puesto que donde hay hombres hay almas o espíritus, y puesto que las manifestaciones han tenido lugar siempre, y su relato se encuentra en todas las religiones sin excepción. Se puede ser, pues, griego o romano, protestante, judío o musulmán, y creer en las manifestaciones de los espíritus, y por consiguiente, ser espiritista; la prueba está en que el Espiritismo tiene adeptos en todas las sectas.

Como moral, es esencialmente cristiano, porque la que enseña no es más que el desarrollo y la aplicación de la de Cristo, la más pura de todas y cuya superioridad no es negada por nadie; prueba evidente de que es la ley de Dios, y que la moral está a disposición de todo el mundo.

Siendo independiente el Espiritismo de toda forma de culto, no prescribiendo ninguno, y no ocupándose de dogmas particulares, no es una religión especial, porque no tiene sacerdotes ni templos. A los que le preguntan si hacen bien o mal en seguir tal o cual práctica, responde: Si creéis vuestra conciencia obligada a hacerlo, hacedlo: Dios tiene siempre en cuenta la intención. En una palabra, no se impone a nadie; no se dirige a los que, teniendo fe, están satisfechos con ella, sino a la numerosa categoría de los vacilantes e incrédulos. No los arrebata a la iglesia, puesto que

moralmente se han separado de ella total o parcialmente; les hace recorrer las tres cuartas partes del camino para volver a aquélla, a la cual toca hacer lo demás.

Es verdad que el Espiritismo combate ciertas creencias, tales como las penas eternas, el fuego material del infierno, la personalidad del diablo, etc., ¿pero no es verdad que estas creencias, impuestas como absolutas, han hecho en todas las etapas de la Humanidad incrédulos y los hacen aún hoy en nuestros días? Y si el Espiritismo, dando a estos y a otros dogmas una interpretación racional, conduce a la fe a aquellos que la abandonan, ¿no presta un servicio a la religión?

Así es que un venerable eclesiástico decía con respecto a este asunto: "El Espiritismo hace creer algo, y vale más creer algo que no creer nada."

No siendo los espíritus más que las almas, no pueden negarse aquéllos sin negar éstas. Admitiendo las almas o espíritus, la cuestión, reducida a su más simple expresión, es ésta: ¿las almas de aquellos que han muerto pueden comunicarse con nosotros? El Espiritismo prueba la afirmación con hechos materiales: ¿qué prueba puede darse de que no sea posible? Si lo es, todas las negaciones del mundo no impedirán que lo sea, porque esto no es ni un sistema, ni una teoría, sino una ley de la Naturaleza, y contra las leyes de la Naturaleza es impotente la voluntad del hombre. Es, pues, preciso aceptar de buen o de mal grado las consecuencias y conformar a ellas sus creencias y sus costumbres.

CAPÍTULO PRIMERO

Breve conferencia espiritista

Diálogo primero. El crítico

Visitante. -Le diré a usted, caballero, que mi razón se resiste a admitir la realidad de los extraños fenómenos atribuidos a los espíritus que, estoy persuadido de ellos, sólo existen en la imaginación. No obstante, habríamos de inclinarnos ante la evidencia, y así lo haría yo, si pudiese tener pruebas irrecusables. Vengo, pues, a solicitar de su amabilidad el permiso de asistir únicamente, para no ser indiscreto, a una o dos sesiones a fin de convencerme, si es posible.

Allan Kardec. -Caballero, desde el momento en que su razón se resiste a admitir lo que nosotros tenemos por hechos positivos, es porque la cree superior a la de todas las personas que no participan de sus opiniones. No pongo en duda su mérito, y no tengo ninguna pretensión en hacer superior mi inteligencia a la suya. Admita usted, pues, que yo vivo engañado, puesto que es la razón quien le habla, y asunto concluido.

V. -Sin embargo, seria un milagro, eminentemente favorable a su causa, que llegase a convencerme a mi, que soy conocido como antagonista de sus ideas.

A. K. -Lo siento, pero no tengo el don de hacer milagros. ¿Usted cree que una o dos sesiones bastarían para convencerle? Sería, en efecto, un verdadero milagro. Yo he necesitado más de un año de trabajo para convencerme a mi mismo, lo que le prueba que, si soy espiritista, no ha sido de ligeras. Por otra parte, caballero, yo no doy sesiones, y según parece, usted está equivocado sobre el objeto de nuestras reuniones, dado que no hacemos experimentos para satisfacer la curiosidad de nadie.

V. -¿Usted no desea, pues, hacer prosélitos?

A. K. -¿Por qué habría de desear hacer de usted uno de ellos, si usted no lo desea? Yo no violento ninguna convicción. Cuando encuentro personas que sinceramente desean instruirse y que me honran, pidiéndome aclaraciones, es para mí un placer y un deber contestarles con arreglo a mis conocimientos. Pero con los antagonistas que, como usted, tienen convicciones fijas, no doy un paso para atraérmelos, dado que encuentro bastantes personas dispuestas, y no pierdo el tiempo con las que no lo están. Sé que tarde o temprano llegará la convicción por la fuerza de las cosas, y que los más incrédulos serán arrastrados por la corriente; algunos partidarios más o menos no hacen falta, por ahora, en la balanza. Por eso no me vera usted nunca exasperarme para que participen de nuestras ideas aquellos que tienen tan buenas razones como usted para alejarse de las mismas.

V. -Sería, sin embargo, más útil el convencerme de lo que usted cree. ¿Quiere usted permitirme que me explique con franqueza, prometiéndome no ofenderse por mis palabras? Expondré mis ideas sobre el asunto y no sobre la persona a quien me dirijo. Puedo respetar a ésta, sin participar de su opinión.

A. K. -El Espiritismo me ha enseñado a prescindir de las mezquinas susceptibilidades del amor propio, y a no ofenderme por palabra alguna. Si las suyas salvan los limites de la urbanidad y de la conveniencia, deduciré de aquéllas que es usted un hombre mal educado, y nada más. Por lo que a mí respecta, prefiero abandonar a los otros los errores, que participar de ellos. Por esto únicamente comprenderá usted que el Espiritismo sirve de algo.

Lo repito, caballero, no tengo ningún empeño en que usted sea de mi opinión; respeto la de usted, si es sincera, como deseo que se respete la mía. Mas ya que trata usted al Espiritismo de ilusión fantástica, se habrá dicho al dirigirse a mi casa: Vamos a ver a ese loco. Confiéselo usted francamente, no me enfadaré por eso. Todos los espiritistas somos locos, esto es lo que se piensa

normalmente. Pues bien, caballero, puesto que usted juzga al Espiritismo como una enfermedad mental, sería para mi un cargo de conciencia el comunicársela, y me maravilla que, teniendo tal idea, desee adquirir una convicción que le incluirá en el número de los locos. Sí anticipadamente está persuadido de que no le podrán convencer, el paso que ha dado es inútil, porque no tiene otro objeto que la curiosidad. Concluyamos, pues, se lo ruego, porque no estoy para perder el tiempo en conversaciones sin objeto.

V. -Podemos engañarnos, hacernos ilusiones, sin ser por ello locos.

A. K. -Hable usted sin rodeos. Diga, como tantos otros, que el Espiritismo pasará como un soplo, pero habrá de convenir en que la doctrina que en algunos años ha hecho millones de prosélitos en todos los paises, que tiene sabios a sus órdenes y que se propaga preferentemente en las clases ilustradas, es una manía especial, digna de examen.

V. -Yo tengo mis ideas sobre el particular, es cierto, pero no son de tal modo absolutas, que no consienta en sacrificarías a la evidencia. Decía, caballero, que debe usted tener cierto interés en convencerme. Le confesaré que voy a publicar un libro en que me propongo demostrar ex profeso lo que considero un error. Y como semejante libro tendrá gran aceptación y derrotará a los espíritus, no lo publicaría si usted llegase a convencerme.

A. K. -Me dolería en el alma, caballero, privar a usted de los beneficios de un libro que ha de tener tamaña trascendencia. Además, no tengo ningún interés en impedirle que lo publique; le deseo, por el contrario, una gran popularidad, pues nos servirá de prospecto y de anuncio. El ataque dirigido a una cosa despierta la atención; muchas personas quieren ver su pro y su contra, y la crítica la hace conocer de aquellos que ni siquiera pensaban en ella. Así es como, sin saberlo, se hace la mayoría de las veces de reclamo en provecho de aquellos a quienes se quiere perjudicar. Por otra parte, la cuestión de los espíritus es tan interesante, pica la curiosidad hasta tal punto, que basta llamar sobre ella la atención para despertar deseos de profundizar en ella. *(Después de este diálogo, escrito en 1859, la experiencia ha venido a demostrar claramente la exactitud de esta proposición.)*

V. -Luego, según usted, ¿la crítica no sirve para nada, la opinión pública no tiene ningún valor?

A. K. -Yo no veo en la crítica la expresión pública, sino una opinión individual que puede engañarse. Lea usted la historia y verá cuántas obras maestras han sido criticadas a su aparición, lo que no ha impedido que continuaran siéndolo. Cuando una cosa es mala, todos los elogios posibles no conseguirán hacerla buena. Si el Espiritismo es un error, caerá por si mismo; si es una verdad, todas las diatribas no harán de él una mentira. Su libro será una apreciación personal; la verdadera opinión pública decidirá si es exacta. Para ello se querrá ver; y, si más adelante se reconoce que usted se ha engañado, su libro será ridículo, como los publicados en otro tiempo contra la teoría de la circulación de la sangre, de la vacuna, etcétera.

Pero me olvidaba de que usted ha de tratar la cuestión ex profeso, lo que quiere decir que la ha estudiado en todas sus fases; que ha visto todo lo que se puede ver, leído lo que se ha escrito sobre el particular, analizado y comparado las diversas opiniones; que se ha encontrado en las mejores condiciones para observar por usted mismo; que ha consagrado a dicho estudio noches enteras durante muchos años; en una palabra, que no ha descuidado usted nada para llegar al hallazgo de la verdad. Debo creerlo así, siendo un hombre formal, porque sólo el que practica todo lo indicado tiene derecho a decir que habla con conocimiento de causa.

¿Qué pensaría usted de un hombre que se erigiese en censor de una obra literaria sin conocer la literatura, de un cuadro sin haber estudiado la pintura? Es principio de lógica elemental que el crítico deba conocer, no superficialmente, sino a fondo, el asunto de que habla, sin lo cual carece de valor. Para combatir un cálculo, se ha de aducir otro; mas para ello es preciso saber calcular. La

crítica no debe limitarse a decir que una cosa es buena o mala, es necesario que justifique su opinión con una demostración clara y categórica, basada en los principios del arte o de la ciencia. ¿Y cómo podrá hacerlo si los ignora? ¿Podría usted apreciar las excelencias o defectos de una máquina sin conocer la mecánica? No; pues bien, su juicio sobre el Espiritismo, que no conoce, no tendrá más valor que el que emitiera sobre la indicada máquina. Será usted sorprendido a cada instante en flagrante delito de ignorancia; porque los que habrán estudiado el Espiritismo verán enseguida que está fuera de la cuestión, de donde deducirán, o que no es usted un hombre serio, o que no procede de buena fe. En uno y otro caso, se expondrá a recibir un mentís poco agradable a su amor propio.

V. -Precisamente para salvar ese escollo vengo a rogarle que me permita presenciar algunos experimentos.

A. K. -¿Y cree usted que esto le bastará para hablar ex profeso del Espiritismo? ¿Cómo podrá comprender dichos experimentos, y lo que es más aún, juzgarlos, si no ha estudiado los principios que les sirven de base? ¿Cómo podrá usted apreciar el resultado, satisfactorio o no, de los experimentos metalúrgicos, por ejemplo, sin conocer a fondo la metalurgia? Permítame decirle a usted. caballero, que su proyecto es absolutamente semejante al del que, no sabiendo matemáticas ni astronomía, dijese a uno de los miembros del Observatorio: "Caballero, pienso escribir un libro sobre astronomía, y probar además que su sistema es falso, pero como que no tengo ni idea al respecto, permítame usted mirar dos o tres veces por los telescopios. Esto me bastará para saber tanto como usted."

Por extensión únicamente, la palabra criticar es sinónimo de censurar; en su acepción normal, y según su etimología, significa juzgar, apreciar. La crítica, pues, puede ser aprobatoria o reprobatoria. Criticar un libro no equivale precisamente a condenarlo; el que se encargue de esta tarea debe desempeñarla sin ideas preconcebidas. Pero si antes de abrir el libro lo ha condenado ya anteriormente, su examen no puede ser imparcial.

En semejante caso se encuentran la mayor parte de los que han hablado del Espiritismo. Por la palabra se han formado una opinión y han hecho lo que el juez que sentenciara sin tomarse el trabajo de examinar los autos. De aquí ha resultado que su juicio ha sido falso, y que en vez de persuadir ha hecho reír. Respecto de los que han estudiado seriamente la cuestión, la generalidad ha cambiado de parecer, y más de un adversario se ha vuelto partidario, viendo que se trataba de una cosa muy distinta de lo que había creído.

V. -Usted hablará del examen de los libros en general; ¿pero cree usted que sea materialmente posible a un periodista leer y estudiar todos los libros que le vienen a mano, sobre todo cuando se trata de teorías nuevas, que le sería preciso profundizar y comprobar? Tanto valiera exigir de un impresor que leyese todas las obras que salen de sus prensas.

A. K. -A tan juicioso razonamiento sólo tengo que responder que, cuando se carece de tiempo para hacer concienzudamente una cosa, no se debe entrometer nadie en ella, y que vale más hacer una y bien, que diez y mal.

V. -No crea usted, caballero, que he formado mi opinión a la ligera. He visto mesas que giraban y golpeaban, y personas que se imaginaban escribir bajo la influencia de los espíritus; pero estoy convencido de que todo era charlatanismo.

A. K. -¿Cuánto pagó usted por ver todo eso?

V. -Nada, ciertamente.

A. K. -Pues vea usted unos charlatanes de singular especie, y que conseguirán cambiar el significado de la palabra. Hasta ahora no se habían conocido charlatanes desinteresados. Porque un bromista haya querido divertirse una vez, ¿ha de seguirse que las otras personas sean

embaucadoras? Por otra parte, ¿con qué objeto se habrían hecho cómplices de una mistificación? Para divertir la sociedad, contestará usted. Convengo en que una vez se preste alguien a una broma; pero cuando ésta dura meses y años, creo que el mistificado es el mistificador. ¿Es probable que, por el mero placer de hacer creer una cosa, que se juzga falsa, se aburra alguien horas enteras junto a una mesa? Semejante placer no es digno de tanto trabajo.

Antes de calificar un acto de fraudulento, es preciso preguntarse qué interés hay en engañar, y usted convendrá en que existen posiciones que excluyen toda sospecha de superchería, y personas cuyo carácter es una garantía de probidad.

Otra cosa sería si se tratase de una especulación, porque el cebo de la ganancia es mal consejero. Pero, aun admitiendo que en este último caso se hiciera constar positivamente una maniobra fraudulenta, no se probaría nada contra la realidad del principio, dado que de todo puede abusarse. Porque se vendan vinos adulterados, no se sigue que no lo haya puro. El Espiritismo no es más responsable de los que abusan de su nombre y lo explotan, que la ciencia médica de los charlatanes que preconizan sus drogas, y la religión de los sacerdotes que abusan de su ministerio.

El Espiritismo, por su misma naturaleza y novedad, debía prestarse a ciertos abusos, pero ha ofrecido medios de reconocerlos, definiendo claramente su verdadero carácter y declinando toda solidaridad con los que le explotan o le separan de su objeto exclusivamente moral, haciendo de él un oficio, un instrumento de adivinación o de futiles investigaciones.

Desde el momento que el Espiritismo traza por sí mismo los limites en que se encierra, y precisa lo que dice y lo que no dice, lo que puede y no puede, lo que es o no de sus atribuciones, lo que acepta y lo que rechaza, toda la culpa recae sobre aquellos que, sin tomarse el trabajo de estudiarlo, lo juzgan por las apariencias, quienes al encontrar charlatanes que se jacten de ser espiritistas para atraer a los transeúntes, dirán gravemente: He ahí el Espiritismo. ¿En quién recae definitivamente el rídiculo? No es en el charlatán que desempeña su oficio, ni en el Espiritismo cuya doctrina escrita desmiente semejantes asertos, sino en los críticos, que hablan de cosas que no conocen, o que a sabiendas alteran la verdad. Los que atribuyen al Espiritismo lo que es contrario a su esencia, lo hacen, o por ignorancia o con intención; si es lo primero obran con ligereza, si es lo segundo con mala fe. En el último caso, se asemejan a ciertos historiadores que alteran la historia en interés de un partido o de una opinión. Y un partido se desacredita siempre, empleando tales medios, y no logra su objetivo.

Observe usted bien, caballero, que no pretendo que la crítica deba aprobar nuestras ideas necesariamente, ni siquiera después de haberlas estudiado; no censuramos de ningún modo a los que no piensan como nosotros. Lo que para nosotros es evidente, puede no serio para todo el mundo. Cada uno juzga las cosas desde su punto de vista, y no todos sacan las mismas consecuencias del hecho más positivo. Si un pintor, por ejemplo, pone en su cuadro un caballo blanco, alguien podrá decir muy bien que produce mal efecto, y que uno negro hubiese sentado mejor; pero el error hubiera consistido en decir que el caballo es blanco siendo negro, y esto es lo que hacen la mayor parte de nuestros adversarios.

En resumen, cada uno es completamente libre de aprobar o criticar los principios del Espiritismo, de deducir de ellos las buenas o malas consecuencias que se le antoje. Pero es un deber de conciencia para todo crítico serio el no decir lo contrario de lo que es, y para ello la primera condición es la de callar sobre lo que se ignora.

V. Le suplico que volvamos a las mesas giratorias y parlantes. ¿No podría suceder que estuviesen preparadas de antemano?

A. K. -Esta es la misma cuestión de buena fe a que he contestado ya.

Probada la superchería, la rechazamos. Y si usted me señala hechos veridicamente calificados de fraude, de charlatanismo, de explotación o de abuso de confianza, los entrego a sus reprimendas, declarándole anticipadamente que no saldré a la defensa de los mismos, porque el Espiritismo serio es el primero en repudiarlos, y porque señalando los abusos, se le ayuda a prevenirlos y le presta un servicio. Pero generalizar semejantes acusaciones, lanzar sobre una multitud de personas honradas la reprobación que merecen algunos individuos aislados, es un abuso, aunque de distinto género, porque es una calumnia.

Admitiendo, como usted supone, que las mesas estuviesen preparadas, habría de ser preciso un mecanismo muy ingenioso para hacerles ejecutar movimientos y ruidos tan variados. ¿Por qué no se conoce aún el nombre del hábil artífice que las fabriqua? Y debería, sin embargo, gozar de una inmensa celebridad, porque sus aparatos están esparcidos por las cinco partes del mundo. Preciso es convenir también que su procedimiento es muy ingenioso, puesto que puede adaptarse a la primera mesa que se tenga a mano, sin preparación alguna exterior. ¿Por qué razonamiento, desde Tertuliano, quien también habló de las mesas giratorias y parlantes hasta la actualidad, nadie ha podido verlo ni describirlo?

V. -Se engaña usted en este punto. Un célebre médico ha reconocido que ciertas personas pueden, contrayendo un músculo de la pierna, producir un ruido semejante al que se atribuye a la mesa, de donde deduce que los médiums se divierten a expensas de la credulidad.

A. K. -Si todo, pues, es producto del castañeteo de un músculo, no estará preparada la mesa. Y puesto que cada uno explica esta pretendida superchería a su manera, prueba esto evidentemente que ni los unos ni los otros conocen la verdadera causa.

Respeto el saber del reputado facultativo; pero encuentro algunas dificultades en la aplicación del hecho que se señala a las mesas parlantes. Primera, es raro que esta facultad, excepcional hasta ahora, y mirada como un hecho patológico, se haya hecho tan común repentinamente. Segunda, se requiere un vivo deseo de mistificar para estar castañeteando un músculo durante dos o tres hora seguidas, cuando esto no reporta más que dolor y cansancio. Tercera, no comprendo lo bastante como el referido músculo se relaciona con las puertas y paredes en que se dejan oír los golpes. Cuarta y última, el indicado músculo castañeteador debe tener una propiedad muy maravillosa para hacer mover una pesada mesa, levantarla, abriria, cerrarla, mantenerla en el aire sin punto de apoyo y, finalmente, destrozarla dejándola caer. Nadie sospechaba tamañas virtudes en semejante músculo.

El célebre médico de que habla usted, ¿ha estudiado el fenómeno de la tiptologia en los que lo producen? No, ha observado un efecto fisiológico, anormal, en algunos individuos, que jamás se han ocupado de las mesas golpeadoras, efecto que tiene cierta analogía con el que se produce en éstas, y sin mayor examen concluye, con toda la autoridad de su ciencia, que todos los que hacen hablar las mesas deben tener la propiedad de hacer castañetear su peroneo corto, y no pasan de ser farsantes, ya sean príncipes o cortesanos, ya se hagan o no pagar. ¿Pero ha estudiado por lo menos el fenómeno de la tiptologia en todas sus fases? ¿Se ha persuadido de que, con este castañeteo del músculo, se podían producir todos los efectos tiptológicos? No, porque de estarlo se hubiese convencido de la insuficiencia de su procedimiento y no hubiera proclamado su descubrimiento en pleno Instituto. ¡He aquí un juicio formal para un sabio! ¿Y qué nos resta hoy de él? Le confieso a usted que si tuviese que hacerme una operación quirúrgica, dudaría mucho en confiarme a ese practicante, temeroso de que juzgase mi enfermedad con tan menguada perspicacia.

Y puesto que semejante juicio es una de las autoridades en que parecía que debía usted apoyarse para batir al Espiritismo, me persuado completamente de la fuerza de sus otros argumentos, si no están tomados de fuentes más auténticas.

V. -Usted no me negará, sin embargo, que ha pasado la moda de las mesas giratorias. Durante cierto tiempo hicieron furor, pero hoy nadie se ocupa ya de ellas. ¿Por qué ocurre esto si son un asunto serio?

A. K. -Porque de las mesas giratorias ha salido una cosa más seria aún; ha salido toda una ciencia, toda una doctrina filosófica, altamente interesante para los hombres reflexivos. Cuando éstos nada han tenido que aprender ya viendo girar una mesa, no se han ocupado más de ello. Para las gentes fútiles que nada profundizan, eran un pasatiempo, un juguete que han abandonado cuando se han cansado de él; tales personas no figuran en la ciencia. El período de la curiosidad ha tenido su tiempo: le ha sucedido el de la observación. El Espiritismo entró entonces en el dominio de las personas graves, que no se divierten con él, sino que se instruyen. Por esto los hombres que lo toman como cosa formal no se prestan a ningún experimento de curiosidad, y menos aún en obsequio de los que abrigan pensamientos hostiles. Como no tratan de divertirse ellos mismos, no procuran divertir a los otros, y yo soy de este número.

V. -Sin embargo, sólo el experimento puede convencer, aunque al principio no tenga más objeto que la curiosidad. Permitame que le diga que, operando en presencia de personas convencidas, predica usted a los suyos.

A. K. -Es muy diferente estar convencido que estar dispuesto a convencerse; a estos últimos es a quienes me dirijo, y no a los que creen humillar su razón oyendo lo que llaman fantasías. De estos últimos no me ocupo, ni mucho menos. Respecto de los que dicen que abrigan el deseo sincero de ilustrarse, el mejor modo de probarlo es demostrar perseverancia, y se les reconoce en que quieren trabajar seriamente y no por el antojo de presenciar uno o dos experimentos.

La convicción se forma con el tiempo, por una serie de observaciones hechas con sumo cuidado. Los fenómenos espiritistas difieren esencialmente de los que ofrecen las ciencias exactas: no se producen por nuestra voluntad, es preciso cogerlos al vuelo. Y viendo mucho y por mucho tiempo es como se descubre una multitud de pruebas, que escapan a primera vista, sobre todo cuando no estamos familiarizados con las condiciones en que pueden hallarse y, más aún, cuando abrigamos prevenciones. Para el observador asiduo y reflexivo, abundan las pruebas: una palabra, un hecho insignificante en apariencia, puede ser un rayo de luz, una confirmación para el observador advenedizo. Para el curioso todo eso es nulo, y he aquí por qué no me presto a experimentos sin resultado probable.

V. -Pero, en fin, todo tiene su principio. ¿Cómo ha de hacerlo, si usted le niega los medios, el novicio que es una tabla rasa, que nada ha visto, pero que desea ilustrarse?

A. K. -Yo establezco una gran diferencia entre el incrédulo por ignorancia y el que lo es por sistema. Cuando encuentro a alguien en disposiciones favorables, nada me cuesta ilustrarle; pero hay personas en quienes el deseo de instruirse es aparente: con éstos se pierde el tiempo, porque si no encuentran inmediatamente lo que parece que buscan y cuyo hallazgo les sería quizás enojoso, lo poco que ven es insuficiente para destruir sus prevenciones; lo juzgan mal y hacen de ello un asunto de burla que es inútil proporcionarles.

Al que desee instruirse, le diré: "No puede hacerse un curso de Espiritismo experimental como se hace uno de Física y de Química, atendiendo a que nadie es dueño de producir los fenómenos a su antojo, y a que las inteligencias, agentes de los mismos, burlan con frecuencia nuestra previsión. Poco inteligibles serían para usted los que pudiera ver accidentalmente, no presentando ningún encadenamiento, ninguna trabazón necesaria. Entérese usted ante todo de la teoría, lea y medite las obras que tratan de esta ciencia. En ellas aprenderá los principios, hallará la descripción de todos los fenómenos, comprenderá su posibilidad por la explicación que se da de ellos y por el relato de una multitud de hechos espontáneos, de los cuales quizá ha sido usted testigo involuntario, y que recordará. Se enterará usted de todas las dificultades que pueden

presentar, y se formará así la primera convicción moral. Entonces, y cuando se ofrezcan las circunstancias de ver y de operar por usted mismo, se hará cargo de todo, cualquiera que sea el orden en que se presenten los hechos, porque nada le será extraño.

Esto es, caballero, lo que aconsejo a toda persona que dice quererse instruir, y por su respuesta me es fácil comprender si le mueve algo más que la curiosidad.

Diálogo segundo. El escéptico

V. -Yo comprendo, caballero, la utilidad del estudio preparativo de que acaba usted de hablar. Como predisposición personal, le diré que no soy partidario ni enemigo del Espiritismo; pero el asunto por sí mismo mueve al más alto grado mi interés. En el círculo de mis amigos cuento partidarios y enemigos de él; he oído sobre este particular argumentos muy contradictorios, y me proponía someter a usted algunas de las objeciones que se han hecho en presencia mía, y que me parecen tener cierto valor, para mí al menos, que confieso mi ignorancia.

A. K. -Me es muy placentero responder a las preguntas que se me dirigen cuando son hechas con sinceridad y sin segunda intención, no vanagloriándome, sin embargo, de poder resolverlas todas. El Espiritismo es una ciencia que acaba de nacer y en la cual hay mucho que aprender aún. Y sería mucha presunción por mi parte el pretender solventar todas las dificultades, porque no puedo decir lo que no sé.

El Espiritismo se relaciona con todas las ramas de la filosofia, de la metafisica, de la psicología y de la moral. Es un campo inmenso que no podemos recorrer en algunas horas. Comprenderá usted, pues, que me sería materialmente imposible repetir de viva voz y a cada uno en particular lo que llevo escrito para uso de todos en este punto. Por otra parte, en la lectura seria y preparatoria se hallará respuesta a la mayor parte de las preguntas que naturalmente ocurren. Esta lectura tiene la doble ventaja de evitar repeticiones inútiles, y de atestiguar un verdadero deseo de instruirse. Si después de esto quedan dudas o puntos oscuros, la explicación se presenta más fácil, porque se cuenta con algún apoyo y no se pierde el tiempo en insistir sobre los más elementales principios. Si me lo permite, nos limitaremos, pues, hasta nueva orden, a algunas cuestiones generales.

V. -Enhorabuena, y le ruego que me llame al orden si de él me separo.

Espiritismo y Espiritualismo

Empezaré por preguntarle: ¿qué necesidad había de crear las nuevas palabras espiritista y Espiritismo, para reemplazar las de espiritualismo y espiritualista, que pertenecen al lenguaje común y son comprendidas por todo el mundo? He oído a muchos tratar de barbarismos a las nuevas palabras.

A. K. -La palabra espiritualista tiene, desde hace mucho tiempo, una acepción bien determinada. Esta es la que nos da la Academia: “Aquél o aquélla cuya doctrina es opuesta al materialismo. *(Nuestra Academia dice que es espiritualista el que trata de los espíritus, o tiene alguna opinión particular sobre ellos. El vulgo, sin embargo, opina lo mismo que la Academia*

francesa, desechando la de la española. (N. del T.). Todas las religiones están necesariamente fundadas en el espiritualismo. Cualquiera que crea que hay en nosotros algo más que materia, es espiritualista, lo que no implica la creencia en los espíritus y en sus manifestaciones. ¿Cómo le distinguiría usted, pues, del que cree en esto último? Sería preciso emplear una perífrasis, y decir: Es un espiritualista que cree o no cree en los espíritus. Las cosas nuevas requieren nuevas palabras, si quieren evitarse equívocos. Si hubiese dado a mi Revista la calificación de espiritualista, no hubiese especificado su objeto, porque sin desmentir el titulo, hubiera podido no decir una palabra de los espíritus y hasta combatirlos. Leí hace algún tiempo en un periódico, a propósito de una obra de filosofía, un artículo en que se decía que el autor lo había escrito bajo el punto de vista espiritualista, y los partidarios de los espíritus se hubieran llevado un solemne chasco si, en fe de aquella indicación, hubieran creído hallar en él la menor concordancia con sus ideas. Si he adoptado, pues, las palabras espiritista y Espiritismo, es porque expresan sin anfibología las ideas relativas a los espíritus. Todo espiritista es necesanamente espiritualista, pero falta mucho para que todos los espiritualistas sean espiritistas. Aunque el espiritismo fuese una quimera, sería también útil tener términos especiales para lo que le concierne, porque las palabras son necesarias, tanto a las ideas falsas como a las verdaderas.

Estas palabras, por otra parte, no son más bárbaras que todas las que crean diariamente las ciencias, las artes y la industria, y seguramente no lo son tanto como las que imaginó Gall para su nomenclatura de las facultades, tales como secretividad, amatividad, etc.

Hay personas que por espíritu de contradicción critican todo lo que no procede de ellas, y se hacen contumaces en la oposición. Los que se paran en tan miserables pequeñeces sólo prueban la estrechez de sus ideas. Fijarse en semejantes bagatelas es probar que se anda corto de buenas razones.

Espiritualismo y espiritualista son palabras inglesas empleadas en los Estados Unidos desde que empezaron las manifestaciones, y de ellas nos hemos servido por algún tiempo en Francia; pero desde que aparecieron las de Espiritismo y espiritista se comprendió de tal modo su utilidad, que fueron aceptadas inmediatamente por el público. Su uso está hoy tan consagrado, que los mismos adversarios, los primeros que las calificaron de barbarismos, no emplean otras. Los sermones y circulares que se fulminan contra el Espiritismo y los espiritistas no hubieran podido anatematizar el espiritualismo y a los espiritualistas sin engendrar confusión en las ideas.

Bárbaras o no, ésas palabras han pasado ya a la lengua usual, y a todas las de Europa, y son las empleadas en las publicaciones hechas en todos los países, favorables o desfavorables al Espiritismo. Han formado la base de la columna de la nomenclatura de la nueva ciencia. Para expresar sus fenómenos especiales, necesitaba términos especiales, y el Espiritismo tiene hoy su nomenclatura, como la química la suya.

(Estas palabras gozan hoy, por otra parte, del derecho de ciudadanía, están incluidas en el suplemento del Petit Dictionnaire des Dictionnaires, estractado de Napoleón Landais, de cuya obra se tiran a miles los ejemplares. En él se encuentra la definición y la etimología de las palabras: "erraticidad", "medianímico", "médium", "mediumnidad", "periespiritu", "pneumatografía", "pneumatofonia", "psicógrafo", "psicografía", "psicofonía", "reencarnación", "sematologia", "espírita", "Espiritismo", "extereorito", "tiptología". E igualmente se encuentran con todas las explicaciones de que son susceptibles en la nueva edición del Dictionnaire Universel de Mauricio Lachátre.)

Las palabras espiritualismo y espiritualista, aplicadas a las manifestaciones de los espíritus, sólo se emplean hoy por los adeptos de la escuela llamada americana.

Disidencias

V. -La diversidad en la creencia de lo que usted llama una ciencia, me parece su condenación. Si esta ciencia reposase en hechos positivos, ¿no debería ser la misma en América que en Europa?

A. K. -Ante todo responderé que esta divergencia está más en la forma que en el fondo. Realmente no consiste más que en la manera de considerar algunos puntos de la doctrina, sin constituir un antagonismo radical en los principios, como pretenden nuestros adversarios sin haber estudiado la cuestión.

Pero, digame usted, ¿qué ciencia al aparecer no ha ocasionado disidencias, hasta que se han establecido claramente sus principios? ¿No existen aun en las ciencias mejor constituidas? ¿Están acordes todos los sabios sobre un mismo punto? ¿No tienen sus sistemas particulares? ¿Presentan siempre las sesione del Instituto el cuadro de una perfecta y cordial inteligencia? ¿No existen en medicina las Escuelas de París y de Montpellier? ¿No ocasiona cada descubrimiento de una ciencia, un nuevo desacuerdo entre los que quieren progresar y los que quieren permanecer estacionarios?

Por lo que se refiere al Espiritismo, ¿no era natural que a la aparición de los primeros fenómenos, cuando aún se ignoraban las leyes que los regían, diese cada uno su sistema y los considerase a su modo? ¿Pero qué ha ocurrido con todos esos sistemas primitivos y aislados? Han caído ante una observación más completa de los hechos. Algunos años han bastado para establecer la unidad grandiosa que prevalece en la doctrina, y que liga a la inmensa mayoría de los adeptos, con excepción de algunas individualidades que, en esto como en todo, se atan a las ideas primitivas y mueren con ellas. ¿Cuál es la ciencia, cuál es la doctrina filosófica o religiosa que ofrezca semejante ejemplo? ¿Ha presentado nunca el Espiritismo la centésima parte de las divisiones que desgarraron la iglesia durante muchos siglos, y que actualmente la desgarran aún?

Verdaderamente son dignas de observar las puerilidades de que echan mano los adversarios del Espiritismo. ¿Y no implica eso la escasez de razones formales? Burlas, negaciones, calumnias, pero ningún argumento perentorio. Y la prueba de que aún no se le ha encontrado parte vulnerable es que nada ha detenido su marcha ascendente, y que al cabo de diez años, cuenta con más adeptos que no ha contado nunca ninguna secta al cabo de muchos. Este es un hecho adquirido por la experiencia y reconocido por sus mismos adversarios. Para destruirlo, no basta decir: No hay tal cosa, esto es absurdo. Es necesario probar categóricamente que los fenómenos no existen, y que no pueden existir. Esto es lo que nadie ha hecho.

Fenómenos espiritistas simulados

V. -¿Y no se ha probado que sin el Espiritismo podían producirse esos fenómenos, de donde puede deducirse que no tienen el origen que les atribuyen los espiritistas?

A. K. -Por el hecho de que se puede imitar una cosa, ¿hemos de creer que no exista? ¿Qué diría usted de la lógica, del que pretendiese que, porque se hace vino de champagne con agua de seltz, todo el vino de champagne no es más que agua de seltz? Es privilegio de todas las cosas notables el originar falsificaciones. Algunos prestidigitadores han creído que la palabra Espiritismo, a causa de su popularidad y de las controversias de que era objeto, podía apropiarse a la explotación, y para llamar al público, han simulado más o menos groseramente algunos fenómenos

de mediumnidad, como simularon en otro tiempo la clarividencia sonambúlica, viendo lo cual aplauden los burlones, exclamando: ¡Ahí tenemos el Espiritismo! Cuando apareció en la escena la ingeniosa producción de los espectros, ¿no decían en todas partes que era el golpe de gracia del Espiritismo? Antes de pronunciar un fallo tan decisivo, hubieran debido reflexionar que las aseveraciones de un escamoteador no son el Evangelio, y asegurarse de si existía identidad real entre la imitación y la cosa imitada. Nadie compra un brillante antes de cerciorarse de que no es falso. Un estudio algo detenido les hubiese convencido de que los fenómenos espiritistas se presentan en muy distintas condiciones, y hubieran sabido, además, que los espiritistas no se ocupan en hacer aparecer espectros, ni en decir la buenaventura.

La malevolencia y una insigne mala fe podían sólo asimilar el Espiritismo a la magia y a la hechicería, porque él repudia los objetos, las prácticas, las fórmulas y las palabras místicas de éstas. Otros no vacilan en comparar las reuniones espiritistas a las asambleas del sábado, en que se espera la hora fatal de medianoche para hacer aparecer los fantasmas.

Un amigo mio, espiritista, se encontraba un día viendo el Macbeth al lado de un periodista a quien no conocía. Llegada la escena de las brujas, oyó que este último decía a su amigo: "¡Bueno! Ahora vamos a asistir a una reunión de espiritistas; precisamente me falta tema para mi próximo artículo y ahora voy a saber cómo se verifican esas cosas. Si hubiese por aquí uno de esos locos, le preguntaría si se reconoce en ese cuadro." "Yo soy uno de ellos -le contestó el espiritista-, y puedo asegurarle que estoy muy lejos de reconocerme en él, porque, aunque he asistido a centenares de reuniones espiritistas, jamás he visto en las mismas nada semejante, y si es aquí donde viene usted a buscar los datos para su artículo, no brillará éste por la veracidad."

Muchos críticos no cuentan con base más segura. ¿Y sobre quién, sino sobre los que se lanzan sin fundamento, cae el ridículo? En cuanto al Espiritismo, su crédito, lejos de resentirse, ha aumentado por la boga en que lo han puesto todas esas maquinaciones, llamando la atención de las personas que no lo conocían. Así han inducido al examen del mismo y aumentado el número de los adeptos, porque se ha reconocido que, en vez de ser un pasatiempo, es un asunto serio.

Impotencia de los detractores

V. -Convengo en que entre los detractores del Espiritismo haya personas inconsecuentes, como la de que acaba usted de hablar. Pero, al lado de éstas, ¿no hay hombres de valía real y de opiniones de peso?

A. K. -No lo niego, y respondo a ello que el Espiritismo cuenta en sus filas con un buen número de hombres de valía no menos real. Digo más aún, y es que la inmensa mayoría de los grupos espiritistas se compone de hombres de inteligencia y de estudio, y sólo la mala fe puede decir que sólo creen en él las mujerzuelas y los ignorantes.

Por otra parte, hay un hecho perentorio que responde a esa objeción, y es el de que, a pesar de su saber y de su posición oficial, ninguno ha conseguido detener la marcha del Espiritismo, y sin embargo, no existe uno solo, desde el más humilde folletinista, que no se haya hecho la ilusión de asestarle el golpe mortal, consiguiendo todos sin excepción ayudarle, sin quererlo, en su expansión. Una idea que resiste a tantos esfuerzos, que avanza, sin titubear, a través de la lluvia de dardos que se le asestan, ¿no prueba su fuerza y la profundidad de sus raíces? ¿No reclama este fenómeno la atención de los pensadores serios? Por eso más de uno se dice hoy que algo debe haber en el Espiritismo, quizá uno de esos movimientos irresistibles que, de tiempo en tiempo, remueven las sociedades para transformarlas.

Siempre ha sucedido lo mismo con las nuevas ideas llamadas a revolucionar el mundo. Encuentran por fuerza obstáculos, porque han de luchar con los intereses, con las preocupaciones y con los abusos que vienen a destruir, pero como forman parte de los designios de Dios para realizar la ley del progreso de la Humanidad, nada puede detenerlas cuando les llega su hora, lo cual prueba que son la expresión de la verdad.

Manifiesta desde luego, según tengo dicho, la impotencia de los adversarios del Espiritismo, la ausencia de buenas razones, ya que las que le ponen no convencen. Pero depende también esa impotencia de otra causa que burla todas sus combinaciones. Se maravillan de sus progresos a pesar de todo lo que hacen para detenerlo, y ninguno encuentra la causa, porque la buscan donde no existe. Los unos la ven en el gran poderío del diablo que, de ser cierta esta explicación, sería más fuerte que ellos, y hasta más que el mismo Dios; los otros, en el desarrollo de la locura humana. El error de todos está en creer que la fuente del Espiritismo es única y que se basa en la opinión de un hombre. De aquí la idea de que, destruyendo la opinión de un hombre, destruirán el Espiritismo. De aquí que busquen el origen en la Tierra, y estando ésta en el espacio, no se encuentra en un punto solo sino en todas partes, porque en todas partes, en todos los países, se manifiestan los espíritus, lo mismo en los palacios que en las cabañas. La verdadera causa está, pues, en la naturaleza misma del Espiritismo, que no recibe el impulso de un solo hombre, sino que permite a cada uno recibir comunicaciones de los espíritus, confirmándose así en la realidad de los hechos. ¿Cómo persuadir a millones de individuos que todo eso no es más que charlatanismo, escamoteo y habilidades cuando son ellos los que obtienen el resultado sin el concurso de nadie? ¿Se les hará creer que son ellos sus propios ayudantes, y que se entregan al charlatanismo y al escamoteo para sí mismos únicamente?

Esta universalidad de las manifestaciones de los espíritus, que acuden a todas las partes del globo a desmentir a los detractores y a confirmar los principios de la doctrina, es una fuerza tan incomprensible para los que no conocen el mundo invisible, como la rapidez y la transmisión de un telegrama para los que no conocen las leyes de la electricidad. Y contra esta fuerza se estrellan todas las negaciones, porque equivale a decir a personas que están recibiendo los rayos del sol, que el sol no existe.

Haciendo abstracción de las cualidades de la doctrina, que satisfacen más que las que se le oponen, la indicada es la causa de las derrotas que sufren los que intentan detenerla en su marcha. Para conseguirlo, les sería necesario encontrar el medio de impedir a los espíritus que se manifiesten. He aquí por qué los espiritistas se cuidan tan poco de sus maquinaciones. La experiencia y la autoridad de los hechos están de su parte.

Lo maravilloso y lo sobrenatural

V. -El Espiritismo tiende, evidentemente, a resucitar las creencias fundadas en lo maravilloso y lo sobrenatural, lo que me parece dificil en nuestro siglo positivista, porque equivale a defender las supersticiones y los errores populares que la razón rechaza.

A. K. -Las ideas son supersticiosas porque son falsas, y cesan de serlo desde el momento en que se las reconoce exactas. La cuestión está, pues, en saber si hay o no manifestaciones de espíritus, y usted no puede calificarías de supersticiones hasta que haya probado que no existen. Pero usted dirá: mi razón las rechaza; pero todos los que creen y que no son unos tontos, invocan también su razón y además los hechos. ¿Cuál de las dos razones es superior? El juez supremo en esto es el porvenir, como lo ha sido en todas las cuestiones científicas o industriales, calificadas en su origen de absurdas y de imposibles. Usted juzga a priori según su razón; nosotros no juzgamos sino después de haber visto y observado por mucho tiempo. Añadimos que el Espiritismo ilustrado, como el de hoy, tiende, por el contrario, a destruir las ideas supersticiosas, porque demuestra la verdad o la falsedad de las creencias populares, y todos los absurdos que la ignorancia y las preocupaciones han mezclado con ellas.

Voy más lejos aún, y digo que, precisamente, el positivismo del siglo es el que hace adoptar el Espiritismo y a quien debe éste, en parte, su rápida propagación, y no, según pretenden algunos, a un recrudecimiento del gusto de lo maravilloso y sobrenatural.

Lo sobrenatural desaparece a la luz de la ciencia, de la filosofía y de la razón, como los dioses del paganismo desaparecieron a la del cristianismo.

Lo sobrenatural es lo que está fuera de las leyes de la Naturaleza. El positivismo nada admite fuera de éstas. ¿Pero las conoce todas? En todos tiempos los fenómenos cuya causa era desconocida han sido reputados sobrenaturales. Cada nueva ley descubierta por la ciencia ha alejado los límites de aquél, y el Espiritismo viene a revelar una ley según la cual la conversación con el espíritu de un muerto reposa en una ley tan natural como la que la electricidad permite establecer entre dos individuos, distantes quinientas leguas el uno del otro, y así con todos los otros fenómenos espiritistas. El Espiritismo repudia, en lo que le concierne, todo efecto maravilloso, es decir, fuera de las leyes de la Naturaleza. No hace milagros ni prodigios, pero explica, en virtud de una ley, ciertos efectos reputados hasta hoy como milagrosos y prodigiosos, demostrando al mismo tiempo su posibilidad. Ensancha así el dominio de la ciencia, bajo cuyo aspecto es también una ciencia. Pero originando el descubrimiento de esta nueva ley consecuencias morales, el código de aquéllas, hace del Espiritismo una doctrina filosófica.

Bajo este último punto de vista, responde a las aspiraciones del hombre respecto del porvenir; pero como apoya la teoría de éste en bases positivas y racionales, se amolda al espíritu positivista del siglo, lo que comprenderá usted cuando se haya tomado el trabajo de estudiarlo. (El Libro de los Médiums, cap. JI. Véase también el cap. II de esta obra.)

Oposición de la ciencia

V. -Usted, según dice, se apoya en los hechos, pero le oponen la opinión de los sabios que los niegan, o que los explican de distinta manera. ¿Por qué no se han ocupado ellos del fenómeno de las mesas giratorias? Si en él hubiesen visto algo serio, me parece que se hubiesen guardado de descuidar tan extraordinarios hechos, y menos aún rechazarlos con desden, mientras que todos están en contra de usted. ¿No son los sabios la antorcha de las naciones, y no es su deber el de difundir la luz? ¿Cómo quiere usted que la hubiesen apagado, presentándoseles tan buena ocasión de revelar al mundo una nueva fuerza?

A. K. -Usted acaba de trazar de un modo admirable el deber de los sabios. Lástima que lo hayan olvidado más de una vez. Pero antes de contestar a esta juiciosa observación, debo rectificar un grave error en que ha incurrido usted, diciendo que todos los sabios están en contra de nosotros.

Como he dicho antes, el Espiritismo hace sus prosélitos precisamente en la clase ilustrada, y en todos los países del mundo: cuenta con un gran número de ellos entre los médicos de todas las naciones, y los médicos son hombres de ciencia, los magistrados, los profesores, los artistas, los literatos, los militares, los altos funcionarios, los eclesiásticos, etc., que se acogen a su bandera son personas a las cuales no puede negarse cierta dosis de ilustración, puesto que no solamente hay sabios en la ciencia oficial y en las corporaciones constituidas. El hecho de que el Espiritismo no tenga un derecho de ciudadanía en la ciencia oficial. ¿es motivo para condenarle? Si la ciencia jamás se hubiese engañado, su opinión podría pesar en la balanza; pero desgraciadamente, la experiencia prueba lo contrario. ¿No ha rechazado como quimeras una multitud de descubrimientos que, más tarde, han ilustrado la memoria de sus autores? El verse privada Francia de la iniciativa del vapor, ¿no está relacionado con la primera de nuestras corporaciones sabias? Cuando Fulton vino al campo de Bolonia a presentar su sistema a Napoleón 1, quien recomendó su examen inmediato al Instituto, ¿no dijo éste que semejante sistema era un sueño impracticable, y que no había lugar para ocuparse de él? ¿Ha de concluirse de aquí que los miembros del Instituto son ignorantes? ¿Justifica esto los epítetos triviales que se complacen ciertas personas en prodigarles? Seguramente que no, y ninguna persona sensata deja de hacer justicia a su eminente saber, reconociendo, sin embargo, que no son infalibles, y que su juicio no es decisivo, sobre todo en cuanto a ideas nuevas.

V. -Enhorabuena, convengo en que no son infalibles. Pero no es menos cierto que, a causa de su saber, su opinión vale algo, y que si usted los tuviese a favor suyo, daría esto mucho prestigio a su sistema.

A. K. -También admitirá usted que nadie es buen juez más que en los asuntos de su competencia. Si quisiera usted edificar una casa, ¿se dirigiría a un médico? Si estuviese malo, ¿se haría cuidar por un arquitecto? Si tuviese un pleito, ¿tomaría parecer de un bailarín? En fin, si tratase de una cuestión de teología, ¿la haría usted resolver por un químico o por un astrónomo? No, a cada uno lo suyo. Las ciencias vulgares descansan sobre las propiedades de la materia que puede manipularse a nuestro antojo; los fenómenos que la materia produce tiene por agentes fuerzas materiales. Los fenómenos del Espiritismo tienen por agentes inteligencias independientes, dotadas de libre albedrío, y no sometidas a nuestro capricho. De este modo se sustraen a nuestro

procedimiento de laboratorio y a nuestros cálculos, y por tanto, no son del dominio de la ciencia propiamente dicha.

La ciencia, pues, se ha extraviado cuando ha querido experimentar a los espíritus como con una pila voltaica. Ha fracasado, y así debía suceder, porque operaba obedeciendo a una analogía que no existe, y luego, sin tomarse mayor trabajo, ha proferido la negativa: juicio temerario, que el tiempo se encarga de reformar cada día, como ha reformado muchos otros, y los que lo han pronunciado pasarán por la vergúenza de haberse revelado, harto ligeramente, contra la potencia infinita del Creador.

Las corporaciones sabias no tienen, ni tendrán nunca que decidir en esta cuestión. No es de su incumbencia, como no lo es determinar si Dios existe, siendo por consiguiente erróneo el querer hacerlas jueces. El Espiritismo es una cuestión de creencia personal que no puede depender del voto de una asamblea, porque, aunque le fuese favorable, no puede forzar las conciencias. Cuando la opinión pública se haya formado sobre este particular, los sabios, como individuos, lo aceptarán, obedeciendo a la fuerza de las cosas. Deje que pase una generación, y con ella, las preocupaciones del amor propio que se subleva, y verá usted que sucede con el Espiritismo lo que con otras verdades que se han combatido, acerca de las cuales sería actualmente ridícula la duda. Hoy se trata de locos a los creyentes, mañana los locos serán los incrédulos, al igual como en otro tiempo se trataba de locos a los que creían en el movimiento de la Tierra.

Pero todos los sabios no han emitido el mismo juicio, y entiendo por sabios los hombres de estudio y de ciencia, con o sin título oficial. Muchos han hecho el razonamiento siguiente:

“No hay efecto sin causa, y los más vulgares efectos pueden conducirnos a los más graves problemas. Si Newton hubiese despreciado la caída de la manzana; si Galvani hubiese rechazado a su criada, tratándola de loca y visionaria, cuando le hablaba de las ranas que bailan en el plato, quizá estaríamos aún sin conocer la admirable ley de la gravitación universal y las fecundas propiedades de la pila. El fenómeno que se conoce con el nombre burlesco de danza de las mesas, no es más ridículo que el de la danza de las ranas, y quizá encierra también alguno de esos secretos de la Naturaleza que revolucionan a la Humanidad cuando se tiene la clave de ello.”

Se ha dicho además: “Puesto que tantas personas se ocupan de él, puesto que hombres serios lo han estudiado, preciso es que haya algo en todo eso: una ilusión, una moda si se quiere, no puede tener ese carácter de generalidad. Puede seducir a un circulo, a un corrillo, pero no pasear el mundo entero. Guardémonos, pues, de negar la posibilidad de lo que no comprendemos, no sea que tarde o temprano recibamos un mentís poco favorable a nuestra perspicacia.”

V. -Perfectamente; he aquí un sabio que razona con sabiduría y prudencia, y yo, sin serlo, pienso como él. Pero observe usted que nada afirma: duda, duda únicamente, ¿y sobre qué basar la creencia en la existencia de los espíritus y, sobre todo, la posibilidad de comunicarse con ellos?

A. K. -Esta creencia se apoya en los razonamientos y en los hechos. Yo mismo no la adopté hasta después de haberla examinado detenidamente. Habiendo adquirido en el estudio de las ciencias exactas costumbres positivas, he sondeado y escudriñado esta nueva ciencia en sus más ocultos repliegues; he querido darme cuenta de todo: porque no acepto una idea hasta no conocer el porqué y cómo de la misma. He aquí el razonamiento que me hacía un ilustre médico, incrédulo en otro tiempo y hoy adepto ferviente:

“Se dice que se comunican seres invisibles; y, ¿por qué no? Antes de la invención del microscopio, ¿sospechábamos la existencia de esos millares de animalillos que tantos trastornos causan en nuestro cuerpo? ¿Dónde está la imposibilidad material de que haya en el espacio seres inaccesibles a nuestros sentidos? ¿Tendremos acaso la ridícula pretensión de saberlo todo y decir a Dios que nada más puede enseñarnos ya? Si esos seres invisibles que nos rodean son inteligentes, ¿por qué no han de comunicarse con nosotros? Si están en relación con los hombres, deben

desempeñar un papel en el destino y en los acontecimientos. ¿Quién sabe? Acaso constituyen uno de los poderes de la Naturaleza, una de esas fuerzas ocultas que nosotros no sospechamos. ¡Qué nuevo horizonte ofrece todo eso al pensamiento! ¡ Qué vasto campo de observaciones! El descubrimiento del mundo de los invisibles sería muy distinto del de los infinitamente pequeños; más que un descubrimiento, sería una revolución en las ideas. ¡Cuánta luz puede brotar de esto! ¡Cuántas cosas misteriosas explicaría! Los que en ello creen son puestos en ridículo, ¿pero qué prueba esto? ¿No ha sucedido lo mismo con todos los grandes descubrimientos? ¿No se rechazó a Cristóbal Colón, saciándole de disgustos y tratándole de insensato? Semejantes ideas, se dice, son tan extrañas que no pueden admitirse; pero el que hubiese afirmado, hace medio siglo únicamente, que en algunos minutos podría establecerse correspondencia del uno al otro extremo del mundo; que en algunas horas se podría atravesar Francia; que con el humo de un poco de agua hirviendo caminaría un buque a pesar del viento de proa; que se sacarían del agua los medios de alumbrarse y calentarse; que podría iluminarse París en un instante con un solo receptáculo de una sustancia invisible; al que todo o algo de esto hubiese afirmado, repito, ¿no se le hubieran reído a carcajadas? ¿Y es por ventura más prodigioso que esté poblado el espacio de seres inteligentes que, después de haber vivido en la Tierra, han dejado la envoltura material? ¿No se encuentra en este hecho la explicación de una multitud de creencias que se refieren a la más remota antigüedad? Semejantes cosas vale la pena de que las profundicemos."

He aquí las reflexiones de un sabio, pero de un sabio sin pretensiones; palabras que son también las de una multitud de hombres ilustrados. Han visto, no superficialmente y con prevención; han estudiado seriamente y sin estar prevenidos en contra, han tenido la modestia de no decir: no lo comprendo, luego no es cierto; han formado su convicción por medio de la observación y del razonamiento. Si esas ideas hubiesen sido quiméricas, ¿cree usted que semejantes hombres las hubiesen adoptado?, ¿que por tanto tiempo hubieran sido juguete de una ilusión?

No hay, pues, imposibilidad material de que existan seres invisibles para nosotros y de que pueblen el espacio; consideración que por si sola debiera inducir a mayor circunspección. ¿Quién en otro tiempo hubiese pensado que una gota de agua clara encierra millares de seres, cuya pequeñez confunde nuestra imaginación? Pues digo que más dificil era a la razón el concebir seres provistos de tan diminutos órganos y funciones como nosotros, que admitir lo que llamamos espíritus.

V. -Sin duda alguna, pero de la posibilidad de que exista una cosa, no se deduce que realmente existe.

A. K. -De acuerdo; pero usted convendrá en que desde el momento en que no es imposible, se ha dado un gran paso, porque nada en ella repugna a la razón. Resta, pues, evidenciarla por la observación de los hechos, observación que no es nueva.

La historia, tanto sagrada como profana, prueba la antigüedad y la universalidad de esta creencia, que se ha perpetuado a través de todas las vicisitudes del mundo, y que, en estado de ideas innatas e intuitivas, se encuentra grabada en el pensamiento de los pueblos más salvajes, así como la del Ser Supremo y la de la vida futura. El Espiritismo no es, pues, de creación moderna ni mucho menos; todo prueba que los antiguos lo conocían tan bien o quizá mejor que nosotros, con la única diferencia de que se enseñaba mediante ciertas precauciones misteriosas que lo hacían inaccesible al vulgo, abandonado intencionalmente en el lodazal de la superstición.

Con respecto a los hechos, son de dos naturalezas: los unos espontáneos, y provocados los otros. Entre los primeros, debemos colocar las visiones y apariciones, que son muy frecuentes; los ruidos, alborotos y perturbaciones de objetos sin causa material, y multitud de efectos insólitos que se catalogaban como sobrenaturales, y que hoy nos parecen sencillos. Porque, para nosotros, nada hay sobrenatural, ya que todo entra en las leyes inmutables de la Naturaleza. Los hechos provocados son los obtenidos con el auxilio de los médiums.

Falsas explicaciones de los fenómenos

V. -Los fenómenos provocados son especialmente los que más se critican. Pasemos por alto toda suposición de charlatanismo, y admitamos una completa buena fe. ¿No podríamos pensar que los médiums son juguete de una alucinación?

A. K. -Que yo sepa, aún no se ha explicado claramente el mecanismo de la alucinación. Tal como se la conoce es, sin embargo, un efecto muy raro y muy digno de estudio. ¿Cómo, pues, los que pretenden darse cuenta, por este medio, de los fenómenos espiritistas, no pueden explicar su aplicación? Por otra parte, hay hechos que rechazan esta hipótesis, cuando una mesa u otro objeto se mueve, se levanta y golpea; cuando a nuestra voluntad se pasea por la sala sin el contacto de nadie; cuando se separa del suelo y se mantiene en el espacio sin punto de apoyo; cuando, en fin, se rompe al caer, no son ciertamente estos efectos producidos por una alucinación. Suponiendo que el médium, a consecuencia de su imaginación, crea ver lo que no existe, ¿es probable que toda una sociedad padezca el mismo vértigo, que se repita esto en todas partes y en todos los paises? La alucinación, en semej ante caso, sería más prodigiosa que el hecho mismo.

V. -Admitiendo la realidad del fenómeno de las mesas giratorias y golpeadoras, ¿no es más racional atribuirlo a la acción de un fluido cualquiera, del magnético, por ejemplo?

A. K. -Tal fue el primer pensamiento, y yo, como otros, lo tuve. Si los efectos se hubiesen limitado a efectos materiales, sin duda alguna podrían explicarse por este medio. Pero cuando los movimientos y golpes dieron pruebas de inteligencia, cuando se reconoció que respondían con entera libertad al pensamiento, se sacó esta consecuencia: Si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. ¿Puede ser eso efecto de un fluido, a menos que no se diga que éste es inteligente? Cuando usted ve que los brazos del telégrafo hacen señas y que transmiten el pensamiento, usted sabe perfectamente que no son esos brazos de madera o de hierro los inteligentes, sino que es una inteligencia quien los hace mover. Lo mismo sucede con las mesas. ¿Hay o no efectos inteligentes? Esta es la cuestión. Los que lo niegan son personas que no lo han visto todo y que se apresuran a fallar según sus propias ideas, y partiendo de una observación superficial.

V. -A esto se responde que, si hay un efecto inteligente, no es otro que la propia inteligencia, ya del médium, ya del interrogador, ya de los asistentes, porque, se dice, la respuesta está siempre en el pensamiento de alguno.

A. K. -También es esto un error producido por una falta de observación. Si los que piensan de este modo se hubiesen tomado el trabajo de estudiar el fenómeno en todas sus fases, hubieran reconocido a cada paso la independencia absoluta de la inteligencia que se manifiesta. ¿Cómo puede conciliarse esta tesis con las respuestas que están fuera del alcance intelectual y de la instrucción del médium, que contradice sus ideas, sus deseos y sus opiniones, o que difieren completamente de las previsiones de los asistentes? ¿Cómo conciliaría con los médiums que escriben en un idioma que no conocen, o en el suyo propio sin saber leer ni escribir? A primera vista, esta opinión no tiene nada de irracional, convengo e ello, pero está desmentida por hechos tan numerosos y concluyentes, que hacen imposible la duda.

Por lo demás, admitida esta teoría, el fenómeno, lejos de simplificarse, sería por el contrario prodigioso. ¡Qué! ¿Se reflejaría el pensamiento en una superficie, como la luz, el sonido, el calor? Ciertamente mucho tendría que ver e esto la sagacidad de la ciencia. Y por otra parte, lo que no es menos maravilloso es que de veinte personas reunidas, se reflejara precisamente el de tal, y no el de cual. Semejante sistema es insostenible. Es verdaderamente curioso ver a los contradictores buscar causas cien veces más extraordinarias y dificiles de comprender que las que se les señalan.

V. -¿Y no podría admitirse, según la opinión de algunas personas, que el médium se encuentra en un estado de crisis, gozando de una lucidez que le da la percepción sonambúlica o una especie de doble vista, lo cual explicaría la extensión momentánea de las facultades intelectuales, y que, como se dice, las comunicaciones obtenidas a través de los médiums no sobrepujan a las que se obtienen por medio de los sonámbulos?

A. K. -Tampoco resiste semejante sistema a un examen profundo. El médium no está en crisis, ni duerme, sino que se halla perfectamente despierto, obrando y pensando como otro cualquiera, sin experimentar nada extraordinario. Ciertos efectos particulares han podido dar lugar a esta equivocación. Pero cualquiera que no se limite a juzgar las cosas por la observación de uno solo de sus aspectos, reconocerá, sin trabajo, que el médium está dotado de una facultad particular que no permite confundirle con el sonámbulo, y la completa independencia de su pensamiento está probada por hechos de todo punto evidentes. Haciendo abstracción de las comunicaciones escritas, ¿cuál es el sonámbulo que ha hecho brotar un pensamiento de un cuerpo inerte? ¿Cuál es el que ha producido apariciones visibles y hasta tangibles? ¿Cuál el que ha podido mantener un cuerpo sólido suspendido en el espacio sin punto de apoyo? ¿Acaso por un efecto sonambúlico, en mi casa, y en presencia de veinte testigos, un médium dibujó el retrato de una joven, muerta hacía dieciocho meses y a quien no había conocido, retrato en el cual reconoció a aquélla su padre, que estaba presente en la sesión? ¿Acaso por un efecto sonambúlico responde con precisión una mesa a las preguntas que se le dirigen, preguntas mentales en ciertas ocasiones? Seguramente, si se admite que el médium se encuentra en un estado magnético, me parece dificil creer que la mesa sea sonámbula.

Se dice también de los médiums que sólo hablan con claridad de las cosas conocidas. ¿Pero cómo explicar entonces el hecho siguiente y cien otros del mismo género?: Un amigo mío, excelente médium escribiente, preguntó a un espíritu si una persona, a quien no había visto hacía quince años, estaba aún en el mundo. "Sí, vive aún -se le respondió-. Se encuentra en París, calle tal, número tal." Mi amigo fue, y encontró a la persona en cuestión en el mismo sitio que se le había indicado. ¿Es esto una ilusión? Su pensamiento podía sugerirle quizá esta respuesta, porque dada la edad de la persona, las probabilidades inducían a pensar que ya no existía. Si en ciertos casos se ha encontrado que las respuestas estaban conformes con el pensamiento, ¿es racional concluir que sea esto una ley general? En esto, como en todo, los juicios precipitados son peligrosos, porque pueden ser contrariados por hechos no observados.

Los incrédulos no pueden ver para convencerse

V. -Hechos positivos son los que quisieran ver los incrédulos, los cuales piden y la mayor parte de las veces no pueden proporcionárseles. Si todos pudiesen ser testigos de semejantes hechos, no sería lícito dudar. ¿Cómo es, pues, que tantas personas, a pesar de su buena voluntad, nada han podido ver? Se les opone, según dicen, la falta de fe, y a esto contestan con razón que no les es posible tener una fe anticipada, y que si se quiere que crean, es preciso darles los medios de creer.

A. K. -La razón es muy sencilla. Quieren sujetar los hechos a su mandato, y los espíritus no obedecen semejante mandato, es preciso esperar su buena voluntad. No basta, pues, decir: patentizadme tal hecho, y creeré. Es necesario tener la voluntad de la perseverancia, dejar que los hechos se produzcan espontáneamente, sin pretender forzarlos o dirigirlos. Aquel que usted desea será precisamente quizá el que no obtendrá. Pero se presentarán otros, y el anhelado aparecerá cuando menos se lo espere. A los ojos del observador atento y asiduo, surge de las masas que corroboran las unas a las otras. Pero el que cree que basta mover el manubrio para hacer funcionar la máquina, se engaña completamente. ¿Qué hace el naturalista que quiere estudiar las costumbres de un animal? ¿Le manda por ventura que haga tal o cual cosa para tener la comodidad de

observarle a su gusto? No, porque sabe perfectamente que no le obedecerá: espía las manifestaciones espontáneas de su instinto; las espera y las coge al vuelo. El simple sentido común demuestra que con mayor razón debe hacerse lo mismo con los espíritus, que son inteligencias de muy distinto modo independientes que la de los animales.

Es un error creer que la fe sea necesaria; pero la buena fe ya es otra cosa, y escépticos hay que niegan hasta la evidencia, y a quienes no convencerían los prodigios. ¿Cuántos hay que después de haber visto pretenden explicar los hechos a su manera, diciendo que nada prueban? Esas gentes no sirven más que para perturbar las reuniones, sin lograr provecho alguno. Por esto se les aleja de ellas, y no se pierde el tiempo. También hay otros que se verían muy contrariados si hubiesen de creer forzosamente, porque su amor propio se ofendería teniendo que confesar que se habían engañado. Y, ¿qué responder a personas que no ven en todo más que ilusión y charlatanismo? Nada, es preciso dejarlas tranquilas y permitirles que digan, tanto como quieran, que nada han visto y hasta que nada se ha podido o querido hacerles ver.

Al lado de estos escépticos endurecidos, se encuentran los que desean ver a su manera, quienes, habiéndose formado una opinión, quieren referirlo todo a la misma. No comprenden que ciertos fenómenos pueden dejar de obedecerles, y no saben o no quieren ponerse en las indispensables condiciones. El que desea observar de buena fe no debe creer porque se le ha dicho, pero sí despojarse de toda idea preconcebida, desistiendo de asimilar cosas incompatibles. Debe esperar, persistir y observar con una paciencia infatigable, condición favorable para los adeptos, pues prueba que su convicción no se ha formado a la ligera. ¿Tiene usted semejante paciencia? No, me responde usted, no tengo tiempo para eso. Entonces, pues, no se ocupe del asunto, pero tampoco hable de él, nadie le obliga a ello.

Buena o mala voluntad de los espíritus para convencer

V. -Los espíritus, sin embargo, deben desear hacer prosélitos, ¿por qué no se prestan más de lo que lo hacen, a los medios de convencer a ciertas personas, cuya opinión sería de gran influencia?

A. K. -Es que aparentemente y por ahora no están dispuestos a convencer a ciertas personas, cuya importancia no reputan tan grande como ellas mismas se figuran. Esto es poco lisonjero, convengo en ello, pero nosotros no gobernamos la opinión de aquéllos. Los espíritus tienen un modo de juzgar las cosas que no es siempre igual al nuestro; ven, piensan y obran contando con otros elementos; mientras que nuestra vista está circunscrita por la materia limitada por el círculo estrecho, en cuyo centro nos encontramos, los espíritus abrazan el conjunto; el tiempo, que tan largo nos parece, es para ellos un instante; la distancia, un paso; ciertos pormenores, que nos parecen a nosotros de suma importancia, son puerilidades a sus ojos, juzgando por el contrario, importantes ciertas cosas cuya conveniencia nos pasa desapercibida. Para comprenderlos, es preciso elevarse con el pensamiento por encima de nuestro horizonte material y moral, y colocarnos en su punto de vista. No es a ellos a quienes corresponde descender hasta nosotros, sino nosotros elevarnos hasta ellos, y a esto es a donde nos conducen el estudio y la observación.

Los espíritus aprecian a los observadores asiduos y concienzudos, para quienes multiplican los raudales de luz. No es la duda producida por la ignorancia la que les aleja, es la fatuidad de esos pretendidos observadores que nada observan, que pretenden ponerles en el banquillo y hacerles maniobrar como a títeres, y sobre todo el sentimiento de hostilidad y de denigración que alimentan,

sentimiento que está en su pensamiento, cuando no se revela en sus palabras. Nada hacen por ellos los espíritus y se ocupan muy poco de lo que puedan decir o pensar, porque a éstos también les llegará su día. He aquí por qué he dicho que no es fe lo que se necesita, sino buena fe.

Origen de las ideas espiritistas modernas

V. -Lo que desearía saber, caballero, es el punto originario de las ideas espiritistas modernas; ¿son resultado de una revelación espontánea de los espíritus o de una creencia anterior a su existencia? Usted comprenderá la importancia de mi pregunta porque, en último caso, podría creerse que la imaginación no es extraña a semejantes ideas.

A. K. -Esta pregunta, como usted dice, caballero, es importante bajo este punto de vista, aunque sea difícil admitir -suponiendo ya que las ideas nacieron de una creencia anticipada- que la imaginación haya podido producir todos los resultados materialmente observados. En efecto, si el Espiritismo estuviese fundado en la idea preconcebida de la existencia de los espíritus, se podría, con alguna apariencia de razón, dudar de su realidad, porque si la causa es una quimera, también deben ser quimeras las consecuencias. Pero las cosas no han pasado así.

Observe usted, ante todo, que este proceder sería completamente ilógico. Los espíritus son una causa y no un efecto. Cuando se nota un efecto, puede inquirirse su causa, pero no es natural imaginar una causa antes de haber visto los efectos. No se podía, pues, concebir la idea de los espíritus si no se hubiesen presentado ciertos efectos, que encontraban probable explicación en la existencia de seres invisibles. Pues bien, ni de este modo fue sugerido semejante pensamiento, es decir, que no fue una hipótesis imaginada para explicar ciertos fenómenos. La primera suposición que se hizo fue la de que la causa era material. Así pues, lejos de haber sido los espíritus una idea preconcebida, se partió del punto de vista materialista. Pero no siendo esto bastante para explicarlo todo, la observación, y sólo la observación, condujo a la causa espiritual. Hablo de las ideas espiritistas modernas, porque ya sabemos que esta creencia es tan antigua como el mundo. He aquí la evolución de las cosas.

Se produjeron ciertos fenómenos espontáneos, tales como ruidos extraños, golpes, movimiento de objetos, etc., sin causa ostensible conocida, fenómenos que pudieron ser reproducidos bajo la influencia de ciertas personas. Hasta entonces nada autorizaba a buscar otra causa que la acción de un fluido magnético o de otra naturaleza, cuyas propiedades nos eran desconocidas. Pero no se tardó en reconocer en los ruidos y movimientos un carácter intencional e inteligente, de donde se dedujo, según tengo dicho, que: si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. Esta inteligencia no podía residir en el objeto mismo, porque la materia no es inteligente. ¿Era reflejo de la persona o personas presentes? Al principio, como también tengo dicho, se pensó así. Sólo la experiencia podía decidir, y la experiencia ha demostrado con pruebas irrecusables, y no en pocas ocasiones, la completa independencia de esta inteligencia. Era, pues, independiente del objeto y de la persona. ¿Quién era? Ella misma respondió; declaró pertenecer al orden de seres incorpóreos designados con el nombre de espíritus. La idea de los espíritus no ha preexistido, pues no ha sido consecutiva tampoco. En una palabra, no ha salido del cerebro: ha sido dada por los mismos espíritus, y ellos son los que nos han enseñado todo lo que después hemos sabido sobre ellos.

Revelada la existencia de los espíritus y establecidos los medios de comunicación, se pudieron tener conversaciones continuadas y reseñas sobre la naturaleza de aquellos seres, las condiciones de su existencia y su misión en el mundo visible. Si de este modo pudieran ser

interrogados los seres del mundo de los infinitamente pequeños, ¡cuántas cosas curiosas no se sabrían acerca de ellos!

Supongamos que antes del descubrimiento de América hubiese existido un hilo eléctrico a través del Atlántico, y que en el extremo correspondiente a Europa se hubiesen notado señales inteligentes, ¿no se hubiese deducido que en el otro extremo existían seres inteligentes que procuraban comunicarse? Se les hubiera preguntado entonces y ellos hubieran respondido, adquiriéndose de tal modo la certeza, el conocimiento de sus costumbres, de sus hábitos y de su manera de ser, sin nunca haberlos visto. Otro tanto ha sucedido con las relaciones del mundo invisible: las manifestaciones materiales han sido como señales, como advertencias que nos han manifestado comunicaciones más regulares y más seguidas. Y, cosa notable, a medida que hemos tenido a nuestro alcance medios más fáciles de comunicación, los espíritus abandonan los primitivos, insuficientes e incómodos, como el mudo que recobra la palabra renuncia al lenguaje de los signos.

¿Quiénes eran los habitantes de ese mundo? ¿Eran seres excepcionales, fuera de la Humanidad? ¿Buenos o malos? También la experiencia se encargó de resolver estas cuestiones, pero hasta que numerosas observaciones hicieron luz sobre este asunto, estuvo abierto el campo de las conjeturas y de los sistemas, y bien sabe Dios que no faltaron. Unos vieron espíritus superiores en todos, otros sólo demonios. Por sus palabras y por sus actos podía juzgárseles. Supongamos que de los habitantes transatlánticos desconocidos de que hemos hablado, hubiesen dicho los unos muy buenas cosas, mientras que otros se hubiesen hecho notar por el cinismo de su lenguaje, hubiérase deducido sin duda que los había entre ellos buenos y malos. Esto es lo que ha sucedido con los espíritus, reconociéndose entre los mismos todos los grados de bondad y de maldad, de ignorancia y de ciencia. Instruidos a cerca de los defectos y excelencias de aquéllos, nos correspondía a nosotros separar lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, en las relaciones que con ellos mantuviésemos, lo mismo que hacemos con los hombres.

No sólo nos ha esclarecido la observación sobre las cualidades de los espíritus, sino que también sobre su naturaleza y sobre lo que pudiéramos llamar su estado fisiológico. Se supo por ellos mismos que los unos eran muy venturosos, y muy desgraciados los otros; que no son excepcionales, ni de distinta naturaleza, sino que son las mismas almas de los que han vivido en la Tierra, en la que dejaron su envoltura corporal; que pueblan los espacios, nos rodean e incesantemente se codean con nosotros, y entre ellos, pudo cada uno reconocer por señales incontestables a sus parientes, amigos y conocidos de la Tierra. Se les pudo seguir en todas las fases de su existencia de ultratumba, desde el instante en que abandonan el cuerpo, y observar su situación según su género de muerte y el modo como habían vivido en la Tierra. Se supo por fin que no eran seres abstractos, inmateriales en el sentido absoluto de la palabra: que tienen una envoltura a la que damos el nombre de periespíritu, especie de cuerpo fluidico, vaporoso, diáfano, invisible en estado normal, pero que, en ciertos casos y por una especie de condensación o disposición molecular, pueden hacerse visibles y hasta tangibles momentáneamente, y así se explicó el fenómeno de las apariciones y de los contactos.

Esta envoltura existe durante la vida del cuerpo: es el lazo entre el espíritu y la materia. Muerto el cuerpo, el alma o el espíritu, que es lo mismo, no se despoja más que de la envoltura grosera, conservando la otra como cuando nos quitamos una pieza sobrepuesta para conservar la interior, como el germen del fruto se despoja de la envoltura cortical, conservando únicamente el perispermo. Esta envoltura semimaterial del espíritu es el agente de los diferentes fenómenos, por cuyo medio manifiestan su presencia.

Así es, caballero, en pocas palabras, la historia del Espiritismo. Ya ve usted, y aún mejor lo reconocerá cuando lo estudie con profundidad, que todo es en el Espiritismo el resultado de la observación, y no de un sistema preconcebido.

Medios de comunicación

V. -Me ha hablado usted de medios de comunicación; ¿podría darme usted una idea de ellos, puesto que es difícil comprender cómo esos seres invisibles pueden conversar con nosotros?

A. K. -Con mucho gusto. Seré. sin embargo. breve, porque este punto exigiría largas digresiones que encontrará usted especialmente en El Libro de los Médiums. Pero lo poco que le diré bastará para indicarle el mecanismo, y, sobre todo, para hacerle comprender mejor algunos experimentos a que podrá asistir, mientras espera su completa iniciación.

La existencia de esa envoltura semimaterial, el periespíritu, es ya una clave que explica muchas cosas y demuestra la posibilidad de ciertos fenómenos. En cuanto a los medios, son muy variados, y dependen, ya de la naturaleza más o menos pura del espíritu, ya de las disposiciones particulares de las personas que le sirven de intermediarios. El más vulgar, el que puede llamarse universal, consiste en la intuición, es decir, en las ideas y pensamientos que nos sugieren; pero este medio es muy poco apreciable en la generalidad de los casos, y hay otros más materiales. Ciertos espíritus se comunican por medio de golpes, respondiendo por sí o por no, o designando las letras que deben formar las palabras. Los golpes pueden obtenerse por el movimiento bascular de un objeto, una mesa, por ejemplo, que golpea con uno de sus pies. A menudo se producen en la sustancia misma de los cuerpos, sin movimiento de éstos. Este modo primitivo es prolongado y se presta con dificultad a los desenvolvimientos de cierta extensión: le ha reemplazado la escritura, que se obtiene de diferentes maneras. Al principio se empleó, y a veces se emplea aún, un objeto móvil, como una planchita, una cesta, una caja, a la cual se adapta un lápiz cuya punta corre por el papel. La naturaleza y la sustancia del objeto son indiferentes. El médium pone la mano sobre aquél, al cual transmite la influencia que recibe del espíritu, y el lápiz traza los caracteres. Pero este objeto, propiamente hablando, no es más que una especie de apéndice de la mano, como un lapicero. Más tarde se reconoció la utilidad de semejante intermediario, que no es más que una complicación del mecanismo, cuyo único mérito es el de evidenciar de una manera más material la independencia del médium, que puede escribir tomando él mismo el lápiz. Los espíritus se manifiestan también y pueden transmitir sus pensamientos por sonidos articulados que retumban bien en el espacio, bien en el oído; por la voz del médium, por la vista, por el dibujo, por la música y por otros medios que un completo estudio hace conocer. Los médiums tienen para esto diferentes aptitudes especiales procedentes de su organización. Así pues, tenemos médiums para efectos físicos, es decir, aptos para producir fenómenos materiales, como golpes, movimientos de cuerpos, etcétera; médiums auditivos, parlantes, dibujantes, músicos, escribientes. Esta última facultad es la más común, la que mejor se desarrolla con el ejercicio, y también es la más preciosa, porque permite comunicaciones más seguidas y más rápidas.

El médium escribiente presenta numerosas variedades, de las cuales dos son muy notables. Para comprenderlas, es preciso darse cuenta del modo como se opera el fenómeno. A veces el espíritu obra sobre la mano del médium, a la cual da un impulso completamente independiente de la voluntad, y sin que éste tenga conciencia de lo que escribe: este es el médium escribiente mecánico. Otras veces, obra sobre el cerebro; su pensamiento penetra el del médium, quien, aunque escribiendo involuntariamente, tiene conciencia más o menos clara de lo que obtiene: este es el médium intuitivo; su papel es exactamente el de un intérprete que transmite un pensamiento que no es el suyo, pensamiento que, sin embargo, debe comprender. Aunque, en este caso, el pensamiento del espíritu y el del médium se confunden a veces, la experiencia enseña a distinguirlos fácilmente. Por ambos géneros de mediumnidad se obtienen buenas comunicaciones. La ventaja de los mecánicos es para las personas que no están aún convencidas. Por lo demás, la cualidad esencial de un médium está en la naturaleza de los espíritus que le asisten y las comunicaciones que recibe, más que en los medios de ejecución.

V. -El procedimiento me parece de los más sencillos. ¿Me será posible experimentarlo?

A. K. -Sin ningún inconveniente, y añado que si usted estuviese dotado de la facultad medianimica, sería éste el mejor medio para convencerse, porque no podría usted sospechar de su propia buena fe. Tan sólo le recomiendo vivamente que no se entregue a ninguna prueba antes de haber estudiado con detención. Las comunicaciones de ultratumba están rodeadas de más dificultades de las que generalmente se cree. No están exentas de inconvenientes ni de peligros para los que no tienen la experiencia necesaria. Sucede a éste lo que al que quisiera hacer manipulaciones químicas sin saber química: correría riesgo de quemarse los dedos.

V. -¿Puede conocerse esta aptitud por alguna señal?

A. K. -Hasta el presente ningún diagnóstico se conoce para la mediumnidad. Todos los que se habían considerado como tales carecen de valor, y el mejor medio de saber si se es o no médium es probarlo. Por lo demás, los médiums son muy numerosos, y es muy raro que, si no lo es uno mismo, no se encuentre alguno entre su familia o conocidos. El sexo, la edad y el temperamento son indiferentes: se encuentran médiums entre hombres y mujeres, niños y ancianos, sanos y enfermos.

Si la mediumnidad se tradujese por una señal exterior cualquiera, implicaría esto la permanencia de la facultad, mientras que ésta es esencialmente móvil y fugitiva. Su causa física está en la asimilación, más o menos fácil, de los fluidos periespirituales del encarnado y del espíritu desencarnado. Su causa moral es la voluntad del espíritu en comunicarse cuando le place y no a nuestro antojo, de donde resulta: 1º que todos los espíritus no pueden comunicarse indiferentemente; y 2º que todo médium puede perder, o tener suspendida, la facultad cuando menos lo espera. Estas palabras bastan para demostrar a usted que este punto es un vasto campo de estudio, para poderse dar cuenta de las variaciones que presenta el fenómeno.

Sería, pues, erróneo el creer que todo espíritu puede venir al llamamiento que se le hace, y comunicarse con el primer médium que se presente. Para que un espíritu se comunique, es preciso, ante todo, que le convenga hacerlo; en segundo lugar, que su posición o sus ocupaciones se lo permitan; y tercero, que encuentre en el médium un instrumento propicio, apropiado a su naturaleza.

En principio, se puede comunicar con los espíritus de todos los órdenes, con sus parientes y amigos, tanto con los espíritus más vulgares como con los más elevados. Pero independientemente de las condiciones individuales de posibilidad, vienen más o menos voluntariamente según las circunstancias, y sobre todo en razón de sus simpatías hacia las personas que les llaman, y no al llamamiento del primer antojadizo que tuviese el capricho de evocarles por un sentimiento de curiosidad. En semejante caso, no se hubiese molestado durante su vida, y tampoco lo hace después de la muerte.

Los espíritus serios sólo concurren a las reuniones formales, donde son llamados con recogimiento y por motivos formales. No se prestan a ninguna pregunta de curiosidad, de prueba fútil, ni a ningún experimento.

Los espíritus ligeros se encuentran en todas partes, pero en las reuniones formales guardan silencio y se mantienen ocultos para oir, como lo haría un estudiante en una asamblea ilustrada. En las reuniones frívolas toman la revancha, se divierten con todos, se burlan con frecuencia de los concurrentes y responden a todo sin cuidarse de la verdad.

Los espíritus que se llaman golpeadores, y por regla general todos los que producen manifestaciones físicas, son de orden inferior, sin que por ello sean esencialmente malos: tienen en cierta manera una aptitud especial para los efectos materiales. Los espíritus superiores no se ocupan de semejantes asuntos, como nuestros sabios no se ocupan de sutilezas: si tienen necesidad de

aquellos efectos, emplean esta clase de espíritus, como nosotros nos servimos del jornalero para la parte material de la obra.

Médiums interesados

V. -Antes de consagrarse a un largo estudio, ciertas personas quisieran tener la certeza de no perder el tiempo, certeza obtenida por un hecho concluyente, y que comprarían a peso de oro.

A. K. -El que no quiere tomarse el trabajo de estudiar, tiene más curiosidad que deseo real de instruirse, y los espíritus no aprecian más que yo a los curiosos. Por otra parte, la codicia les es esencialmente antipática, y no se prestan a nada que puede satisfacerla. Sería preciso sería formarse de ellos una idea muy falsa para creer que espíritus superiores, como Fenelón, Bossuet, Pascal y San Agustín, por ejemplo, se pongan a las órdenes de un advenedizo, a tanto por hora. No, caballero, las comunicaciones de ultratumba son muy serias y requieren mucho respeto para ser puestas en exhibición.

Sabemos, por otra parte, que los fenómenos espiritistas no marchan como las ruedas de un mecanismo, puesto que dependen de la voluntad de los espíritus. Aun admitiendo la aptitud medianimica, nadie puede responder de obtenerlos en un momento determinado. Si los incrédulos son dados a sospechar de la buena fe de los médiums en general, peor sería si se notase en ellos el estímulo del interés. Y con razón podría sospecharse que el médium retribuido simularía el fenómeno cuando no lo produjese el espíritu, porque ante todo le sería preciso ganar su dinero. Puesto que el desinterés más absoluto es la mejor garantía de sinceridad, repugnaría a la razón el hacer venir por interés a las personas que nos son queridas, suponiendo que consintiesen en ello, lo cual es más que dudoso: en todo caso, sólo se prestarían a este cálculo espíritus de baja ralea, poco escrupulosos acerca de los medios e indignos de confianza, y aun éstos se gozan en el censurable placer de burlar las combinaciones y los cálculos de sus panegiristas.

La naturaleza de la facultad medianímica se opone, pues, a que se la convierta en una profesión, porque depende de una voluntad extraña al médium que podría faltarle en el momento en que más la necesitase, a menos que no se la supliese por la astucia. Pero aun admitiendo una completa buena fe, desde el momento en que los fenómenos no se obtienen a voluntad, seria efecto de la casualidad el que, en la sesión retribuida, se produjese precisamente el hecho deseado para el convencimiento. Bien puede usted dar cien mil francos a un médium, seguro de que no obtendrá de los espíritus lo que éstos no quieran hacer. Este cebo, que desnaturalizaría la intención, transformándola en un violento deseo de lucro, sería, por el contrario, un motivo de que no lo obtuviese. Si se está bien persuadido de la verdad de que el afecto y la simpatía son los más poderosos móviles de atracción para los espíritus, se comprenderá que no pueden ser solicitados por el pensamiento de emplearlos en el lucro.

Aquel, pues, que tenga necesidad de hechos para convencerse, debe probar a los espíritus su buena voluntad con una observación seria y paciente, si quiere ser secundado por ellos. Pero si es verdad que la fe no se impone, no lo es menos que tampoco se compra.

V. -Comprendo este razonamiento desde el punto de vista moral; ¿pero no es justo que el que emplea su tiempo en interés de la causa sea indemnizado, impidiéndole aquel empleo el trabajar para vivir?

A. K. -Ante todo, ¿lo hace precisamente en interés de la causa o en interés propio? Si ha dejado su estado, es porque no estaba satisfecho de él y porque esperaba ganar más con el nuevo oficio, o trabajar menos. Ningún mérito tiene emplear el tiempo cuando se hace para lograr provecho. Esto es absolutamente como decir que el panadero fabrica el pan en provecho de la

Humanidad. La mediumnidad no es el único recurso, y de no existir ella, los médiums interesados se verían obligados a ganarse la vida de otro modo. Los médiums verdaderamente formales y desinteresados buscan los medios de vivir en el trabajo cotidiano, y no abandonan sus ocupaciones cuando necesitan de éstas para subsistir: sólo consagran a la mediumnidad el tiempo que sin perjuicio puedan ocuparle; si se dedican a ella en sus ratos de ocio y de reposo, existe entonces verdadero desinterés, por el cual se les ve agradecidos y son objeto de aprecio y respeto.

Por otra parte, la multiplicidad de médiums en las familias hace inútiles los de profesión, aun suponiendo que estos últimos ofreciesen todas las garantías apetecibles, lo cual es muy raro. Sin el descrédito en que ha caído esta clase de explotación, y yo me felicito de haber contribuido grandemente a ello, hubiéranse visto pulular los médiums mercenarios, y abundar sus reclamos en los periódicos, y por uno que hubiese podido ser leal hubiéranse encontrado cien charlatanes que, abusando de una facultad real o simulada, hubiesen perjudicado enormemente al Espiritismo. Es, pues, un principio, que todos los que ven en el Espiritismo algo más que una exhibición de fenómenos curiosos, que comprenden y aprecian la dignidad, la consideración y los verdaderos intereses de la doctrina, reprueban toda especie de especulación bajo cualquier forma o disfraz con que se presente. Los médiums serios y sinceros, y doy este nombre a los que comprenden la santidad del mandato que Dios les ha confiado, evitan hasta las apariencias de lo que pudiera hacer recaer sobre ellos la menor sospecha de codicia: la acusación de obtener un provecho cualquiera de su facultad sería considerada por tales médiums como una injuria. Convenga usted, caballero, por incrédulo que sea, en que un médium en semejantes condiciones le impresionaría de muy distinto modo que si hubiese pagado su localidad para verle trabajar o, aunque hubiese obtenido una entrada gratis, si supiese que detrás de todo ello había una cuestión de interés. Convenga usted en que viendo al primero animado de un verdadero sentimiento religioso, únicamente estimulado por la fe y no por el cebo de la ganancia, involuntariamente le impondría respeto, aunque fuese el más humilde proletario, inspirándole también más confianza, porque no tendría motivos para sospechar de su lealtad. Pues bien, caballero, como el médium indicado encontrará usted mil por uno, y ésta es una de las causas que han contribuido más poderosamente al crédito y propagación de la doctrina, mientras que si no hubiese tenido más que intérpretes interesados, no contaría ni con la cuarta parte de los adeptos con que hoy cuenta.

Esto se ha comprendido tan bien, que los médiums profesionales son excesivamente raros, en Francia por lo menos, y desconocidos en la mayor parte de los centros espiritistas de provincia, donde la reputación de mercenarios bastaría para excluirlos de todos los grupos serios, en los cuales no les sería lucrativo el oficio, a consecuencia del descrédito que sobre ellos recaería y de la competencia de los médiums desinteresados, que se encuentran en todas partes.

Para suplir, ya la facultad que les falta, ya la insuficiencia de la clientela, existen médiums sedicentes, que la obtienen con el juego de cartas, la bola de cristal, etcétera, a fin de satisfacer todos los gustos, esperando por este medio atraer, a falta de espiritistas, a los que creen aún en esas estupideces. Si no se perjudicasen más que a sí mismos, el mal sería poca cosa: pero hay personas que sin profundizar más confunden el abuso con la realidad, aparte de los mal intencionados que de ello se aprovechan para decir que en eso consiste el Espiritismo. Ya ve usted, caballero, que conduciendo la explotación de la mediumnidad a abusos perjudiciales para la doctrina, el Espiritismo serio tiene razón de rechazarla y repudiarla como auxiliar.

V. -Convengo en que todo esto es muy lógico, pero los médiums desinteresados no están a la disposición de todos, y no puede uno permitirse incomodarlos, mientras que no se tiene reparo con los retribuidos, porque se sabe que no se les hace perder el tiempo. La existencia de médiums públicos sería una ventaja para las personas que quisieran convencerse.

A. K. -Pero si los médiums públicos, como usted los llama, no ofrecen las garantías apetecidas, ¿qué utilidad pueden prestar para el convencimiento? El inconveniente que usted señala

no destruye los otros más serios que yo he presentado. Se recurriría a ellos más por diversión o por conocer la buenaventura que para instruirse. El que verdaderamente desea convencerse, tarde o temprano encuentra medios si tiene en ello perseverancia y buena voluntad; pero, si no está preparado, no se convencerá con asistir a una sesión. Si a ella acude con impresión desfavorable, con peor impresión saldrá, y quizá se sentirá disgustado de proseguir un estudio en el que nada formal habrá visto, hecho probado ya por la experiencia.

Pero al lado de las condiciones morales, los progresos de la ciencia espiritista nos patentizan hoy una dificultad material en la que no se pensaba al principio, haciéndonos conocer mejor las condiciones en que se producen las manifestaciones. Esta dificultad se refiere a las afinidades fluídicas que deben existir entre el espíritu evocado y el médium.

Paso por alto los pensamientos de fraude y superchería, suponiendo la más completa lealtad. Para que un médium de profesión pudiese ofrecer perfecta seguridad a las personas que fuesen a consultarle, sería preciso que poseyese una facultad permanente y universal, es decir, que pudiese comunicarse fácilmente con cualquier espíritu y en cualquier momento, para estar así constantemente a disposición del público, como un médico, y satisfacer a todas las evocaciones que se pidieran. Y esto no sucede con ningún médium, tanto en los interesados como en los otros, por causas independientes de la voluntad del espíritu, causas que no puedo desarrollar en este momento, porque no estoy dando a usted un curso de Espiritismo. Me limitaré a decirle que las afinidades fluidicas, que son el principio de las facultades medianímicas, son individuales y no generales, que pueden existir de un médium para con tal espíritu y no para con tal otro; que sin esas afinidades, cuyos matices son muy variados, las comunicaciones son incompletas, falsas o imposibles; que, con mucha frecuencia, la asimilación fluidica entre el espíritu y el médium no se establece más que con el tiempo, y que sólo una de cada diez veces se establece completamente desde el primer momento. La mediumnidad, como usted ve, caballero, está subordinada a las leyes, hasta cierto punto, orgánicas, a las cuales obedece todo médium, y no puede negarse que no sea esto un escollo para la mediumnidad profesional, ya que la posibilidad y exactitud de las comunicaciones se relacionan con causas independientes del médium y del espíritu. (Véase más adelante, cap. II, De los médiums.)

Si rechazamos, pues, la explotación de la mediumnidad, no es por capricho ni por sistema, sino porque los mismos principios que rigen las relaciones con el mundo invisible se oponen a la regularidad y a la precisión necesarias al que se pone a la disposición del público, y porque el deseo de satisfacer a una clientela que paga, conduce al abuso. No deduzco de aquí que todos los médiums sean charlatanes, pero digo que el cebo de la ganancia conduce al charlatanismo y autoriza, si no justifica, la sospecha de fraude. El que quiere convencerse debe buscar ante todo elementos de sinceridad.

Los médiums y los hechiceros

V. -Desde el momento en que la mediumnidad consiste en establecer relaciones con los poderes ocultos, me parece que las palabras médiums y hechiceros son poco menos que sinónimas.

A. K. -En todas las épocas ha habido médiums naturales o inconscientes que, por el hecho de que producían fenómenos insólitos y no comprendidos, eran calificados de hechiceros y de tener pacto con el diablo, lo cual ha sucedido también con la mayor parte de los sabios que poseían conocimientos superiores a los del vulgo. La ignorancia ha exagerado su poder y ellos mismos han abusado con frecuencia de la credulidad pública explotándola, y de aquí la justa reprobación de que han sido objeto. Basta comparar el poder atribuido a los hechiceros con la facultad de los verdaderos médiums para establecer la diferencia pero la mayor parte de los críticos no se toman

este trabajo. El Espiritismo, lejos de resucitar la hechicería, la destruye para siempre, despojándola de su pretendido poder sobrenatural, de sus pretendidas fórmulas, hechizos, amuletos y talismanes, reduciendo los fenómenos posibles a su justo valor, sin salir de las leyes naturales.

La asimilación que ciertas personas pretenden establecer, procede del error en que se encuentran de que los espíritus están a disposición de los médiums. Repugna a su razón que pueda depender del primer antojadizo el hacer venir a su gusto y en el momento determinado, al espíritu de tal o cual persona, más o menos ilustre. En esto creen la verdad, y si, antes de censurar al Espiritismo, se hubiesen molestado en informarse, hubieran sabido que dice terminantemente que los espíritus no están sujetos a los caprichos de nadie, y que nadie puede hacerles venir a su antojo y a pesar de ellos, de donde se deduce que los médiums no son hechiceros.

V. -Según esto, todos los efectos que ciertos médiums acreditados obtienen por su voluntad y en público son para usted sofisticaciones.

A. K. -No lo digo de un modo absoluto. Ciertos fenómenos no son imposibles, porque hay espíritus de grado inferior que pueden prestarse a ellos, y que con ellos se divierten, habiendo quizá hecho ya, durante su vida, el oficio de charlatanes, y habiendo también médiums especialmente propios para este género de manifestación. Pero el sentido común más vulgar rechaza la idea de que los espíritus elevados, por poco que lo estén, vengan a participar en la comedia y a hacer alardes de fuerza para divertir a los curiosos.

La obtención de estos fenómenos al antojo del que los obtiene, y sobre todo en público, es siempre sospechosa; en semejante caso, la mediumnidad y la prestidigitación andan tan cerca, que con frecuencia es muy dificil distinguirlas. Antes de ver en aquéllos la acción de los espíritus, se requieren minuciosas observaciones y tener en cuenta, bien el carácter y antecedentes del médium, bien una multitud de circunstancias que sólo un profundo estudio de la teoría de los fenómenos espiritistas puede hacer apreciar. Es de notar que este género de mediumnidad, si es en efecto mediumnidad, está limitada a la producción del mismo fenómeno, con ligeras variaciones, lo que no es muy a propósito para disipar las dudas. Un absoluto desinterés sería la mejor garantía de sinceridad.

Cualquiera que sea la realidad de dichos fenómenos, como efectos medianímicos, producen un buen resultado, cual es el de poner en boga la idea espiritista. La controversia que sobre este particular se establece induce a muchas personas a un estudio más profundo. No es, ciertamente, a esos lugares donde debe irse en busca de instrucciones serias acerca del Espiritismo, ni de la filosofía de la doctrina, pero es un medio de llamar la atención a los indiferentes y obligar a que hablen de él a los más recalcitrantes.

Diversidad de los espíritus

V. -Usted habla de espíritus buenos o malos, serios o ligeros, y le confieso que no me explico esta diferencia. Me parece que, al dejar su envoltura corporal, deben despojarse de las imperfecciones inherentes a la materia; que debe para ellos hacerse la luz sobre todas las verdades que nos están ocultas, y que deben verse libres de las preocupaciones terrestres.

A. K. -Sin duda alguna se encuentran libres de las imperfecciones físicas, es decir, de las enfermedades y flaquezas del cuerpo, pero las imperfecciones morales se refieren al espíritu y no al cuerpo. Entre ellos los hay que están más o menos adelantados intelectual y moralmente. Sería erróneo creer que los espíritus, al dejar su cuerpo material, reciben súbitamente la luz de la verdad. ¿Cree usted, por ejemplo, que cuando muera no habrá ninguna diferencia entre el espíritu de usted y el de un salvaje o el de un malhechor? Si así fuera, ¿de qué le serviría haber trabajado para

instruirse y mejorarse, puesto que un cualquiera sería tanto como usted después de la muerte? Sólo gradual, y algunas veces muy lentamente, se verifica el progreso de los espíritus. Entre ellos, dependiendo esto de su purificación, los hay que ven las cosas bajo un punto de vista más exacto que durante su vida. Otros, por el contrario, tienen aún las mismas pasiones, las mismas preocupaciones y los mismos errores, hasta que el tiempo y nuevas pruebas les hayan permitido perfeccionarse.

Note usted bien que lo dicho es el resultado de la experiencia, porque del modo indicado se nos presentan en sus comunicaciones. Es, pues, un principio elemental de Espiritismo que entre los espíritus los hay de todos los grados de inteligencia y moralidad.

V. -Pero entonces, ¿por qué no son perfectos todos los espíritus? ¿Dios, pues, los crea de todas categorías?

A. K. -Eso vale tanto como preguntar, porque todos los discípulos de un colegio no cursan filosofia. Todos los espíritus tienen el mismo origen y el mismo destino. Las diferencias que entre ellos existen no constituyen diferentes especies, sino grados diversos de adelanto.

Los espíritus no son perfectos, porque son las almas de los hombres, y los hombres no son perfectos, porque son la encarnación de espíritus más o menos adelantados. El mundo corporal y el mundo espiritual alternan incesantemente; por la muerte del cuerpo, el mundo corporal ofrece su contingente al mundo espiritual; por el nacimiento, el espiritual alimenta a la Humanidad. En cada nueva existencia, el espíritu realiza un progreso más o menos grande, y cuando ha adquirido en la Tierra la suma de conocimientos y de elevación moral de que es susceptible nuestro globo, lo deja para pasar a otro mundo más elevado, donde aprende cosas nuevas.

Los espíritus que forman la población invisible de la Tierra son hasta cierto punto reflejo del mundo corporal. Se encuentran en ellos los mismos vicios y las mismas virtudes; los hay sabios, ignorantes, falsos sabios, prudentes y atolondrados; filósofos, razonadores y sistemáticos; no habiéndose desprendido todos de sus preocupaciones, todas las opiniones políticas y religiosas tienen entre ellos sus representantes; cada uno habla según sus ideas, y a menudo lo que dicen no es más que su opinión personal, y he aquí por qué no se debe dar ciegamente crédito a todo lo que dicen los espíritus.

V. -Si esto es así, descubro una inmensa dificultad, pues en semejante conflicto de opiniones diversas, ¿cómo distinguir el error de la verdad? No comprendo que nos sirvan de mucho los espíritus ni lo que ganamos con sus conversaciones.

A. K. -Aunque sólo sirviesen los espíritus para enseñarnos que los hay y que son las almas de los hombres, ¿no sería ya esto muy importante para los que dudan de si la tienen, y que ignoran lo que será de ellos después de la muerte?

Como todas las ciencias filosóficas, la espiritista requiere largos estudios y minuciosas observaciones. Así es como se aprende a distinguir la verdad de la impostura, y como se obtienen los medios de alejar a los espíritus mentirosos. Por encima de la turba de baja ralea, están los espíritus superiores, que no tienen otra mira que el bien, y cuya misión es conducir a los hombres por el buen sendero. Nos corresponde a nosotros saber apreciarlos y comprenderlos. Éstos nos enseñan magníficas cosas; pero no crea usted que el estudio de los otros sea inútil, dado que para conocer un pueblo es preciso estudiarlo bajo todas sus fases.

Usted mismo es prueba de esta verdad: creía usted que bastaba a los espíritus el dejar su envoltura corporal para despojarse de sus imperfecciones, y las comunicaciones con ellos nos han enseñado lo contrario, haciéndonos conocer el verdadero estado del mundo espiritual, que a todos nos interesa en extremo, ya que a él debemos ir todos. En cuanto a los errores que pueden nacer de la divergencia de opinión entre los espíritus, desaparecen por sí mismos a medida que aprendemos

a distinguir los buenos de los malos, los sabios de los ignorantes, los sinceros de los hipócritas, ni más ni menos que entre nosotros. Entonces el sentido común hace justicia a las falsas doctrinas.

V. -Mi observación subsiste siempre respecto de las cuestiones científicas y de otras que pueden someterse a los espíritus. La divergencia de sus opiniones sobre las teorías que separan a los sabios nos deja en la incertidumbre. Comprendo que, no estando todos en el mismo grado de instrucción, no pueden saberlo todo; pero entonces, ¿de qué peso puede ser para nosotros la opinión de los que saben, si no podemos evidenciar quién tiene razón y quién no? Tanto vale, pues, dirigirse a los hombres como a los espíritus.

A. K. -También esta reflexión es una consecuencia de la ignorancia del verdadero carácter del Espiritismo. El que crea encontrar en él un medio fácil de saberlo y descubrirlo todo, está en un grave error. Los espíritus no están encargados de traernos la ciencia perfecta; esto sería en efecto muy cómodo, no tener más que pedir para ser servidos, evitándonos así el trabajo de las investigaciones. Dios quiere que trabajemos, que nuestro pensamiento se ejercite: sólo a este precio adquirimos la ciencia. Los espíritus no vienen a librarnos de esa necesidad: son lo que son: el Espiritismo tiene por objeto el estudiarlos, a fin de saber, por analogía, lo que seremos algún día, y no de hacernos conocer lo que nos debe estar oculto, o revelarnos las cosas antes de tiempo.

Tampoco son los espíritus anunciadores de la buenaventura, y cualquiera que se haga la ilusión de obtener de ellos ciertos secretos, se prepara extrañas decepciones de parte de los espíritus burlones; en una palabra, el Espiritismo es una ciencia de observación y no una ciencia de adivinación o de especulación. La estudiamos para conocer el estado de las individualidades del mundo invisible, las relaciones que entre ellos y nosotros existen, su acción oculta sobre el mundo visible, y no por la utilidad material que de ella podemos obtener. Bajo este punto de vista, no hay espíritu cuyo estudio no sea útil. Con todos aprendemos algo; sus imperfecciones, sus defectos, su insuficiencia, su misma ignorancia son otros tantos asuntos de observación que nos inician en la naturaleza íntima de ese mundo, y cuando no son ellos los que nos instruyen con su enseñanza, somos nosotros los que nos instruimos estudiándolos, como sucede cuando observamos las costumbres de un pueblo que no conocemos.

Respecto de los espíritus ilustrados, nos enseñan mucho, pero en los limites de las cosas posibles, y no debe preguntárseles lo que no pueden o no deben revelar; hemos de contentarnos con lo que nos dicen; querer ir más allá es exponerse a las mistificaciones de los espíritus ligeros, dispuestos siempre a responder a todo. La experiencia nos enseña a juzgar el grado de confianza que podemos concederles.

Utilidad práctica de las manifestaciones

V. -Supongamos que este punto sea ya evidente y que el Espiritismo haya sido reconocido por una realidad; ¿cuál puede ser su utilidad práctica? Hasta ahora hemos pasado sin él, y me parece que podríamos continuar del mismo modo viviendo muy tranquilamente.

A. K. -Otro tanto pudiera decirse de los ferrocarriles y del vapor, sin los cuales se vivía muy bien.

Si por utilidad práctica entiende usted los medios de vivir bien, de hacer fortuna, de conocer el porvenir, de descubrir minas de carbón o tesoros ocultos, de recobrar herencias y de esquivar el trabajo de las investigaciones, para nada sirve el Espiritismo, que no puede hacer alzar o bajar la Bolsa, ni ser reducido a acciones, ni siquiera ofrecer inventos perfectos, a punto de ser explotados. Bajo este punto de vista, ¡cuántas ciencias serían inútiles! Cuántas hay que no ofrecerían ventaja

alguna, comercialmente hablando. Los hombres se encontraban perfectamente antes del descubrimiento de todos los nuevos planetas; antes de que se supiera que es la Tierra, y no el Sol, la que gira; antes de que se hubiesen calculado los eclipses; antes de que se conociese el mundo microscópico y antes de otras mil cosas. Para hacer crecer el trigo, no tiene necesidad el labrador de saber lo que es un cometa; ¿por qué, pues, los sabios se entregan a estas investigaciones, y quién se atreverá a decir que pierden el tiempo en ellas?

Todo lo que sirve para levantar una punta del velo contribuye al desarrollo de la inteligencia, ensancha el círculo de las ideas, haciéndonos penetrar en las leyes de la Naturaleza. En virtud de una de ellas, existe el mundo de los espíritus. El Espiritismo hace que la conozcamos; nos enseña la influencia que el mundo invisible ejerce en el visible y las relaciones que entre ambos existen, como la astronomía nos enseña las relaciones de los astros con la Tierra; nos lo presenta como una de las fuerzas que gobiernan al Universo y contribuyen al mantenimiento de la armonía general. Supongamos que se limite a esto su utilidad, ¿no seda ya mucho la revelación de semejante poder, haciendo abstracción de toda doctrina moral? ¿No es nada la revelación de todo un mundo nuevo, sobre todo si el conocimiento del mismo nos lleva a la resolución de una multitud de problemas insolubles hasta ahora; si nos inicia en los misterios de ultratumba, que algo nos interesan, puesto que todos cuantos somos debemos tarde o temprano dar el paso fatal? Pero otra utilidad más positiva tiene el Espiritismo, que es la influencia que ejerce por la fuerza misma de las cosas. El Espiritismo es la prueba patente de la existencia del alma, de su individualidad después de la muerte, de su inmortalidad y de su suerte verdadera. Es, pues, la destrucción del materialismo, no con razonamientos, sino con hechos.

No debe pedirse al Espiritismo más de lo que puede dar, ni buscar en él otro fin que el providencial. Antes de los progresos formales de la astronomía se creía en la astrología. ¿Seria razonable asegurar que para nada sirve la astronomía porque ya no puede descubrirse en la influencia de los astros el pronóstico del destino? Del mismo modo que la astronomía destronó a los astrólogos, el Espiritismo destrona a los adivinos, a los hechiceros y a los anunciadores de la buenaventura. Es a la magia lo que la astronomía a la astrología, y la química a la alquimia.

Locura, suicidio, obsesión

V. -Ciertas personas consideran las ideas espiritistas como capaces de turbar las facultades mentales, y por este motivo encuentran prudente detenerlas en su curso.

A. K. -Ya debe usted conocer el proverbio: achaques quiere la muerte. No es, pues, de sorprender que los enemigos del Espiritismo procuren apoyarse en todos los pretextos. El indicado les ha parecido a propósito para despertar temores y susceptibilidades, y se han apoderado de él con solicitud. Pero desaparece ante el más ligero examen. Oiga usted, pues, sobre esta locura, el razonamiento de un loco.

Todas las grandes preocupaciones del espíritu pueden ocasionar la locura; las ciencias, las artes, la misma religión, ofrecen su contingente. La locura tiene por principio un estado patológico del cerebro, instrumento del pensamiento: desorganizado el cerebro queda alterado el pensamiento. La locura es, pues, un efecto consecutivo, cuya causa primera es una predisposición orgánica que hace al cerebro más o menos accesible a ciertas impresiones, y esto es tan cierto que verá usted personas que piensan muchísimo sin volverse locos, y otros que pierden el juicio bajo la influencia de la más pequeña sobreexcitación. Dada la predisposición a la locura, ésta tomará el carácter de la preocupación principal, que se convertirá entonces en una idea fija. Ésta podrá ser la de los

espíritus en quien de ellos se haya ocupado, como pudiera ser la de Dios, de los ángeles, del diablo, de la fortuna, del poder, de un arte, de una ciencia, de la maternidad, de un sistema político o social.

Es probable que el loco religioso lo hubiera sido espiritista, si el Espiritismo hubiese sido su preocupación dominante. Cierto es que un periódico ha dicho que en una sola localidad de América, cuyo nombre no recordamos, se contaban cuatro mil casos de locura espiritista. Pero ya sabemos que en nuestros adversarios es una idea fija el creerse dotados exclusivamente de razón, lo cual no deja de ser una manía como otra cualquiera.

Para ellos, todos nosotros somos dignos de un manicomio, y por consiguiente, los cuatro mil espiritistas de la localidad en cuestión deben ser otros tantos locos. Bajo este concepto, los Estados Unidos cuentan con centenares de miles, y un mayor número aún todos los países del mundo. Esta broma pesada comienza a caer en desuso desde que la indicada locura se hace paso en las más elevadas esferas de la sociedad. Mucho ruido se hace con un ejemplo conocido, el de Víctor Hennequin; pero se echa al olvido que, antes de ocuparse de los espíritus, había dado ya pruebas de excentricidad en las ideas. Si las mesas giratorias no hubiesen aparecido -las cuales, según un ingenioso juego de palabras de nuestros adversarios, le hicieron perder el juicio,- su locura hubiera tomado otro carácter.

Digo, pues, que el Espiritismo no goza de ningún privilegio en este punto, y aún más, bien comprendido, preserva de la locura y del suicidio.

Entre las más numerosas causas de sobreexcitación cerebral, deben contarse las decepciones, las desgracias, los afectos contrariados, causas que son también las más frecuentes de suicidio. Pues bien, el verdadero espiritista ve las cosas de este mundo desde un punto de vista tan elevado, que las tribulaciones no son para él más que incidentes desagradables. Lo que en otros produciría una violenta emoción, le afecta medianamente. Sabe por otra parte que los pesares de la vida son pruebas que conspiran a su adelanto si los sufre sin murmurar, porque será recompensado según el valor con que las haya soportado. Estas convicciones le dan, pues, una resignación que le preserva de la desesperación, y por consiguiente, de una causa incesante de locura y de suicidio. Sabe, además, por el espectáculo que le dan las comunicaciones de los espíritus, la deplorable suerte de los que voluntariamente abrevian sus días, y este cuadro es bastante para hacerle reflexionar, por lo cual es considerable el número de los que por él han sido detenidos en la funesta pendiente. Este es uno de los resultados del Espiritismo.

En el número de las causas de locura, debe colocarse también el miedo, y el que se tiene al diablo ha descompuesto a más de un cerebro. ¿Se sabe por ventura el número de víctimas producidas al impresionar las imaginaciones débiles con este cuadro que se procura hacer más horroroso por medio de horribles pormenores? Se dice que el diablo no espanta más que a los chiquillos, que es un freno para hacerles prudentes; sí, como la bruja y el coco, pero cuando no les tienen ya miedo, son peores que antes. Y por este magnifico resultado, se olvida el número de epilepsias causadas a un cerebro delicado.

No debe confundirse la locura patológica con la obsesión. Ésta no procede de ninguna lesión cerebral, sino de la subyugación ejercida por los espíritus maléficos sobre ciertos individuos, y tiene, a veces, las apariencias de la locura propiamente dicha. Esta afección, que es muy frecuente, es independiente de la creencia en el Espiritismo y ha existido en todos los tiempos. En este caso. la medicina general es impotente y hasta nociva. El Espiritismo, haciendo conocer esta nueva causa de turbación en el estado del ser, ofrece, al mismo tiempo, el medio de curarla obrando no en el enfermo, sino en el espíritu obsesor. Es el remedio y no la causa de la enfermedad.

Olvido del pasado

V. -No me explico cómo puede aprovecharse el hombre de la experiencia adquirida en las anteriores existencias si no conserva el recuerdo de las mismas; porque, desde el momento que no las recuerda, cada existencia viene a ser como la primera, lo cual equivale a empezar siempre. Supongamos que al despertarnos cada día perdiésemos la memoria de lo que habíamos hecho en el anterior. Es indudable que no estaríamos más adelantados a los sesenta que a los diez años, mientras que recordando nuestras faltas, nuestras fragilidades y los castigos recibidos, procuraríamos no volver a incurrir en ellas. Sirviéndome de la comparación hecha por usted del hombre en la Tierra con el alumno de un colegio, no comprendería que este último pudiese aprovechar las lecciones del quinto año, por ejemplo, si no recordase las aprendidas en el cuarto. Estas soluciones de continuidad en la vida del espíritu interrumpen todas las relaciones, haciendo de él un ser nuevo hasta cierto punto, de donde puede concluirse que nuestros pensamientos mueren en cada existencia, para renacer sin conciencia de lo que hemos sido. Esto es una especie de anonadamiento.

A. K. -De cuestión en cuestión me conducirá usted a hacer un curso completo de Espiritismo. Todas las objeciones que usted hace son naturales en el que nada sabe en este asunto, y que encontraría, en un estudio profundo, una solución mucho más explícita que la que puedo dar en una explicación sumaria, que por si misma debe provocar incesantemente nuevas cuestiones. Todo se encadena en el Espiritismo, y cuando se estudia el conjunto, se ve que los principios se desprenden los unos de los otros apoyándose mutuamente, y lo que parecía entonces una anomalía contraria a la justicia de Dios, parece completamente natural y viene en confirmación de esa sabiduría y de esa justicia.

Tal es el problema del olvido del pasado que se relaciona con cuestiones de igual importancia, por lo cual no haré más que desbrozarle.

Si a cada nueva existencia se corre un velo sobre el pasado, nada pierde el espíritu de lo que ha adquirido en aquél; olvida únicamente la manera como lo ha adquirido. Sirviéndome de la comparación del alumno, poco le importa recordar dónde, cómo y con qué profesores cursó el cuarto año, si, al entrar en el quinto, sabe lo que se aprende en el cuarto. ¿Qué le importa saber que fue castigado por su pereza o por su insubordinación, si tales castigos le han hecho estudioso y dócil? De este modo, el hombre, al reencarnarse, trae instintivamente y como ideas innatas lo que ha adquirido en ciencia y en moralidad. Digo en moralidad, porque si durante una existencia se ha mejorado, si ha aprovechado las lecciones de la experiencia, cuando se reencarne será instintivamente mejor; su espíritu, robustecido en la escuela del sufrimiento y del trabajo, tendrá más solidez; lejos de tener que empezar, posee un abundante fondo, en el que se apoya para adquirir más y más.

La segunda parte de su objeción, respecto del anonadamiento del pensamiento, no es menos infundada, porque semejante olvido sólo tiene lugar durante la vida corporal. Al dejarla, el espíritu recobra el recuerdo del pasado: puede entonces juzgar del camino recorrido y del que aún le falta recorrer; de modo que no hay solución de continuidad en la vida espiritual, que es la normal del espíritu.

El olvido temporal es un beneficio de la providencia, ya que la experiencia se adquiere a menudo por rudas pruebas y expiaciones terribles, cuyo recuerdo sería muy penoso, viniendo a juntarse a las angustias de las tribulaciones de la vida presente. Si parecen largos los sufrimientos de la vida, ¿qué no parecerían si se aumentase su duración con el recuerdo de los sufrimientos del

pasado? Usted, por ejemplo, caballero, es hoy un hombre honrado, pero acaso lo debe a los rudos castigos sufridos por faltas que hoy repugnarían a su conciencia; ¿le gustaría a usted recordar el haber sido ahorcado alguna vez? ¿No le perseguiría constantemente la vergúenza, pensando que el mundo sabe el mal por usted cometido? ¿Qué le importa a usted lo que haya podido hacer y lo que haya sufrido para expiarlo, si es usted actualmente un hombre apreciable? A los ojos del mundo, es usted un nuevo hombre. A los de Dios, un espíritu rehabilitado. Libre del recuerdo de un pasado importuno, obra con más libertad; la vida actual es un nuevo punto de partida; las deudas anteriores de usted están satisfechas, le corresponde ahora no contraer otras nuevas.

¡Cuántos hombres quisieran poder, durante su vida, correr un velo sobre sus primeros años! ¡Cuántos se han dicho al fin de su existencia!: "Si volviese a empezar, no haría lo que he hecho." Pues bien, lo que no pueden deshacer en esta vida, lo desharán en otra; en una nueva existencia, su espíritu traerá consigo, en estado de intuición, las buenas resoluciones tomadas. Así se realiza gradualmente el progreso de la Humanidad.

Supongamos aún, lo que es muy ordinario, que entre sus relaciones, en su misma familia, se encuentre un individuo del cual esté usted quejoso, que quizá le ha arruinado o deshonrado en otra existencia, y que viene arrepentido a encarnarse junto a usted, a unirsele por lazos de familia para reparar los agravios por medio de su interés y afecto, ¿no se encontrarían ustedes mutuamente en la posición más falsa, si ambos recordaran sus enemistades? En lugar de apaciguarse éstas, se eternizarían los odios.

Deduzca usted de todo esto que el recuerdo del pasado perturbada las relaciones sociales y sería una traba al progreso. ¿Quiere usted una prueba de actualidad? Si un hombre condenado a presidio tomase la firme resolución de ser honrado, ¿qué sucedería a su salida? Sería rechazado por la sociedad y esta repulsión casi siempre volvería a arrastrarle hacia el vicio. Si suponemos, por el contrario, que todo el mundo ignora sus antecedentes, sería bien recibido, y si él mismo pudiese olvidarlo, no seria menos honrado y podría caminar alta la frente, en vez de bajarla a la vergúenza del recuerdo.

Esto concuerda perfectamente con la doctrina de los espíritus acerca de los mundo superiores al nuestro. En ellos, donde sólo el bien reina, el recuerdo del pasado no es nada penoso, y por eso sus habitantes recuerdan la existencia precedente como nosotros lo que hemos hecho el día anterior. En cuanto a lo que ha podido hacerse en los mundos inferiores, viene a ser como un sueño pasado.

Elementos de convicción

V. -Convengo, caballero, en que desde el punto de vista filosófico la doctrina espiritista es perfectamente racional, pero queda siempre la cuestión de las manifestaciones que sólo los hechos pueden resolver, y la realidad de semejantes hechos es la que niegan muchas personas, por lo cual no debe usted extrañar el deseo que se experimenta de presenciarlos.

A. K. -Lo encuentro muy natural, pero como busco el provecho que puedan dar, explico las condiciones en que conviene colocarse para observarlos mejor, y sobre todo para comprenderlos. El que a ello no quiere someterse indica que no tiene serios deseos de ilustrarse, y entonces es inútil perder el tiempo con él.

También convendrá usted, caballero, en que sería extraño que una filosofia racional hubiese salido de hechos ilusorios y falsos. En buena lógica, la realidad del efecto implica la realidad de la

causa; si es verdadero el uno, no puede ser falsa la otra, porque no habiendo árbol, no se pueden cosechar frutos.

Cierto es que todo el mundo no ha podido evidenciar los hechos, porque no todos se han puesto en las condiciones requeridas para observarlos, ni han tenido en ellos la paciencia y perseverancia necesarias. Pero esto sucede como en todas las ciencias: lo que no hacen unos lo hacen otros, y todos los días se admite el resultado de cálculos astronómicos por aquellos que no los han hecho.

Como quiera que sea, si usted encuentra buena la filosofía, puede aceptarla como otra cualquiera, reservándose su opinión sobre los senderos y medios que a ella han conducido, o como máximo admitiéndolos a titulo de hipótesis hasta que tenga más amplia demostración.

Los elementos de convicción no son los mismos para todos; lo que convence a los unos no causa impresión ninguna a los otros, y de aquí que sea necesario un poco de todo. Pero es un error creer que los experimentos físicos son el único medio de convencimiento. He visto a algunos a quienes los más notables fenómenos no han podido convencer y de quienes ha triunfado una simple respuesta por escrito. Cuando se ve un hecho que no se comprende, parece más sospechoso cuanto más extraordinario es, y el pensamiento le busca siempre una causa vulgar; si nos damos cuenta de él, lo admitimos mucho más fácilmente, porque tiene una razón de ser: lo maravilloso y lo sobrenatural desaparecen entonces. Es indudable que las explicaciones que acabo de dar a usted en este diálogo están lejos de ser completas, pero estoy persuadido de que, sumarias como son, le darán que pensar, y si las circunstancias le hacen a usted testigo de algunas manifestaciones, las verá con menos prevención, porque podrá fundar su razonamiento sobre una base. Hay dos cosas en el Espiritismo: la parte experimental de las manifestaciones y la doctrina filosófica; y todos los días me visitan personas que nada han visto y que creen tan firmemente como yo, únicamente por el estudio que han hecho de la parte filosófica. Para ellas el fenómeno de las manifestaciones es lo accesorio; el fondo, la doctrina, la ciencia, la encuentran tan grande y tan racional, que hallan en la misma todo lo que puede satisfacer sus aspiraciones interiores, haciendo abstracción del hecho de las manifestaciones, y concluyen, de aquí, que aun suponiendo que éstas no existan, no deja de ser la doctrina que mejor resuelve una multitud de problemas creídos insolubles. ¡Cuántos son los que me han dicho que estas ideas habían germinado en su cerebro, aunque de una manera confusa! El Espiritismo ha venido a formularla o darles un cuerpo, siendo para ellos un rayo de luz. Esto explica el número de adeptos que ha hecho la sola lectura de El Libro de los Espíritus. ¿Cree usted que hubiese sucedido esto si nos hubiéramos concretado a las mesas giratorias y parlantes?

V. -Tiene usted razón en decir, caballero, que de las mesas giratorias ha salido una doctrina filosófica, y lejos estaba yo de sospechar las consecuencias que podían surgir de un hecho que se miraba como un simple objeto de curiosidad. Ahora veo cuán vasto es el campo abierto por su sistema.

A. K. -Dispense usted, caballero; usted me honra mucho atribuyéndome ese sistema, pero no me pertenece. Todo él está deducido de la enseñanza de los espíritus. Yo he visto, observado, coordinado, y procuro hacer comprender a los otros lo que yo comprendo; he aquí toda la parte que me toca. Entre el Espiritismo y los otros sistemas filosóficos hay esta diferencia capital, que los últimos son obra de hombres más o menos esclarecidos, mientras que en el que usted me atribuye no tengo el mérito de haber inventado un solo principio. Se dice: la filosofía de Platón, de Descartes, de Leibnitz; pero no se dirá: la doctrina de Allan Kardec, y esto es lógico; porque, ¿qué peso ha de tener un hombre en cuestión tan seria? El Espiritismo tiene auxiliares mucho más preponderantes y a cuyo lado somos átomos.

Sociedad espiritista de París

V. -Sé que dirige usted una sociedad que se ocupa en estos estudios; ¿me sería posible ingresar en ella?

A. K. -Por ahora ciertamente que no: porque si para ingresar en la misma no se necesita ser doctor en Espiritismo, es preciso por lo menos tener sobre este particular ideas más fijas que las de usted. Como no quiere ser turbada en sus estudios, no puede admitir a los que le harían perder el tiempo en cuestiones elementales, ni a los que, no simpatizando con sus principios y convicciones, introducirían el desorden con discusiones intempestivas o por espíritu de contradicción. Ella es una sociedad científica, como otras muchas, que se ocupa en profundizar los diferentes puntos de la ciencia espiritista, procurando esclarecerlos. Es el centro donde convergen las enseñanzas de todas las partes del mundo, y donde se elaboran y coordinan las cuestiones que se refieren al progreso de la ciencia, pero no una escuela, ni una enseñanza elemental. Más tarde, cuando las convicciones de usted estén formadas por el estudio, se verá si hay lugar a admitirle. En el interin, podrá usted como máximo asistir una o dos veces como oyente, con la condición de no hacer reflexión alguna que pueda ofender a nadie, pues de lo contrario, yo, que le habría presentado a usted, sufriría los reproches de mis colegas, y a usted se le cerraría la puerta para siempre. Verá usted una reunión de hombres serios y de buen trato, cuya mayor parte se recomiendan por la superioridad de su saber y de su posición social, y que no permitirían que aquellos a quienes admite la sociedad se separasen lo más mínimo de los buenos modales; porque no se figure usted que ella invite al público, y que llame a sus sesiones al primer transeúnte. Como no hace demostraciones para satisfacer la curiosidad, huye cuidadosamente de los curiosos. Los que creyesen, pues, encontrar en ella una distracción o un espectáculo, se llevarían chasco y harían muy bien en no presentarse a la misma. He aquí por qué no admite, ni siquiera como simples oyentes, a los que no conoce o a aquellos cuyas disposiciones hostiles son notorias.

Prohibición del Espiritismo

V. -Una pregunta final, se lo suplico a usted. El Espiritismo tiene poderosos enemigos; ¿no podrían éstos prohibir el ejercicio de aquél y las sociedades espiritistas, deteniendo de este modo su propagación?

A. K. -Medio sería éste de perder la partida más pronto, porque la violencia es el argumento de los que no tienen razones que oponer. Si el Espiritismo es una quimera, caerá por sí mismo sin que nadie se tome el trabajo de destruirlo. Si le persiguen es porque se le teme, y sólo lo grave infunde temor. Si es una realidad, está, según tengo dicho, en la Naturaleza, y no se revocan de un plumazo las leyes de la Naturaleza.

Si las manifestaciones espiritistas fuesen privilegio de un solo hombre, no hay duda que, deshaciéndose de él, se pondría fin a las manifestaciones. Desgraciadamente para sus adversarios, no son un misterio para nadie; nada hay secreto en ellas, nada oculto, todo se realiza a la luz del día; están a la disposición de todo el mundo y se les emplea en el palacio y en la cabaña. Puede prohibirse el ejercicio público, pero ya sabemos que no es precisamente en público donde mejor se producen, sino en la intimidad, y pudiendo cada uno ser médium, ¿quién impedirá a una familia en el interior de su casa, a un individuo en el silencio de su gabinete, al prisionero entre sus cadenas, tener comunicaciones con los espíritus, a pesar y a las barbas de sus esbirros? Admitamos, sin embargo, que un gobierno fuese bastante fuerte para impedirias en su Estado, ¿las impediría en los

Estados vecinos, en el mundo entero, ya que no hay un solo país en ambos continentes donde no se encuentren médiums?

El Espiritismo, por otra parte, no tiene su germen en los hombres. Es obra de los espíritus, que no pueden ser quemados, ni encarcelados. Consiste en la creencia individual y no en las sociedades, que en manera alguna son necesarias. Si se llegase a destruir todos los libros espiritistas (y eso que existen ya algunos miles). los espíritus los dictarían de nuevo.

Diálogo tercero. El sacerdote

El sacerdote. -¿Me permitirá usted, caballero, que a mi vez le dirija algunas preguntas?

A. K. -Con mucho gusto. Pero, antes de responderlas, creo útil manifestarle el terreno en que espero colocarme para responderle.

Debo manifestarle que de ningún modo pretenderé convertirlo a nuestras ideas. Si desea conocerlas detalladamente, las encontrará en los libros donde están expuestas; allí las podrá usted estudiar detenidamente, y libre será de rechazarlas o aceptarlas.

El Espiritismo tiene por objeto combatir la incredulidad y sus funestas consecuencias, dando pruebas patentes de la existencia del alma y de la vida futura. Se dirige, pues, a los que no creen en nada o que dudan, y usted lo sabe, el número de ellos es grande. Los que tienen una fe religiosa, y a los que basta esa fe, no tienen necesidad de él. Al que dice: "Yo creo en la autoridad de la Iglesia y me atengo a lo que enseña sin buscar nada más", el Espiritismo responde que no se impone a nadie ni viene a forzar convicción alguna.

La liberiad de conciencia es una consecuencia de la libertad de pensar, que es uno de los atributos del hombre, y el Espiritismo se pondría en contradicción con sus principios de caridad y tolerancia si no la respetase. A sus ojos, toda creencia, cuando es sincera y no induce a dañar al prójimo, es respetable aunque fuese errónea. Si alguien se empeña en creer, por ejemplo, que es el Sol el que da vueltas y no la Tierra, le diríamos: Créalo usted, si le place; porque eso no impedirá que la Tierra dé vueltas; pero del mismo modo que nosotros no procuramos violentar su conciencia, no procure usted violentar la de otros. Si convierte usted en instrumento de persecución una creencia inocente en si misma, se trueca en nociva y puede ser combatida.

Tal es, señor sacerdote, la línea de conducta que he observado con los ministros de diversos cultos que a mí se han dirigido. Cuando me han interrogado sobre puntos de la doctrina, les he dado las explicaciones necesarias, absteniéndome empero de discutir ciertos dogmas, de que no debe ocuparse el Espiritismo, ya que cada uno es libre de apreciarlos. Pero jamás he ido en busca de ellos con el intento de destruir su fe por medio de la coacción. El que a nosotros viene como hermano, como hermano lo recibimos. Al que nos rechaza le dejamos en paz. Este es el consejo que no ceso de dar a los espiritistas, porque jamás he elogiado a los que se atribuyen la misión de convertir al clero. Siempre les he dicho: Sembrad en el campo de los incrédulos, que en él hay abundante mies que recoger.

El Espiritismo no se impone, porque, como he dicho, respeta la libertad de conciencia. Sabe, por otra parte, que toda creencia impuesta es superficial y sólo da las apariencias de fe, pero no la fe sincera. A la vista de todos expone sus principios, de modo que pueda cada uno formar opinión con conocimiento de causa. Los que los aceptan, laicos o sacerdotes, lo hacen libremente y porque los encuentran racionales; pero de ninguna manera abrigamos mala voluntad respecto de los que no

son de nuestro parecer. Si hay lucha entre la Iglesia y el Espiritismo, estamos convencidos de que no la hemos provocado nosotros.

S. -Si la Iglesia, al ver surgir una nueva doctrina, encuentra en ella principios que, a su modo de ver, debe condenar, ¿le negará usted el derecho de discutirlos y combatirlos, de prevenir a los fieles contra los que considera errores?

A. K. -De ningún modo negamos un derecho que reclamamos para nosotros. Si la Iglesia se hubiese encerrado en los límites de la discusión, nada mejor podíamos pedir. Pero lea usted la mayor parte de los escritos emanados de sus miembros o publicados en nombre de la religión, y los sermones que han sido predicados, y verá usted la injuria y la calumnia rebosando en todas partes, y los principios de la doctrina indigna y maliciosamente desfigurados. ¿No se ha oído calificar desde lo alto del púlpito de enemigos de la sociedad y del orden público a los espiritistas? ¿No han visto anatematizados y arrojados de la Iglesia, a los que el Espiritismo ha atraído a la fe, dando por razón que más vale ser incrédulo que creer en Dios y en el alma por medio del Espiritismo? ¿No se han echado de menos para ellos las hogueras de la inquisición? En ciertas localidades, ¿no se les ha señalado a la animadversión de sus conciudadanos, hasta hacer que se les persiguiese e injuriase en las calles? ¿No se ha conjurado a todos los fieles a que se huyese de ellos, como de los apestados, e inducido a los criados a que no entrasen a su servicio? ¿No se ha solicitado de las mujeres que se separasen de sus maridos, y de los maridos que se separasen de sus mujeres por causa del Espiritismo? ¿No se ha hecho perder su plaza a los empleados, retirar a los obreros el pan del trabajo, y el de la caridad a los desgraciados porque eran espiritistas? Hasta los mismos ciegos han sido echados de los hospitales, porque no quisieron abjurar de su creencia. Y dígame usted, señor sacerdote, ¿es ésta una discusión leal? ¿Acaso han vuelto injuria por injuria, y mal por mal los espiritistas? No. A todo han opuesto la calma y la moderación. La conciencia, pues, les ha hecho ya la justicia de decir que no han sido ellos los agresores.

S. -Todo hombre sensato deplora tales excesos, pero la Iglesia no puede ser responsable de abusos cometidos por algunos de sus miembros poco ilustrados.

A. K. -Convengo en ello, ¿pero son miembros poco ilustrados los príncipes de la Iglesia? Vea usted la pastoral del obispo de Argel y de algunos otros. ¿Y no fue un obispo el que decretó el auto de fe de Barcelona? La autoridad superior eclesiástica, ¿no tiene poder omnímodo sobre sus subordinados? Si, pues, tolera sermones indignos de la cátedra evangélica, si favorece la publicación de escritos injuriosos y difamatorios para una clase de ciudadanos, si no se opone a la persecuciones ejercidas en nombre de la religión, es porque aprueba todo eso.

En resumen, rechazando sistemáticamente la Iglesia a los espiritistas que a ella volvían, les ha obligado a replegarse sobre sí mismos, y por la naturaleza y violencia de sus ataques ha ensanchado la discusión trayéndola a otro terreno. El Espiritismo no era más que una simple doctrina filosófica; la Iglesia es quien lo ha engrandecido, presentándolo como un enemigo terrible, quien, en fin, la ha proclamado una nueva religión. Esta era una falta de destreza, pero la pasión no reflexiona.

Un librepensador. -Hace un momento proclamó usted la libertad de pensamiento y de conciencia, y declaró que toda creencia sincera es respetable. El materialismo es una creencia como otra cualquiera, ¿por qué no ha de gozar de la libertad que concede usted a las otras?

A. K. -Seguramente cada uno es libre de creer lo que le plazca o de no creer en nada, y no legitimamos una persecución contra el que cree en la nada después de la muerte, como tampoco la dirigida contra un cismático de una religión cualquiera. Combatiendo el materialismo, atacamos no a los individuos, sino a una doctrina que, si bien es inofensiva para la sociedad cuando se cierra en el foro interno de la conciencia de las personas ilustradas, es una llaga social si se generaliza. La creencia de que todo acaba para el hombre después de la muerte, de que toda solidaridad cesa con la vida, le conduce a considerar el sacrificio del bienestar presente en provecho de otro como una

tontería, y de aquí la máxima: Cada uno para sí, durante la vida, puesto que nada hay después de ésta. La caridad, la fraternidad, la moral, en una palabra, no tienen ninguna base, ninguna razón de ser. ¿Por qué molestarse, reprimirse, privarse hoy, cuando acaso mañana no existiremos? La negación del porvenir, la simple duda sobre la vida futura, son los mayores estímulos del egoísmo, manantial de la mayor parte de los males de la Humanidad. Se necesita gran virtud para ser retenido en la pendiente del vicio y del crimen, sin otro freno que la fuerza de su voluntad. El respeto humano puede detener al hombre de mundo, pero no aquel para quien el temor de la opinión es nulo.

La creencia en la vida futura, demostrando la perpetuidad de las relaciones entre los hombres, establece entre ellos una solidaridad que no se detiene en la tumba, cambiando así el curso de las ideas. Si esta creencia no fuera más que un vano espantajo, sólo en una época hubiese existido. Pero como su realidad es un hecho de experiencia, es un deber propagarla y combatir la creencia contraria en interés del orden social. Esto es lo que hace el Espiritismo, lo hace con éxito, porque da pruebas, y porque en definitiva el hombre percibe la certeza de vivir dichoso en un mundo mejor, en compenación de las miserias terrestres, que creer que se muere para siempre. El pensamiento de verse anonadado perpetuamente, de creer a los hijos y a los seres que nos son queridos perdidos sin esperanza, sonríe, créalo usted, a un número de personas muy reducido. Y de aquí depende que los ataques dirigidos contra el Espiritismo en nombre de la incredulidad tienen tan poco éxito, y no lo han hecho vacilar un instante.

S. -La religión enseña todo eso; hasta el presente ha sido ella suficiente, ¿hay por ventura necesidad de una nueva doctrina?

A. K. -Si basta la religión, ¿por qué hay tantos incrédulos, religiosamente hablando? La religión nos lo enseña, es cierto, nos dice que creamos en ello, ¡pero hay tantas personas que no creen si no se les prueba lo que se les dice! El Espiritismo prueba y hace ver lo que la religión enseña teóricamente. ¿Y de dónde proceden semejantes pruebas? De la manifestación de los espíritus. Es probable, pues, que sólo con permiso de Dios se manifiesten, y si Dios en su misericordia envía tal recurso a los hombres, para sacarlos de la incredulidad, es una impiedad rechazarlo.

S. -No me negará usted, sin embargo, que el Espiritismo no está conforme en todos sus puntos con la religión.

A. K. -Por Dios, señor sacerdote, todas las religiones pueden decir lo mismo: los protestantes, los judíos, los musulmanes, lo mismo que los católicos.

Si el Espiritismo negase la existencia de Dios, del alma, su individualidad y su inmortalidad, las penas y las recompensas futuras, el libre albedrío del hombre. Si enseñase que cada uno vive para sí en la Tierra y que sólo en sí debe pensar, sería contrario no sólo a la religión católica, sino a todas las religiones del mundo; sería la negación de todas las leyes morales, base de las sociedades humanas. Lejos de esto, los espíritus proclaman un Dios único, soberanamente justo y bueno; dicen que el hombre es libre y responsable de sus actos, remunerado y castigado según el bien o el mal que haya hecho; ponen por encima de todas las virtudes la caridad evangélica, y esta regla sublime enseñada por Cristo: Hacer a los otros lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros. ¿No son éstos los fundamentos de la religión? Hacen más aún: Nos inician en los misterios de la vida futura, que no es ya para nosotros una abstracción, sino una realidad, porque los mismos a quienes conocíamos son los que nos vienen a reflejarnos su situación o decirnos cómo y por qué sufren o son dichosos. ¿Qué hay en esto de antirreligioso? Esta certeza en el porvenir de encontrar a los que hemos amado, ¿no es un consuelo? La grandiosidad de la vida espiritual, que es su esencia, comparada con las mezquinas preocupaciones de la vida terrestre, ¿no es a propósito para elevar nuestra alma y para estimularía al bien?

S. -Convengo en que respecto de las cuestiones generales el Espiritismo está conforme con las grandes verdades del Cristianismo, ¿pero sucede lo mismo en cuanto a los dogmas? ¿Acaso no contradice ciertos principios que nos enseña la Iglesia?

A. K. -El Espiritismo es ante todo una ciencia y no se ocupa en cuestiones dogmáticas. Esta ciencia, como todas las filosóficas, tiene consecuencias morales, ¿son buenas o malas? Puede juzgarse de ellas por los principios generales que acabo de recordar. Algunas personas se han equivocado sobre el verdadero carácter del Espiritismo, y esta cuestión es bastante seria, para que nos merezca algún desarrollo.

Citemos ante todo una comparación: estando en la Naturaleza la electricidad, ha existido en todos los tiempos, produciendo los efectos que conocemos y muchos otros que no conocemos aún. Los hombres, ignorando la verdadera causa, han explicado aquellos efectos de una manera más o menos extravagante. El descubrimiento de la electricidad y de sus propiedades vino a destruir una multitud de absurdas teorías, iluminando más de un misterio de la Naturaleza. Lo que la electricidad y las ciencias físicas en general han hecho en ciertos fenómenos, lo hace el Espiritismo en fenómenos de otro orden.

El Espiritismo está fundado en la existencia de un mundo invisible formado de seres incorpóreos que pueblan el espacio, y que no son otros que las almas de los que han vivido en la Tierra o en otros globos, donde han dejado su envoltura material. Estos son los seres que designamos con el nombre de espíritus; nos rodean sin cesar y ejercen en los hombres, a pesar de éstos, una gran influencia; desempeñan un papel muy activo en el mundo moral, y hasta cierto punto en el fisico. El Espiritismo está, pues, en la Naturaleza, y se puede decir que, en un cierto orden de ideas, es una fuerza, como lo es la electricidad y la gravitación bajo otro punto de vista. Los fenómenos cuyo origen está en el mundo invisible, han debido producirse y se han producido, en efecto, en todos los tiempos. He aquí por qué la historia de todos los pueblos hace mención de ellos. Únicamente en su ignorancia, como para la electricidad, los hombres han atribuido esos fenómenos a causas más o menos racionales, dando, bajo este concepto, libre curso a su imaginación.

El Espiritismo, mejor observado después de que se ha vulgarizado, ilumina una multitud de cuestiones hasta hoy irresolubles o mal comprendidas. Su verdadero carácter es, pues. el de una ciencia y no de una religión; y la prueba está en que cuenta entre sus adeptos hombres de todas las creencias, sin que por esto hayan renunciado a sus convicciones; católicos fervientes, que no dejan de practicar todos los deberes de su culto, cuando no son rechazados por la Iglesia, protestantes de todas sectas, israelitas, musulmanes y hasta budistas y brahmanistas. Está basado, pues, en principios independientes de toda cuestión dogmática. Sus consecuencias morales están implícitamente en el Cristianismo, porque de todas las doctrinas el Cristianismo es la más digna y la más pura, y por esto, de todas las sectas religiosas del mundo, los cristianos son los más aptos para comprenderlo en toda su verdadera esencia. ¿Puede reprochársele por esto? Sin duda puede cada uno hacerse una religión de sus opiniones, interpretar a su gusto las religiones conocidas, pero de aquí a la constitución de una nueva Iglesia hay gran distancia.

S. -¿No hace usted, sin embargo, las evocaciones según una fórmula religiosa?

A. K. -Seguramente nos anima un sentimiento religioso en las evocaciones y en nuestras reuniones, pero no existe una fórmula sacramental; para los espíritus el pensamiento lo es todo, y nada la forma. Los llamamos en nombre de Dios porque creemos en Dios y sabemos que nada se cumple en este mundo sin su permiso, y porque si Dios no les permitiese venir no vendrían. En nuestros trabajos procedemos con calma y recogimiento, porque es una condición necesaria para las observaciones, y en segundo lugar porque conocemos el respeto que se debe a los que ya no viven en la Tierra, cualquiera que sea su condición feliz o desgraciada en el mundo de los espíritus. Hacemos un llamamiento a los buenos espíritus, porque sabiendo que los hay buenos y malos,

procuramos que estos últimos no vengan a mezcíarse fraudulentamente en las comunicaciones que recibimos.   ¿Qué prueba todo esto? Que no somos ateos, pero esto no implica de ningún modo que seamos religionarios.

S. -Pues bien, ¿qué dicen los espíritus superiores en lo tocante a la religión? Los buenos deben aconsejarnos y guiamos. Supongamos que yo no tengo ninguna religión, y quiero escoger una. Si les pregunto: me aconsejáis que me haga católico, protestante, anglicano, cuákero, judío, mahometano o mormón, ¿qué responderán?

A. K. -En todas las religiones hay que considerar dos puntos: los principios generales, comunes a todas; y los peculiares de cada una. Los primeros son los que acabamos de mencionar, y éstos los proclaman todos los espíritus, cualquiera que sea su rango. En cuanto a los segundos. los espíritus vulgares, sin ser malos, pueden tener preferencias, opiniones. Pueden preconizar tal o cual forma. Pueden, pues, inducir a ciertas prácticas, ya por convicción personal, ya porque conservan las ideas de la vida terrestre, ya por prudencia a fin de no lastimar las conciencias timoratas. ¿Cree usted, por ejemplo, que un espíritu ilustrado, aunque fuese el mismo Fenelón, dirigiéndose a un musulmán, le diría con poco tacto que Mahoma es un impostor, y que se condenará si no se hace cristiano? Se guardará muy bien, porque sería rechazado.

Los espíritus superiores, en general, cuando no son solicitados por ninguna consideración especial, no se ocupan de pormenores, y se limitan a decir: "Dios es bueno y justo, sólo quiere el bien; la mejor, pues, de todas las religiones es la que sólo enseña lo que está conforme con la bondad y la justicia de Dios; la que da de Él la idea más grande, más sublime y no lo rebaja atribuyéndole las pequeñeces y pasiones de la Humanidad; la que hace a los hombres buenos y virtuosos y les enseña a amarse todos como a hermanos; la que condena todo mal hecho al prójimo; la que bajo ninguna forma ni pretexto autoriza la injusticia; la que no prescribe nada contrario a las leyes inmutables de la Naturaleza, porque Dios no puede contrariarse; aquella cuyos ministros dan el mejor ejemplo de bondad, caridad y moralidad; la que más tiende a combatir el egoísmo y menos contemporice con el orgullo y vanidad de los hombres; aquella, en fin, en cuyo nombre menos mal se comete, porque una buena religión no puede ser pretexto de mal alguno: no debe dejar ninguna puerta abierta ni directamente, ni por interpretación. Ved, juzgad y escoged."

S. -Supongamos que ciertos puntos de la doctrina católica sean negados por los espíritus que usted considera superiores; supongo que esos pueden ser erróneos; aquel que con razón o sin ella los crea artículos de fe y que obra en consecuencia, ¿se verá perjudicado en su salvación, según los espíritus, por semejante creencia?

A. K. -No, ciertamente, si ella no le impide el hacer el bien, y al contrario si a él le impele; mientras que la creencia más fundada le perjudicará si es para él ocasión de hacer el mal, de no ser caritativo con su prójimo, si le hace duro y egoísta, porque no obra entonces según la ley de Dios, y Dios mira antes el pensamiento que los actos. ¿Quién se atreverá a sostener lo contrario?

¿Cree usted, por ejemplo, que sería provechosa la fe a un hombre que creyese perfectamente en Dios, y que en nombre de Dios cometiese actos inhumanos o contrarios a la caridad? ¿No es acaso mucho más culpable, porque tiene más medios de estar ilustrado?

S. -Así, el católico ferviente que cumple escrupulosamente los deberes de su culto, ¿no es censurado por los espíritus?

A. K. -No, si esto es para él cuestión de conciencia y si lo hace con sinceridad; si, mil veces, si es hipócrita y si su piedad es aparente.

Los espíritus superiores, los que tienen por misión el progreso de la Humanidad, se levantan contra todos los abusos que puedan retardar el progreso, cualquiera que sea la naturaleza de aquéllos, y los individuos y las clases de la sociedad que de ellos se aprovechan. Y usted no negará

que la religión no siempre se ha visto exenta de los mismos. Si entre sus ministros los hay que cumplen su misión con abnegación cristiana, que la hacen grande, bella y respetable, no puede usted dejar de convenir que no todos han comprendido la santidad de su ministerio. Los espíritus combaten el mal dondequiera que se encuentre; señalar los abusos de la religión, ¿equivale a atacarla? No, pues tiene mayores enemigos que los difunden; porque estos abusos son los que hacen nacer la idea de que con algo mejor puede sustituirsela. Si algún peligro corriese la religión, sería preciso atribuirlo a los que dan de ella una idea falsa, haciendo de la misma arma de pasiones humanas, y que la explotan en provecho de su ambición.

S. -Usted dice que el Espiritismo no discute los dogmas, y sin embargo admite ciertos puntos combatidos por la Iglesia, tales, por ejemplo, la reencarnación, la presencia del hombre en la Tierra antes de Adán, y niega la eternidad de las penas, la existencia de los demonios, el purgatorio y el fuego del infierno.

A. K. -Esos puntos se han discutido desde hace mucho tiempo, y no es el Espiritismo quien los ha puesto en tela de juicio; opiniones son esas de las cuales son algunas controvertidas por la misma teología y que juzgará el porvenir. A todas las domina un principio: la práctica del bien, que es la ley superior, la condición sine qua non de nuestro porvenir, como lo prueba el estado de los espíritus que con nosotros se comunican. En tanto que se haga para usted la luz sobre estas cuestiones, crea, si lo quiere, en las llamas y en los tormentos materiales si esto le puede alejar del mal: la creencia de usted no los hará más reales si es que no existen. Crea usted, si le place, que no tenemos más que una existencia corporal; esto no le impedirá renacer aquí o en otra parte, a pesar de usted, si así debe ser. Crea usted que el mundo entero y verdadero fue hecho en seis veces veinticuatro horas, si tal es su opinión: esto no impedirá que la Tierra tenga escritas en sus capas geológicas las pruebas de lo contrario. Crea usted, si así lo quiere, que Josué detuvo el Sol: esto no impedirá que la Tierra gire. Crea usted que sólo seis mil años hace que el hombre está en la Tierra: esto no impedirá que los hechos demuestren la imposibilidad de esa creencia. ¿Y que diría usted si el día menos pensado la inexorable geología viniese a demostrar, con patentes vestigios, la anterioridad del hombre, como ha demostrado tantas otras cosas? Crea usted lo que quiera, hasta en el diablo, si esta creencia puede hacerle bueno, humano y caritativo para con sus semejantes. El Espiritismo, como doctrina moral, sólo impone una cosa: la necesidad de hacer el bien y de no practicar el mal. Es una ciencia de observación, con que, vuelvo a repetirio, tiene consecuencias morales, y éstas son la confirmación y la prueba de los grandes principios de la religión. En cuanto a los puntos secundarios, los deja a la conciencia de cada uno.

Pero note usted, caballero, que el Espiritismo no niega, en principio, algunos de los puntos divergentes de que usted acaba de hablar. Si hubiese usted leído todo lo que yo he escrito sobre este particular, hubiera visto que se limita a darles una interpretación más lógica y más racional que la vulgarmente admitida, así es que no niega el purgatorio, por ejemplo; demuestra por el contrario su necesidad y su justicia; pero hace más aún, lo define, el infierno ha sido descrito como una hoguera inmensa; ¿pero es así como lo entiende la alta teología? No, evidentemente: dice que es una figura, que el fuego en que se abrasan los condenados es un fuego moral, símbolo de los más grandes dolores.

En cuanto a la eternidad de las penas, si fuese posible pediries su parecer para conocerles su opinión íntima, a todos los hombres en disposición de razonar y comprender, aun los más religiosos, se vería de qué parte está la mayoría, porque la idea de la eternidad, de los suplicios, es la negación de la infinita misericordia de Dios.

Por lo demás, he aquí lo que dice la doctrina espiritista sobre este particular: La duración del castigo está subordinada al mejoramiento del espíritu culpable. Ninguna condenación se ha pronunciado contra él por un tiempo determinado. Lo que Dios le exige para poner un término a sus sufrimientos es el arrepentimiento, la expiación y la reparación; en una palabra, un mejoramiento

serio, efectivo, y una vuelta sincera al bien. El espíritu es así el árbitro de su propia suerte; puede prolongar sus sufrimientos por su persistencia en el mal, y aplacarlos o abreviarlos con sus esfuerzos para hacer el bien.

Estando la duración del castigo subordinada al arrepentimiento, resulta que el espíritu culpable que no se arrepintiese ni mejorase nunca, sufriría siempre, siendo para él eterna la pena. La eternidad de las penas, pues, debe entenderse en sentido relativo, y no en sentido absoluto.

Una condición inherente a la inferioridad de los espíritus es la de no ver el término de su situación y creer que sufrirán siempre; esto es para ellos un castigo. Pero en cuanto se abre en su alma el arrepentimiento. Dios le hace entrever un rayo de esperanza.

Esta doctrina está evidentemente más conforme con la justicia de Dios, quien castiga mientras persistimos en el mal, y que perdona cuando entramos en el buen camino. ¿Quién la ha imaginado? ¿Nosotros? No; son los espíritus que la enseñan y prueban, por los ejemplos que diariamente nos ofrecen.

Los espíritus no niegan, pues, las penas futuras, puesto que describen sus propios sufrimientos, y este cuadro nos conmueve más que el de las llamas eternas, porque es perfectamente lógico. Se comprende que esto es posible, que debe ser así, que esa situación es consecuencia natural de las cosas. Puede ser aceptada por el pensamiento del filósofo, porque nada de ello repugna a la razón. He aquí por qué las creencias espiritistas han conducido al bien a una multitud de personas, materialistas algunas, a quienes no había detenido el temor del infierno tal como se nos describe.

S. -Sin dejar de admitir su razonamiento, ¿no cree usted que el vulgo necesita más imágenes plásticas que una filosofía que no puede comprender?

A. K. -Este es un error que ha producido más de un materialista, o por lo menos separado de la religión a más de un hombre. Viene un momento en que esas imágenes no impresionan, y entonces las personas que no profundizan, con la parte rechazan el todo, porque se dicen: Si se me ha enseñado como verdad incontestable un punto falso, si se me ha dado una imagen, una figura en vez de la realidad, ¿quién me asegura que el resto es más verdadero? La fe se fortifica, por el contrario, si desarrollándole la razón, nada rechaza. La religión ganará siempre siguiendo el progreso de las ideas, y si hubiese de peligrar algún día, seria porque, habiendo adelantado los hombres, permaneciese ella estacionaria. Es equivocar la época creer que hoy puede conducirse a los hombres por el temor al demonio y a los sufrimientos eternos.

S. -La iglesia reconoce hoy, efectivamente, que el infierno material es una figura; pero esto no excluye la existencia de los demonios. Sin ellos, ¿cómo explicar la influencia del mal que no puede venir de Dios?

A. K. -El Espiritismo no admite los demonios, en el sentido vulgar de la palabra, pero admite los malos espíritus, que no valen mucho más y que causan tanto mal como ellos sugiriendo malos pensamientos. Únicamente dice que no son seres excepcionales, creados para el mal y perpetuamente destinados a él, especie de parias de la Creación y verdugos del género humano. Son seres atrasados, imperfectos aún, pero a los cuales reserva Dios el porvenir. Está en esto conforme con la iglesia católica griega que admite la conversión de Satanás, alusión al mejoramiento de los malos espíritus. Note usted, también, que la palabra demonio sólo implica la idea de espfritu malo en la acepción moderna que se le ha dado, porque la palabra griega daimon significa genio, inteligencia. Como quiera que sea, hoy sólo se le admite a mala parte. Admitir la comunicación de los malos espíritus es reconocer en principio la realidad de las manifestaciones. La cuestión está en saber si sólo son ellos los que se comunican, según afirma la Iglesia, para motivar la prohibición de comunicar con los espíritus. Aquí invocamos el razonamiento y los hechos. Si algunos espíritus, cualesquiera que sean, se comunican, sólo es con permiso de Dios; ¿y por qué comprenderse que

sólo a los malos se les permite? ¿Cómo daría a éstos amplia libertad para venir a engañar a los hombres, y prohibiría a los buenos el venir a hacerles la oposición, a neutralizar sus perniciosas doctrinas? Creer que es así, ¿no seria poner en duda su poder y su bondad y hacer de Satanás un rival de la Divinidad? La Biblia, el Evangelio, los Padres de la Iglesia reconocen perfectamente la posibilidad de comunicar con el mundo invisible, del cual no están excluidos los buenos. ¿Por qué, pues, habrían de estarlo hoy? Por otra parte, al admitir la Iglesia la autenticidad de ciertas apariciones y comunicaciones de los santos, rechaza por lo mismo la idea de que sólo tengamos que habérnoslas con malos espíritus.

Ciertamente, cuando sólo buenas cosas encierran las comunicaciones, cuando sólo en ellas se predica la más pura y sublime moral evangélica, la abnegación, el desinterés y el amor al prójimo, cuando en ellos se censura el mal, cualquiera de sea el traje en que se disfrace, ¿es racional creer que el espíritu maligno venga de tal manera a hacer su propia acusación?

S. -El evangelio nos enseña que el ángel de las tinieblas, o Satanás, se transforma en ángel de luz para seducir a los hombres.

A. K. -Satanás, según el Espiritismo y la opinión de muchos filósofos cristianos, no es un ser real, sino la personificación del mal, como en otro tiempo lo era Saturno del tiempo. La Iglesia interpreta literalmente esta figura alegórica; asunto de opinión es éste que no discutiré. Admitamos por un instante que Satanás sea un ser real; la Iglesia, a fuerza de exagerar su poder con intención de atemorizar, llega a un resultado diametralmente opuesto, es decir, a la destrucción no ya de todo temor, sino de toda creencia en su persona, por el proverbio de que quien quiere probar mucho nada prueba. Se representa como eminentemente sagaz, mañoso y astuto, y en la cuestión del Espiritismo le hace desempeñar el papel de un tonto o de un torpe.

Puesto que el objeto de Satanás es alimentar el infierno con sus victimas y robar almas a Dios, se comprende que se dirija a los que están en el bien para inducirles al mal, y que para ellos se transforme, según la bella alegoría, en ángel de luz, es decir, que simule hipócritamente la virtud. Pero lo que no se comprende es que deje escapar a los que tiene ya entre sus garras. Los que no creen en Dios ni en el alma, los que desprecian la oración y están sumidos en el vicio son, tanto como pueden serlo, del diablo, y nada hay ya que hacer para hundirlos más en el lodazal. Luego, incitarlos a volver a Dios, a rogarle, a someterse a su voluntad, animarlos a renunciar al mal, pintándoles la felicidad de los elegidos y la triste suerte que espera a los malvados, sería propio de un negado, más estúpido que si se diese libertad a un pájaro prisionero con la idea de volverlo a coger enseguida.

Hay, pues, en la doctrina de la comunicación exclusiva de los demonios una contradicción que puede apreciar todo hombre sensato, y por esto no se persuadirá nunca de que los espíritus que vuelven a Dios a los que le negaban, al bien a los que hacían el mal, que consuelan a los afligidos, que dan fuerza y ánimo a los débiles, que por la sublimidad de su enseñanza elevan el alma por encima de la vida material, son emisarios de Satanás, y que por este motivo debe prescindirse de toda revelación con el mundo invisible.

S. -Si la Iglesia prohíbe las comunicaciones con los espíritus de los muertos, es porque son contrarias a la religión y por estar formalmente condenadas por el Evangelio y por Moisés. Al pronunciar este último la pena de muerte contra semejantes prácticas, prueba lo reprensibles que son a los ojos de Dios.

A. K. -Dispense usted, esa prohibición no se encuentra en parte alguna del Evangelio; sólo se halla en la ley mosaica. Se trata, pues, de saber si la Iglesia pone la ley mosaica por encima de la evangélica, o de otro modo, de si es más judía que cristiana. Es digno de notarse que, de todas las religiones, la que menos oposición ha hecho al Espiritismo es la judaica, y que no ha invocado contra las evocaciones la ley de Moisés en que se apoyan las sectas cristianas. Si las prescripciones

bíblicas son el código de la fe cristiana, ¿por qué se prohíbe la lectura de la Biblia? ¿Qué se diría si se prohibiese a un ciudadano estudiar el código de las leyes de su país?

La prohibición dictada por Moisés tenía su razón de ser, porque el legislador hebreo quería que su pueblo rompiese con todas las costumbres tomadas de los egipcios, y porque la de que tratamos era objeto de abusos. No se evocaba a los muertos por respeto y afecto hacia ellos, ni por sentimiento de piedad, sino que era aquel un medio de adivinación, objeto de un tráfico vergonzoso explotado por el charlatanismo y la superstición. Moisés tuvo, pues, razón en prohibirlo. Si pronunció contra semejante abuso una penalidad severa, fue porque se necesitaban medios rigurosos para gobernar aquel pueblo indisciplinado, motivo por el cual la pena de muerte se prodiga en su legislación. Sin razón, pues, se acude a la severidad del castigo para probar el grado de culpabilidad que hay en la evocación de los muertos.

Si la prohibición de evocar a los muertos procede del mismo Dios, como pretende la iglesia, debe haber sido Dios quien ha dictado la pena de muerte contra los delincuentes. La pena, pues, tiene un origen tan sagrado como la prohibición; ¿por qué no se la ha conservado? Todas las leyes de Moisés son promulgádas en nombre de Dios y por su orden. Si se cree que Dios es el autor de ella, ¿por qué no están ya en observancia? Si la ley de Moisés es para la Iglesia artículo de fe sobre un punto, ¿por qué no lo es sobre todos? ¿Por qué recurrir a ella cuando se la necesita y rechazarla cuando no conviene? ¿Por qué no seguir todas sus prescripciones, la circuncisión entre ellas, que sufrió Jesús y no abolió?

Dos partes había en la ley mosaica: 1° la ley de Dios, resumida en las tablas del Sinaí; esta ley ha subsistido porque es divina, y Cristo no hizo más que desarrollarla; 2° la ley civil o disciplinaria, apropiada a las costumbres de la época y que Jesús abolió.

Hoy las circunstancias no son las mismas, y la prohibición de Moisés carece de motivo. Por otra parte, si la Iglesia prohíbe llamar a los espíritus, ¿puede prohibirles a ellos que vengan sin que se les llame? ¿No se ve todos los días que tienen manifestaciones de todos géneros personas que nunca se han ocupado del Espiritismo, y no las había que las tenían mucho antes de que se tratase de él?

Otra contradicción. Cuando Moisés prohibió evocar los espíritus de los muertos es porque podían venir, pues de otro modo su prohibición hubiera sido inútil. Si podían venir en su época, lo pueden también hoy, y si son los espíritus de los muertos, no son, pues, exclusivamente los demonios. Ante todo es preciso ser lógico.

S. -La Iglesia no niega que puedan comunicarse los buenos espíritus, pues reconoce que los santos han tenido manifestaciones, pero nunca puede considerar como buenos a los que contradicen sus principios inmutables. Cierto es que los espíritus enseñan las penas y recompensas futuras, pero no como ella, y por esto únicamente ella puede juzgar sus enseñanzas y discernir los buenos de los malos.

A. K. -He aquí la gran cuestión. Galileo fue acusado de hereje y de recibir inspiraciones del demonio, porque venía a revelar una ley de la Naturaleza, probando el error de una creencia que se miraba como inatacable, por lo cual fue condenado y excomulgado. Si sobre todos los puntos hubiesen abundado los espíritus en el sentido exclusivo de la Iglesia, si no hubiesen proclamado la libertad de conciencia y combatido ciertos abusos, hubieran sido bienvenidos y no se les hubiese calificado de demonios. Tal es la razón por la que todas las religiones, lo mismo los musulmanes que los católicos, creyéndose en posesión exclusiva de la verdad absoluta, miran como obra del demonio cualquier doctrina que no sea enteramente ortodoxa desde su punto de vista. Los espíritus no vienen a derribar la religión, sino a revelar, como Galileo, nuevas leyes de la Naturaleza. Si algunos puntos de fe se sienten lastimados, es porque están en contradicción con dichas leyes, lo mismo que la creencia en el movimiento del Sol. La cuestión está en saber si un artículo de fe

puede anular una ley de la Naturaleza que es obra de Dios; y reconocida esta ley, ¿no es más prudente interpretar el dogma en el sentido de aquélla que atribuirla al demonio?

S. -Pasemos por alto la cuestión de los demonios; sé que es diversamente interpretada por los teólogos, pero me parece más difícil de conciliar con los dogmas el sistema de la reencarnación, porque no es otra cosa que la renovación de la metempsicosis de Pitágoras.

A. K. -No es éste el momento de discutir una cuestión que exigiría amplio desarrollo; la encontrará expuesta en El Libro de los Espíritus y en El Evangelio según el Espiritismo: sólo diré, pues, dos palabras.

La metempsicosis de los antiguos consistía en la transmigración del alma humana a los animales, lo que implicaba una degradación. Por lo demás, esta doctrina no era lo que vulgarmente se cree. La transmigración de los animales no era considerada como una condición inherente a la naturaleza del alma humana, sino como un castigo temporal. Así, las almas de los asesinos pasaban al cuerpo de las fieras para recibir en él su castigo, la de los impúdicos a los cerdos y jabalíes, la de los inconstantes y aturdidos a las aves, la de los perezosos e ignorantes a los animales acuáticos; después de algunos miles de años, más o menos según la culpabilidad, de esta especie de prisión, volvía el alma a entrar en la Humanidad. La encarnación animal no era, pues, una condición absoluta, y se ligaba, como se ve, a la reencarnación humana, y es prueba de esto el que el castigo de los hombres timidos consistía en pasar al cuerpo de las mujeres expuestas al desprecio y a las injurias *(Véase la Pluralidad de existencias del alma, por Pezzani.)*. Era una especie de espantajo para los cándidos, más bien que un artículo de fe para los filósofos. De la misma manera que se dice a los niños: "Si sois malos, se os comerá el lobo", los antiguos decían a los criminales: "Os convertiréis en lobos." En la actualidad se les dice: "El diablo os cogerá y os llevará al infierno."

La pluralidad de existencias, según el Espiritismo, difiere esencialmente de la metempsicosis, porque no admite la encarnación del alma en los animales, ni siquiera como cas tigo. Los espíritus enseñan que el alma no retrocede nunca, sino que progresa siempre. Sus diferentes existencias corporales se realizan en la Humanidad, y cada existencia es para ellos un paso hacia adelante en la senda del progreso moral e intelectual, lo que es muy diferente. No pudiendo adquirir un desarrollo completo en una sola existencia, abreviada frecuentemente por causas accidentales, Dios le permite continuar, en una nueva encarnación, la tarea que no pudo concluir o volver a empezar la que desempeñó mal. La expiación en la vida corporal consiste en las tribulaciones que durante ella sufrimos.

Para saber si la pluralidad de existencias es o no contraria a ciertos dogmas de la Iglesia, me limito a decir lo siguiente:

Una de dos, o la encarnación existe o no existe. Si ocurre lo primero, es prueba que está en las leyes de la Naturaleza. Para probar que no existe, sería preciso probar que es contraria, no a los dogmas, sino a aquellas leyes, y que se pudiese encontrar otra que explicara más clara y lógicamente las cuestiones que sólo ella puede resolver.

Por lo demás, es fácil demostrar que ciertos dogmas encuentran en la reencarnación una sanción racional que los hace aceptables a los que los rechazaban porque no los comprendían. No se trata, pues, de destruir, sino de interpretar, lo cual tendrá lugar más tarde por la fuerza de las cosas. Los que no quieran aceptar la interpretación serán libres de hacerlo, como todavía lo son hoy de creer que es el Sol el que gira. La idea de la pluralidad de existencias se vulgariza con una rapidez maravillosa, en razón de su extrema lógica y de su conformidad con la justicia de Dios. Cuando sea reconocida como verdad natural y aceptada por todo el mundo, ¿qué hará la Iglesia?

En resumen, la reencarnación no es un sistema imaginado para el sostenimiento de una causa ni una opinión personal. ¿Es o no es un hecho? Si está demostrado que ciertas cosas que existen

son materialmente imposibles sin la reencarnación, es preciso admitir que son consecuencia de la reencarnación; y si está en la Naturaleza, no podrá ser anulada por una opinión contraria.

S. -¿Los que no creen en los espíritus y en sus manifestaciones llevan, al decir de los espíritus, la peor parte en la vida futura?

A. K. -Si esta creencia fuera indispensable para la salvación de los hombres, ¿qué sería de los que, desde que el mundo existe, no estaban en condiciones de poseerla y de los que, por mucho tiempo aún, morirán sin tenerla? ¿Puede Dios cerrarles las puertas del porvenir? No, los espíritus que nos instruyen son más lógicos, y nos dicen: Dios es soberanamente justo y bueno, y no hace depender la suerte futura del hombre de condiciones independientes de su voluntad. No dicen: Fuera del Espiritismo no hay salvación posible, sino como Cristo: Fuera de la caridad no hay salvación posible.

S. -Permitame entonces que le diga que, desde el momento que los espíritus no enseñan otros principios que los de la moral que encontramos en el Evangelio, no comprendo la utilidad del Espiritismo, puesto que podíamos conseguir nuestra salvación antes de él y puesto que sin él podemos conseguirla aún. No sucedería lo mismo si los espíritus viniesen a enseñar algunas grandes y nuevas verdades, alguno de esos principios que cambian la faz del mundo, como hizo Cristo. Este por lo menos era solo, su doctrina única, mientras que hay millares de espíritus que se contradicen, diciendo blanco los unos y los otros negro, de donde se ha seguido que, desde un principio, sus partidarios forman ya muchas sectas. ¿No sería mejor dejar tranquilos a los espíritus y atenernos a lo que poseemos?

A. K. -Usted incurre, caballero, en el error de no salir de su punto de vista, y de tomar siempre a la Iglesia como único criterio de los conocimientos humanos. Si Cristo dijo la verdad, no podía decir otra cosa distinta el Espiritismo, y en vez de rechazarlo, se le debiera acoger como un poderoso auxiliar que viene a confirmar, por las voces de ultratumba, las verdades fundamentales de la religión minadas por la incredulidad. Que le combata el materialismo, se comprende; pero que la Iglesia se alíe contra él con el materialismo, es menos concebible. Lo que también es tan inconsecuente como lo dicho, es que la Iglesia califica de demoníaca una enseñanza que se apoya en la misma autoridad, y que prodama la misión divina del fundador del cristianismo.

¿Pero Cristo lo dijo todo? ¿Podía revelarlo todo? No, porque Él mismo dijo: “Muchas cosas tengo aún que deciros, pero no las comprenderíais, por eso os hablo en parábolas.” El Espiritismo viene hoy que el hombre está más adelantado para comprenderlo, a completar y explicar lo que Cristo intencionadamente esbozó tan sólo, o dijo bajo forma alegórica. Indudablemente dirá usted que esta explicación pertenecía a la Iglesia. ¿Pero a cuál? ¿A la romana, a la griega, a la protestante? Puesto que no están acordes, cada una hubiese dado la explicación a su modo y reivindicado el privilegio de darla. ¿Cuál hubiese sido la que hubiera armonizado todos los puntos disidentes? Dios, que es prudente, previendo que a tal explicación mezclarían los hombres sus pasiones y sus preocupaciones, no ha querido confiarles esta nueva revelación, y ha encargado a sus mensajeros los espíritus que la proclamen en todos los puntos del globo, sin miramiento a ningún culto particular, a fin de que pudiese aplicarse a todos y que ninguna la emplee en provecho propio.

Por otra parte, ¿los diversos cultos cristianos no se han separado en nada de la vía trazada por Cristo? ¿Sus preceptos de moral son escrupulosamente observados? ¿No se han torturado sus palabras para apoyar en ellas la ambición y las pasiones humanas, siendo así que son la condenación de las mismas? El Espiritismo, pues, por la voz de los espíritus enviados por Dios, viene a atraer a la estricta observación de sus preceptos a los que de ellos se ha separado. ¿No será especialmente este último motivo el que le trae el calificativo de obra satánica?

Sin razón llama usted sectas a algunas divergencias de opiniones respecto de los fenómenos espiritistas. No es de extrañar que al principio de una ciencia, cuando para muchos las observaciones eran incompletas, sugieren teorías contradictorias. Pero estas teorías estriban en puntos de desarrollo y no en los principios fundamentales. Pueden constituir escuelas que explican ciertos hechos a su manera, pero no sectas, como no lo son los diferentes sistemas que dividen a nuestros sabios sobre las ciencias exactas, la medicina, la física, etc. Suprima usted la palabra secta, que es impropia en el caso presente. Y por otra parte, ¿el mismo cristianismo no ocasionó, desde su origen, una multitud de sectas? ¿Por qué no ha sido la palabra de Cristo bastante poderosa para poner silencio a todas las controversias? ¿Por qué es susceptible de interpretaciones que, aun en nuestros días, dividen a los cristianos en diferentes Iglesias que pretenden todas tener exclusivamente la verdad necesaria a la salvación, detestúndose cordialmente y anatematizándose en nombre de su divino Maestro, que amor y caridad predicó únicamente? La debilidad de los hombres, contestará usted: sea en buena hora; ¿y por qué quiere usted que el Espiritismo triunfe súbitamente de esa debilidad y transforme a la Humanidad como por encanto?

Vamos a la cuestión de utilidad. Dice usted que el Espiritismo nada nuevo nos enseña. Esto es un error, pues enseña, por el contrario, mucho a los que no se detienen en la superficie. Aunque no hubiese hecho más que sustituir con la máxima: Fuera de la caridad no hay salvación posible, que une a los hombres, a la de: Fuera de la Iglesia no hay salvación posible, que los separa, hubiese señalado una nueva era de la Humanidad.

Dice usted que podíamos pasar sin él, conformes; como pudiéramos pasar sin una multitud de descubrimientos científicos. Seguramente los hombres se encontraban tan bien antes como después del descubrimiento de todos los nuevos planetas, del cálculo de los eclipses, del conocimiento del mundo microscópico y de otras cien cosas. El labrador, para vivir y cultivar el trigo, no necesita saber lo que es un cometa, y nadie niega, sin embargo, que todas esas cosas dilatan el círculo de las ideas y nos hacen penetrar más y más las leyes de la Naturaleza. El mundo de los espíritus es, pues, una de esas leyes que nos hace conocer el Espiritismo, enseñándonos la influencia que ejerce en el mundo corporal. Aun suponiendo que a esto se limitase su utilidad, ¿no sería mucho ya la revelación de semejante poder?

Veamos ahora su influencia moral. Admitamos que no enseña nada nuevo sobre este particular, ¿cuál es el mayor enemigo de la religión? El materialismo, porque el materialismo nada cree, y el Espiritismo es la negación del materialismo, que no tiene ya razón de ser. No ya por el razonamiento, no por la fe ciega se dice al materialista que todo no acaba con el cuerpo, sino por los hechos: se le demuestra, se le hace tocar con el dedo y ver con el ojo. ¿Es acaso pequeño este servicio que hace a la Humanidad y a la religión? Pero no es esto todo; la certeza de la vida futura, el cuadro viviente de los que en ella nos han precedido demuestran la necesidad del bien y las consecuencias inevitables del mal. He aquí por qué, sin ser una religión, conduce esencialmente a las ideas religiosas, desarrollándolas en los que no las tienen y fortificándolas en aquellos en quienes son vacilantes. La religión encuentra, pues, en él un apoyo, no para esas personas miopes de inteligencia que ven toda la religión en la doctrina del fuego eterno, en la letra más que en el espíritu, sino para los que la contemplan con arreglo a la grandeza y majestad de Dios.

En una palabra. el Espiritismo dilata y eleva las ideas; combate los abusos engendrados por el egoísmo, la codicia y la ambición; ¿quién se atreverá a defenderlos y a declararse campeón suyo? Si no es indispensable para la salvación, la facilita fortificándonos en el camino del bien. ¿Cuál será, por otra parte, el hombre sensato que se atreva a sentar que la falta de ortodoxia es más reprensible a los ojos de Dios que el ateísmo y el materialismo? Propongo claramente las siguientes preguntas a todos los que combaten el Espiritismo bajo el aspecto de sus consecuencias religiosas:

1ª Entre el que nada cree, o el que creyendo en las verdades generales no admite ciertas partes del dogma, ¿quién tendrá la peor parte en la vida futura?

2ª ¿El protestante y el cismático están confundidos en la misma reprobación que el ateo y el materialista?

3ª El que no es ortodoxo, en el rigor de la palabra, pero que hace todo el bien que puede, que es bueno e indulgente para con su prójimo y leal en sus relaciones sociales, ¿está menos seguro de la salvación que el que creyendo en todo es duro, egoísta y falto de caridad?

¿Qué es preferible a los ojos de Dios, la práctica de las virtudes cristianas sin la de los deberes de la ortodoxia, a la práctica de estos últimos sin la de la moral?

He respondido, señor sacerdote, a las preguntas y objeciones que me ha dirigido usted, pero como le dije al empezar, sin intención preconcebida de atraerle a nuestras ideas y de cambiar sus convicciones, limitándome a hacerle considerar al Espiritismo bajo su verdadero punto de vista. Si no hubiese usted venido, no hubiera yo ido a buscarle. No quiere esto decir que despreciemos su adhesión a nuestros principios, si ella hubiese de tener lugar, muy lejos de eso. Seremos muy felices, por el contrario, como con todas las adquisiciones que hacemos, y que son para nosotros tanto más valiosas en cuanto son libres y voluntarias. No sólo no tenemos derecho alguno para ejercer coacción sobre cualquiera que sea, sino que sería para nosotros un escrúpulo el turbar la conciencia de los que, teniendo creencias que les satisfacen, no vienen espontáneamente.

Hemos dicho que el mejor medio de ilustrarse sobre el Espiritismo era el de estudiar la teoría; los hechos vendrán después naturalmente y se les comprenderá, cualquiera que sea el orden en que los traigan las circunstancias. Nuestras publicaciones han sido hechas con objeto de favorecer este estudio. He aquí el orden que aconsejamos.

Lo primero que debe leerse es este resumen, que ofrece el conjunto y los puntos cardinales de la ciencia; con él puede ya formarse una idea y convencerse de que en el fondo del Espiritismo hay algo serio. En esta rápida exposición nos hemos propuesto indicar los puntos que debe fijar particularmente la atención del observador. La ignorancia de los principios fundamentales es causa de las falsas apreciaciones de la mayor parte de los que juzgan lo que no comprenden, o que lo hacen con arreglo a ideas preconcebidas. Si esta primera ojeada despierta el deseo de aprender más, se leerá El Libro de los Espíritus, donde están completamente desarrollados los principios de la doctrina, después El Libro de los Médiums para la parte experimental, destinado a servir de guía a los que por si mismos quieren operar, como a los que deseen darse cuenta de los fenómenos. Inmediatamente siguen las obras donde están desarrolladas las aplicaciones y consecuencias de la doctrina, tales como: El Evangelio según el Espiritismo, El Cielo y el Infierno, El Génesis, los milagros y las predicciones, etc.

La Revista espiritista es en cierto modo un curso de aplicaciones, por los numerosos ejemplos e instrucciones que contiene, sobre la parte teórica experimental. A las personas serias, que han estudiado anticipadamente, les damos, verbalmente y con mucho gusto, las explicaciones que necesitan sobre los puntos que no hayan comprendido suficientemente.

CAPITULO II
Nociones elementales de Espiritismo

Observaciones preliminares

1. Es erróneo creer que basta, a ciertos incrédulos, ver fenómenos extraordinarios para convencerse. Los que no admiten la existencia del alma o del espíritu en el hombre, no pueden admitirla fuera de él, y negando la causa, niegan por consiguiente el efecto. Teniendo, pues, casi siempre, ideas preconcebidas y adoptando la actitud de negar, lo cual les separa de una observación seria e imparcial, hacen preguntas y objeciones a las que es imposible contestar completamente en el primer momento, porque sería preciso seguir, con cada persona, un curso y tomar las cosas desde su principio. El estudio anticipado da, como consecuencia, respuesta a las objeciones, cuya mayor parte están fundadas en la ignorancia de la causa de los fenómenos y de las condiciones en que se producen.

2. Los que no conocen el Espiritismo piensan que los fenómenos espiritistas se producen como los experimentos de física y química. De aquí la pretensión de someterlos a su voluntad y la repugnancia a colocarse en las condiciones necesarias a la observación. No admitiendo, en principio, la intervención de los espíritus o no conociendo por lo menos ni su naturaleza ni su manera de obrar, proceden como si operaran en la materia bruta, y porque no obtienen lo que desean, concluyen que no existen los espíritus.

Colocándonos en otro punto de vista, comprenderemos que siendo los espíritus las almas de los hombres, después de nuestra muerte seremos también espíritus, y que estaremos poco dispuestos a servir de juguete para satisfacer los caprichos de los curiosos.

3. Aunque ciertos fenómenos puedan ser provocados, puesto que provienen de inteligencias libres, nunca están a la absoluta disposición de nadie, y cualquiera que se jactase de obtenerlos a su antojo probaría o su ignorancia o su mala fe. Es preciso esperarlos, recibirlos al paso, y a menudo sucede que, cuando menos los esperamos, se presentan los hechos más interesantes y concluyentes. El que quiera mstruirse seriamente debe, pues, armarse, en esto como en todo, de paciencia, de perseverancia y hacer cuanto sea necesario, pues de otro modo más vale no ocuparse de ello.

4. Las reuniones que se ocupan en manifestaciones espiritistas no están siempre en buenas disposiciones para obtener resultados satisfactorios, o producir la convicción: hay algunas, preciso es decirlo, de las que salen los incrédulos menos convencidos que no entraron, objetando entonces a los que les hablan del carácter grave del Espiritismo, con el relato de los acontecimientos, frecuentemente ridículos, de que han sido testigos. Éstos no son más lógicos que aquel que juzgase de un arte por los diseños de un principiante, de una persona por su caricatura, o de una tragedia por su parodia. El Espiritismo tiene también sus aprendices, y el que quiera instruirse que no beba las enseñanzas de una sola fuente, ya que sólo por el examen y la comparación puede dictaminarse un juicio.

5. Las reuniones frívolas tienen un grave inconveniente para los novicios que a ellas asisten, y éste es el de darles una falsa idea del carácter del Espiritismo. Los que han asistido a reuniones de esta clase no saben tomar en serio una cosa que ven tratar con ligereza por los mismos que se

llaman adeptos. El estudio anticipado les enseñará a juzgar la trascendencia de lo que ven, y a saber distinguir lo bueno de lo malo.

6. El mismo razonamiento es aplicable a los qúe juzgan al Espiritismo por ciertas obras excéntricas que sólo pueden dar una idea incompleta y ridícula. Tan responsable es el Espiritismo grave de las faltas de los que lo comprenden mal o lo practican erróneamente, como la poesía de los malos poetas. Es sensible, dicen, que dichas obras existan, porque son nocivas a la verdadera ciencia. Indudablemente seña preferible que sólo las hubiese buenas, pero la mayor parte de la culpa recae sobre los que no se ocupan de analizarlo todo. También todas las artes, todas las ciencias, se encuentran en el mismo caso. ¿No se ha escrito acerca de las cuestiones más serias tratados absurdos y plagados de errores? ¿Por qué habría de ser el Espiritismo el privilegiado, sobre todo en su principio? Si los que lo critican no lo juzgaran por las apariencias, conocerían lo que él rechaza, y no le achacarían lo que él repudia en nombre de la razón y de la experiencia.

De los espíritus

7. Los espíritus no son, como se cree vulgarmente, de creación distinta; son las almas de los que han vivido en la Tierra o en otros mundos despojados de su envoltura corporal. El que admite la existencia del alma superviviente al cuerpo, admite por lo tanto la de los espíritus; negar a éstos equivale a negar aquélla.

8. Vulgarmente nos formamos una idea falsa de los espíritus; no son éstos, como creen algunos, seres vagos e indefinidos, ni llamas como las de los fuegos fatuos, ni fantasmas como las de los cuentos de aparecidos. Son seres semejantes a nosotros, que como nosotros, tienen un cuerpo, pero fluidico e invisible en estado normal.

9. Mientras el alma está unida al cuerpo durante la vida, tiene una doble envoltura: pesada, grosera y destructible la una, el cuerpo; la otra fluidica, ligera e indestructible, el

periespíritu

10.Tres cosas, pues, esenciales se cuentan en el hombre: 1º el alma o espíritu, principio inteligente en quien residen el pensamiento, la voluntad y el sentido moral; 2º el cuerpo, envoltura material, que pone al espíritu en relación con el mundo exterior; 3º el periespíritu, envoltura ligera imponderable y que sirve de lazo intermediario entre el espíritu y el cuerpo.

11. Cuando la envoltura exterior está gastada y no puede ya funcionar, fallece, y el espíritu se despoja de ella, como el fruto se despoja de la cáscara, el árbol de la corteza, la serpiente de la piel, y para decirlo de una vez, como abandonamos un vestido inservible: esto es a lo que llamamos muerte.

12. La muerte no es más que la destrucción de la envoltura material, que el alma abandona como abandona la mariposa su crisálida, conservando, sin embargo, aquélla, su cuerpo fluidico o periespíritu.

13. La muerte del cuerpo libra al espíritu de la envoltura material que le adhería a la tierra, haciéndole sufrir; una vez desembarazado de esa carga, sólo le queda el cuerpo etéreo, que le permite recorrer el espacio y franquear las distancias con la rapidez del pensamiento.

14. La unión del alma, del periespiritu y del cuerpo material constituye el hombre; el alma y el periespíritu separados del cuerpo constituyen el ser llamado espíritu.

Observación. El alma es de este modo un ser simple, el espíritu un ser doble y el hombre un ser triple. Sería, pues, más exacto reservar la palabra alma para designar el principio inteligente, y la palabra espíritu para el ser semimaterial formado por aquélla y el cuerpo fluidico. Pero como

no puede concebirse el principio inteligente desposeído, completamente, de materia, ni periespíritu sin estar animado por el principio inteligente, las palabras alma y espíritu son, en el uso común, indistintamente empleadas, cometiéndose la figura que consiste en tomar la parte por el todo, de la misma manera que se dice de una ciudad que está poblada de tantas almas, de un pueblo que se compone de tantos hogares; pero filosólkamente, es esencial distinguirlas.

15. Los espíritus, revestidos de cuerpo material, constituyen la Humanidad o mundo corporal visible. Despojados de ese cuerpo, constituyen el mundo espiritual o invisible que puebla el espacio y en medio del cual vivimos sin sospecharlo, como vivimos en medio del mundo de los infinitamente pequeños que no sospechábamos antes de la invención del microscopio.

16. Los espíritus no son, pues, seres abstractos, vagos e indefinidos, sino concretos y circunscritos; a los cuales, para parecerse a los humanos, sólo les falta ser visibles, de donde se sigue que, si en un momento dado pudiera levantarse el velo que los oculta a nuestra vista, formarían una verdadera población en torno de nosotros.

17. Los espíritus poseen todas las perfecciones que tenían en la Tierra, pero más expeditas; porque sus facultades no están contrariadas por la materia, experimentan sensaciones que nos son desconocidas; ven y oyen cosas que nuestros limitados sentidos no nos permiten oír ni ver. Para ellos no hay oscuridad, salvo para aquellos cuyo castigo consiste en vivir temporalmente en tinieblas. Todos nuestros pensamientos repercuten en ellos, y en ellos leen como en un libro abierto; de modo que lo que podemos ocultar a alguien mientras vive, no lo podemos en estado de espíritu. (El Libro de los Espíritus, núm. 237.)

18. Los espíritus se encuentran en todas partes: están entre nosotros, a nuestro lado, se codean con nosotros y nos observan sin cesar. Por su continua presencia entre nosotros, los espíritus son agentes de diversos fenómenos; desempeñando un papel importante en el mundo moral, y hasta cierto punto en el físico, constituyendo así una de las potencias de la Naturaleza.

19. Desde el momento que se admite la supervivencia del alma o del espíritu, es racional admitir la de los afectos, sin la cual las almas de nuestros parientes y amigos nos serian arrebatados para siempre.

Puesto que los espíritus pueden ir a todas partes, es igualmente racional admitir que, los que nos han amado durante su vida terrestre, nos aman después de la muerte, que viven junto a nosotros, que con nosotros desean comunicarse, y que para conseguirlo se valen de los medios que están a su disposición; esto es lo que confirma la experiencia.

La experiencia prueba, en efecto, que los espíritus conservan los afectos formales que tenían en la Tierra, que se complacen estando al lado de los que han amado, sobre todo cuando son atraídos por el pensamiento y por los sentimientos afectuosos que se les conservan, mientras que son indiferentes con los que también lo son con ellos.

20. El Espiritismo tiene por objeto la comprobación y estudio de la manifestación de los espíritus, de sus facultades, de su situación feliz o desgraciada y de su porvenir: en una palabra, el conocimiento del mundo espiritual. Comprobadas esas manifestaciones, dando por resultado la prueba irrecusable de la existencia del alma, de su supervivencia al cuerpo, de su individualidad después de la muerte, es decir, de la vida futura, siendo por lo mismo la negación de las doctrinas materialistas, no por razonamientos, sino por hechos.

21. Idea bastante generalizada entre las personas que no conocen el Espiritismo es la de creer que los espíritus, por el mero hecho de estar despojados de la materia, deben saberlo todo y poseer la suprema sabiduría. Este es un grave error.

No siendo los espíritus más que las almas de los hombres, éstas no adquieren la perfección por desprenderse de su envoltura terrestre. Sólo con el tiempo se realiza el progreso de los espíritus,

y sólo desprendiéndose sucesivamente de sus imperfecciones adquieren los conocimientos que les faltan. Tan ilógico seria admitir que el espíritu de un salvaje o criminal se convierta de repente en sabio y virtuoso, como contrario a la justicia de Dios el creer que permanecerá perpetuamente en su inferioridad.

De la misma manera que existen hombres de distintos grados de saber y de ignorancia, de bondad y de perversidad, también hay espíritus. Los hay que se contentan con ser ligeros o traviesos, otros mentirosos, engañadores, hipócritas, perversos, vengativos; mientras otros, por el contrario, poseen las virtudes más sublimes y un grado de saber desconocido en la Tierra. Esta diversidad de calidad de los espíritus es uno de los puntos más dignos de consideración; porque explica la buena o mala naturaleza de las comunicaciones recibidas. En establecer esta distinción debemos especialmente empeñarnos. (El Libro de los espíritus, núm. 100, "Escala espiritista"; El Libro de los Médiums, cap. 24.)

Comunicaciones con el mundo invisible

22. Admitidas la existencia, la supervivencia y la individualidad del alma, el Espiritismo se reduce a esta cuestión principal: ¿Son posibles las comunicaciones entre las almas y los vivientes? Esta posibilidad resulta de la experiencia. Establecidas, como hechos, las relaciones entre el mundo visible e invisible, conocidas la naturaleza, la causa y la manera de dichas relaciones, tenemos un nuevo campo abierto a la observación y la clave de una multitud de problemas, al mismo tiempo que un poderoso elemento moralizador resultante de la desaparición de la duda respecto del porvenir.

23. Lo que engendra la duda en el pensamiento de muchas personas sobre la posibilidad de las comunicaciones de ultratumba es la idea falsa que se forman del estado del alma después de la muerte. Se la imaginan, generalmente, como un sopío, a manera de humo, como algo vago, apenas apreciable al pensamiento, que se evapora y se va no se sabe a dónde, pero tan lejos, que cuesta trabajo comprender que pueda volver a la Tierra. Si, por el contrario, se la considera como un cuerpo fluidico, semimaterial, con el que forman un ser concreto, individual, nada tienen de incompatible con la razón sus relaciones con los vivos.

24. Viviendo el mundo visible en medio del invisible, con el cual está en perpetuo contacto, resulta que el uno reacciona incesantemente sobre el otro; que desde que hay hombres hay espíritus, y que si éstos tienen poder de manifestarse, han debido hacerlo en todas las épocas y en todos los pueblos. En estos últimos tiempos, sin embargo, las manifestaciones de los espíritus han adquirido un gran desenvolvimiento y un carácter de evidente autenticidad, porque entraba en las miras de la Providencia el concluir con la plaga de la incredulidad y del materialismo por medio de pruebas evidentes, permitiendo a los que han dejado la Tierra que viniesen a dar testimonio de su existencia y a revelarnos su situación feliz o desgraciada.

25. Las relaciones entre el mundo visible y el invisible pueden ser ocultas o manifiestas, espontáneas o provocadas.

Los espíritus obran sobre los hombres, de una manera oculta, por los pensamientos que les sugieren y por ciertas influencias, y de una manera manifiesta, por efectos apreciables a los sentidos.

Las manifestaciones espontáneas tienen lugar impensadamente y de improviso; se producen frecuentemente en las personas más extrañas a las ideas espiritistas, y que, por la misma razón, no sabiendo explicárselas. las atribuyen a causas sobrenaturales. Las que son provocadas tienen lugar

por la mediación de ciertas personas, dotadas, a este efecto, de facultades especiales, y que se designan con el nombre de médiums.

26. Los espíritus pueden manifestarse de muy diferentes maneras: por la vista, por la audición, por el tacto, por ruidos, por el movimiento de los cuerpos, por la escritura, por el dibujo, por la música, etc.

27. Los espíritus se manifiestan a veces espontáneamente por ruidos y dando golpes; para ellos, éstos son, a menudo, medios de atestiguar su presencia y llamar la atención, absolutamente como una persona hace ruido para avisarnos de su llegada. Existen espíritus que no se limitan a ruidos moderados, sino que llegan a producir un estrépito semejante al de la vajilla cuando se rompe, al de las puertas que golpean, o al de los muebles que derribamos; algunos causan hasta una perturbación real y verdaderos descalabros.

28. Aunque invisible para nosotros en estado normal, el periespiritu no es una materia etérea. El espíritu puede en ciertos casos hacerle experimentar una especie de modificación molecular, que le hace visible y hasta tangible, y así es como se producen las apariciones. Este fenómeno no es más extraordinario que el del vapor, que es invisible cuando está muy rarificado, y que se hace visible cuando está condensado.

Los espíritus que se hacen visibles se presentan casi siempre con las apariencias que tenían cuando vivos y que pueden hacerlos reconocer.

29. La visión permanente y general de los espíritus es muy rara, pero las apariciones aisladas son bastante frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte. El espíritu libre parece que se da prisa en volver a ver a sus parientes y amigos, como para advertirles que acaba de dejar la Tierra y decirles que es inmortal. Seleccione cada uno sus recuerdos, y se verá cuántos hechos auténticos de este género, que no sabíamos explicarnos, han tenido lugar, por la noche durante el sueño, así como también en pleno día y en completo estado de vela. En otro tiempo se miraban estos hechos como sobrenaturales y maravillosos y se los atribuía a la magia y a la brujería. Actualmente los incrédulos los atribuyen a la imaginación; pero desde que la ciencia espiritista ha dado la clave de los mismos, sabemos cómo se producen y que no salen del orden de los fenómenos naturales.

30. Con ayuda de su periespiritu obra el espíritu sobre su cuerpo físico, también con el auxilio del mismo fluido se manifiesta obrando sobre la materia inerte, produce los ruidos, los movimientos de las mesas, y de otros objetos que levanta, derriba o transporta. Nada tiene de sorprendente este fenómeno, si se considera que entre las fuentes más poderosas se encuentran en los fluidos más rarificados y hasta imponderables, como el aire, el vapor y la electricidad.

Igualmente con ayuda de su periespiritu, el espíritu hace escribir, hablar o dibujar a los médiums. No teniendo cuerpo tangible para obrar ostensiblemente cuando quiere manifestarse, se sirve del cuerpo del médium, apoderándose de sus órganos, que hace obrar como si fueran los de su cuerpo, por medio del efluvio fluidico que sobre ellos derrama.

Por el mismo medio obra el espíritu sobre la mesa, en el fenómeno designado con el nombre de mesas movibles o mesas parlantes, sea para hacerle mover sin significación determinada, sea para hacerla dar golpes inteligentes, indicadores de las letras del alfabeto, para formar palabras y frases, fenómeno designado con el nombre de tiptologia. En este caso la mesa no es más que un instrumento del que se sirve, como el lápiz para escribir; le da una vitalidad momentánea por el fluido con que la penetra, pero no se identífica con ella. Las personas que, conmovidas al ver que se manifiesta un ser que les es querido, abrazan la mesa, se ponen en ridículo, porque es lo mismo, absolutamente, que si abrazaran el bastón de que se sirve un amigo para dar golpes. Otro tanto decimos de los que dirigen la palabra a la mesa, como si el espíritu estuviese encerrado en la madera o como si ésta se hubiese trocado en espíritu.

Cuando tienen lugar comunicaciones por este medio, es preciso representarse al espíritu, no dentro de la mesa, sino al lado, tal como era cuando vivía, y tal como se le vería si en aquel momento pudiera hacerse visible. Lo mismo sucede en las comunicaciones por medio de la escritura; veriase al espíritu al lado del médium, dirigiéndole la mano o transmitiéndole el pensamiento merced a una corriente fluidica.

Cuando la mesa se separa del suelo y se columpia en el espacio sin punto de apoyo, no la levanta el espíritu a fuerza de brazos, sino que la envuelve en una especie de atmósfera fluidica que neutraliza el efecto de la gravitación, como el aire lo hace en los globos y cometas. El fluido de que se halla penetrada le da momentáneamente mayor ligereza específica. Cuando permanece como clavada en el suelo, se encuentra en un caso análogo al de la campana neumática después de hecho el vacío. Estas no pasan de ser comparaciones para demostrar la. analogía de los efectos, pero no la similitud absoluta de las causas.

Cuando la mesa persigue a alguien, no es el espíritu quien corre, pues puede permanecer sin moverse en el mismo lugar, sino que la impulsa por medio de una corriente fluidica, con cuyo auxilio la hace mover a su antojo.

Cuando oímos golpes en la mesa o en otra parte, no golpea el espíritu ni con la mano, ni con objeto alguno, sino que dirige hacia el punto de donde parte el ruido un chorro de fluido que produce el efecto de un choque eléctrico. El espíritu modifica el ruido como pueden alterarse los sonidos producidos por medio del aire.

Se comprende por esto que para el espíritu no es más difícil levantar una persona que una mesa, transportar un objeto de uno a otro lugar que lanzarlo hacia alguna parte, fenómenos que se producen por la misma ley.

32. Se puede ver por las pocas palabras que preceden, que las manifestaciones espiritistas, cualquiera que sea su naturaleza, no tienen nada de sobrenatural y de maravilloso. Son fenómenos que se producen en virtud de la ley que rige las relaciones del mundo visible y del mundo invisible, ley tan natural como la de la electricidad, de la gravitación, etc. El Espiritismo es la ciencia que nos da a conocer esta ley, como la mecánica la del movimiento y la óptica la de la luz. Estando en la Naturaleza las manifestaciones espiritistas, se han producido en todos los tiempos. Conocida la ley que las rige, nos explica una multitud de problemas considerados irresolubles, y es la clave de una multitud de fenómenos explotados y amplificados por la superstición.

33. Completamente desvanecido lo maravilloso, estos fenómenos nada tienen que repugne a la razón, pues vienen a situarse junto a otros fenómenos naturales. En tiempos de ignorancia, todos los efectos cuya causa no se conocía se consideraban sobrenaturales. Los descubrimientos de la ciencia han restringido sucesivamente el círculo de lo maravilloso, y el conocimiento de esta nueva ley viene a anonadarlo. Los que acusan, pues, al Espiritismo de resucitar lo maravilloso, prueban por esa misma acusación que hablan de una cosa que no conocen.

34. Las manifestaciones de los espíritus son de dos naturalezas: efectos físicos y comunicaciones inteligentes. Los pnmeros son fenómenos materiales y ostensibles, tales como movimientos, ruidos, traslaciones de objetos, etc.; las otras consisten en el cambio regular de pensamientos por medio de signos, de la palabra, y principalmente por medio de la escritura.

35. Las comunicaciones que se reciben de los espíritus pueden ser buenas o malas, exactas o falsas, profundas o ligeras, según la naturaleza de los espíritus que se manifiestan. Los que demuestran cordura y sabiduría son espíritus adelantados que han progresado; los que demuestran ignorancia y malas cualidades, son espíritus atrasados aún, pero que progresarán con el tiempo.

Los espíritus no pueden responder más que sobre lo que saben, según su adelanto, y además sobre lo que les es permitido decir, porque hay cosas que no pueden revelar, pues no es dado aún a los hombres conocerlo todo.

36. De la diversidad de cualidades y aptitudes de los espíritus resulta que no basta dirigirse a un espíritu cualquiera para obtener una respuesta exacta a cualquier pregunta; porque, sobre muchas cosas, sólo les es lícito dar su opinión personal, que puede ser exacta o falsa. Si es prudente, confesará su ignorancia acerca de lo que no se sabe; si es ligero o mentiroso, responderá sobre todo sin preocuparse de la verdad, y si es orgulloso dará su idea como una verdad absoluta. Por esto dice San Juan Evangelista: No creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus son de Dios. La experiencia prueba la sabiduría de este consejo. Habría, pues, imprudencia y ligereza en aceptar sin comprobación todo lo que viene de los espíritus. Por esto es esencial el estar instruido sobre la naturaleza de aquellos con quienes comunicamos. (El Libro de los Médiums, núm. 267.)

37. Se conoce la calidad de los espíritus por su lenguaje. El de los verdaderamente buenos y superiores es siempre digno, noble, lógico y exento de contradicción; respira sabiduría, benevolencia, modestia y la más pura moral, es conciso y no tiene palabras inútiles. En los espíritus inferiores, ignorantes u orgullosos, la vaciedad de las ideas está casi siempre compensada por la abundancia de palabras. Todo pensamiento evidentemente falso, toda máxima contraria a la sana moral, todo consejo ridículo, toda expresión grosera, trivial o simplemente frívola, toda señal, en fin, de malevolencia, de presunción o de arrogancia, son signos incontestables de la inferioridad del espíritu.

38. Los espíritus inferiores son más o menos ignorantes. Su horizonte moral es limitado, su perspicacia restringida. A menudo no tienen más que una idea falsa e incompleta de las cosas; por otra parte, están aún bajo el dominio de las preocupaciones terrestres, que toman a veces como verdades y por eso son incapaces de resolver ciertas cuestiones. Pueden inducirnos en error, voluntaria o involuntariamente, sobre lo que ellos mismos no comprenden.

39. No por esto son esencialmente malos todos los espíritus inferiores; los hay que sólo son ignorantes y ligeros; otros son chistosos, ingeniosos, festivos y que saben emplear las chanzas delicadas e incisivas. Al lado de éstos se encuentran, tanto en el mundo de los espíritus como en la Tierra, todos los géneros de perversidad y todos los grados de superioridad intelectual y moral.

40. Los espíritus superiores sólo se ocupan de comunicaciones inteligentes con objeto de instruirnos; las manifestaciqnes físicas puramente materiales son en especial de las atribuciones de los espíritus inferiores vulgarmente designados con el nombre de espíritus golpeadores, como entre nosotros los ejercicios de fuerza corren a cargo de los saltimbanquis y no de los sabios.

41. Las comunicaciones con los espíritus deben hacerse siempre con calma y recogimiento. Jamás debe perderse de vista que los espíritus son las almas de los hombres y que es inconveniente convertirias en juguete y objeto de pasatiempo. Si se guarda respeto a los restos mortales, más se debe guardar aún al espíritu. Las reuniones frívolas y ligeras faltan, pues. a un deber, y los que forman parte de ellas deberían pensar que de un momento a otro pueden entrar en el mundo de los espíritus y que no les sería placentero verse tratados con tan poca deferencia.

42. Otro punto igualmente esencial que debe considerarse es que los espíritus son libres, se comunican cuando quieren, con quien les conviene y también cuando pueden, porque tienen sus ocupaciones. No están a la orden y al capricho de cualquiera, y no es dable a nadie el hacerlos venir a pesar suyo, ni decir lo que quieren callar, de modo que nadie puede afirmar que un espíritu acudirá en un momento determinado a su llamamiento, o responderá a tal o cual pregunta. Decir lo contrario, es demostrar absoluta ignorancia de los principios más elementales del Espiritismo; sólo el charlatanismo tiene adivinaciones infalibles.

43. Los espíritus son atraídos por la simpatía, la semejanza de gustos y caracteres y por la intención que hace desear su presencia. Como un sabio de la Tierra no concurriría a una reunión de jóvenes atolondrados, tampoco concurren los espíritus superiores a las reuniones fútiles. El simple sentido común dice que no puede suceder de otro modo, o si van a veces es para dar un buen consejo, para combatir los vicios o para procurar atraer al buen camino; si no son oídos, se retiran. Sería tener una idea completamente falsa el creer que los espíritus serios pueden complacerse en responder a futilidades, a preguntas ociosas, que no prueban ni simpatía ni respeto hacia ellos, ni deseo real de instruirse, y menos aún que puedan venir a ponerse de manifiesto para recreo de los curiosos. No lo hubiesen hecho durante la vida, y tampoco quieren hacerlo después de su muerte.

44. La frivolidad de las reuniones da por resultado el atraer a los espíritus ligeros, que no buscan otra cosa que ocasiones de engañar y mistificar. Por la misma razón que los hombres graves y serios no van a las asambleas ligeras, los espíritus serios no van más que a las reuniones serias, cuyo objeto es la instrucción y no la curiosidad. En estas reuniones es donde se complacen los espíritus superiores en ofrecer su enseñanza.

45. De lo que precede resulta que toda reunión espiritista, para ser provechosa, debe, como primera condición, ser seria y formal, que todo en ella debe hacerse respetuosa, religiosamente y con dignidad, si quiere obtenerse el concurso habitual de los buenos espíritus. No debe olvidarse que si esos mismos espíritus se hubiesen presentado allí durante su vida, se hubieran tenido con ellos miramientos a que tienen más derecho después de su muerte.

46. En vano se alega la utilidad de ciertos experimentos curiosos, frívolos y recreativos para convencer a los incrédulos; por este medio se llega a un resultado opuesto completamente. El incrédulo, dado ya a burlarse de las creencias más sagradas, no puede considerar formal aquello de que se hace un recreo, no puede inclinarse a respetar lo que no se le presenta de una manera respetable, y así recibe siempre una mala impresión de las reuniones fútiles y ligeras; de aquellas en que no hay ni orden, ni gravedad, ni recogimiento. Lo que en especial puede convencerle es la prueba de la presencia de seres cuya memoria le es grata; al oir sus palabras graves y solemnes, y sus revelaciones íntimas, es cuando se le ve conmoverse y palidecer. Pero por lo mismo que tiene más respeto, veneración y simpatía hacia la persona cuya alma se le presenta, le choca y se escandaliza al verla concurrir a una asamblea irrespetuosa, en medio de mesas que danzan y de las burlas de los espíritus ligeros. Por incrédulo que sea, su conciencia rechaza esa alianza de lo serio y lo frívolo, de lo religioso y de lo profano, y por eso la califica de fraudulenta, y a menudo sale menos convencido de lo que había entrado.

Las reuniones de esta naturaleza siempre hacen más mal que bien, porque alejan de la doctrina más personas que no atraen, sin contar que ofrecen campo a la crítica de los detractores que encuentran en ellas fundados motivos de burla.

47. Sin razón se convierten en juguete las manifestaciones físicas. Si no tiene la importancia filosófica, tiene su utilidad desde el punto de vista de los fenómenos, porque son el alfabeto de la ciencia, cuya clave han dado. Aunque menos necesarias, en la actualidad favorecen aún la convicción de ciertas personas. Pero en modo alguno excluyen el orden y la compostura en las reuniones en donde se las estudia; si siempre fuesen practicadas de una manera conveniente, convencerían más fácilmente y producirían bajo todos los aspectos resultados más favorables.

48. Ciertas personas se forman una idea muy falsa de las evocaciones, y las hay que creen que consisten en hacer venir a los muertos con el lúgubre aparato de la tumba. Lo poco que acabamos de decir sobre este particular debe disipar semejante error. Sólo en las novelas, en los cuentos fantásticos de aparecidos y en el teatro se ve a los muertos descarnados salir de sus sepulcros, cargados de sudarios y haciendo crujir sus huesos. El Espiritismo, que nunca ha hecho milagros, tampoco ha hecho éste, y jamás ha pretendido que reviviese un cuerpo muerto. Cuando éste está en la fosa está definitivamente; pero el ser espiritual fluidico, inteligente, no ha sido sepultado con su

grosera envoltura. Se ha separado de la misma en el momento de la muerte, y operada la separación, nada tiene de común con aquélla.

49. La crítica malévola se ha complacido en representar las comunicaciones espiritistas rodeadas de las prácticas ridículas y supersticiosas de la magia y de la nigromancia. Si los que hablan de Espiritismo sin conocerlo se hubiesen ocupado en profundizar sobre el tema en cuestión, se hubieran economizado gastos de imaginación o alegaciones que no sirven más que para probar su ignorancia y su mala voluntad. Para edificación de las personas extrañas a la ciencia, diremos que para comunicar con los espíritus no hay ni días, ni horas, ni lugares más propicios los unos que los otros; que para evocarios no son necesarias fórmulas sacramentales o cabalísticas, que no son precisas preparación ni iniciación alguna, que el empleo de todo objeto material, ya para atraerlos, ya para rechazarlos, no produce resultado, que basta el pensamiento, y en fin, que los médiums reciben sus comunicaciones tan simple y naturalmente como si fuesen dictadas por una persona viva y sin salir del estado normal. Sólo el charlatanismo puede afectar maneras excéntricas y añadir accesorios ridículos.

El llamamiento de los espíritus se hace en nombre de Dios, con respeto y recogimiento. Esto es lo único que recomienda a las personas formales, que quieren establecer relaciones con espíritus serios.

Fin providencial de las manifestaciones espiritistas

50. El fin providencial de las manifestaciones es el de convencer a los incrédulos, de que todo no acaba para el hombre con la vida terrestre, y el de dar a los creyentes ideas más exactas sobre el porvenir. Los buenos espíritus vienen a instruirnos para nuestro mejoramiento y adelanto, y no para revelarnos lo que aún no debemos saber o lo que debemos aprender mediante nuestro trabajo. Si bastase interrogar a los espíritus para obtener solución a todas las dificultades científicas, o para hacer descubrimientos o inventos lucrativos, todo ignorante podría hacerse sabio fácilmente y todo perezoso enriquecerse sin trabajo, y esto es lo que Dios no quiere. Los espíritus ayudan al hombre de genio por medio de inspiración oculta, pero no le eximen del trabajo y de las investigaciones a fin de no privarle del mérito.

51. Sería tener una idea muy falsa de los espíritus el ver en ellos auxiliares de los pronosticadores de la buena ventura; los espíritus serios se niegan a ocuparse en cosas fútiles; los espíritus ligeros y burlones se ocupan de todo, a todo responden y predicen todo lo que se quiere, sin inquietarse por la verdad, y dándose el censurable placer de mistificar a las personas demasiado crédulas. Por esto es esencial fijarse perfectamente en la naturaleza de las preguntas que pueden dirigirse a los espíritus. (El Libro de los Médiums, núm. 286, “Preguntas que pueden dirigirse a los espíritus”.)

52. Fuera de lo que pueda ayudar al progreso moral, sólo incertidumbre se encuentra en las revelaciones que de los espíritus pueden obtenerse. La primera consecuencia desagradable para el que aparta su facultad del objeto providencial, es la de ser mistificado por los espíritus mentirosos que pululan alrededor de los hombres; la segunda, la de caer bajo el imperio de esos mismos espíritus que pueden, con pérfidos consejos, conducir a desgracias reales y materiales en la Tierra; tercera, la de perder, después de la vida terrestre, el fruto del conocimiento del Espiritismo.

53. Las manifestaciones no están destinadas a secundar los intereses materiales. Su utilidad está en las consecuencias morales que de ellas se desprenden; pero aunque no tuvieran otro resultado que el de dar a conocer una nueva ley de la Naturaleza y el de demostrar materialmente la

existencia del alma y su inmortalidad, seria ya mucho, porque constituiría un nuevo y ancho campo abierto a la filosofía.

De los médiums

54. Los médiums presentan muy numerosas variedades en sus aptitudes, lo que los hace más o menos propios para la obtención de tal o cual fenómeno, de tal o cual género de comunicación. Según sus aptitudes, se los distingue en médiums para efectos físicos, para comunicaciones inteligentes, videntes, parlantes, auditivos, sensitivos, dibujantes, políglotas, poetas, músicos, escribientes, etc. No puede esperarse de un médium lo que está fuera de su facultad. Sin el conocimiento de las aptitudes medianímicas, no puede el observador darse cuenta de ciertas dificultades o de ciertas imposibilidades que se encuentran en la práctica. (El Libro de los Médiums, cap. XVI, núm. 185.)

55. Los médiums de efectos físicos son particularmente más aptos para provocar fenómenos materiales, tales como movimientos, golpes, etc., con auxilio de mesas u otros objetos. Cuando estos fenómenos revelan su pensamiento u obedecen a una voluntad, son efectos inteligentes que indicarán, por lo tanto, una causa inteligente; ésta es para los espíritus una manera de manifestarse. Por medio de un número convenido de golpes se obtienen respuestas por si o por no, o la indicación de las letras del alfabeto que sirven para formar palabras o frases. Este medio primitivo es muy pesado y no se' presta a extensas comunicaciones. Las mesas parlantes fueron el principio de la ciencia. Hoy, con medios de comunicación tan rápidos y completos como los que nos sirven para comunicarnos los vivos, sólo se emplean aquéllos accidentalmente y como método de experimentación.

56. De todos los medios de comunicación, la escritura es a la vez el más sencillo, el más rápido, el más cómodo, el que permite mayor extensión, y es también la facultad que más frecuentemente se encuentra en los médiums.

57. Para la obtención de la escritura se emplearon, al principio, intermediarios materiales, como cestas, planchitas, etc., a las que se adaptaba un lápiz. (El Libro de los Médiums, cap. XIII, núms. 152 y ss.) Más tarde se reconoció la inutilidad de esos accesorios y la posibilidad de que los médiums escribiesen directamente con la mano, como en las circunstancias ordinarias.

58. El médium escribe bajo la influencia de los espíritus, que se sirven de él como de un instrumento. Su mano es impelida por un movimiento involuntario que a menudo no puede dominar. Ciertos médiums no tienen conciencia alguna de lo que escriben; otros la tienen más o menos vaga, aunque el pensamiento les sea extraño; esto es lo que distingue a los médiums mecánicos de los médiums intuitivos o semimecánicos. La ciencia espiritista explica el modo como se transmite el pensamiento del espíritu al médium y el papel de este último en las comunicaciones. (El Libro de los Médiums, cap. XV, núms. 179 y ss., cap. XIX, núms. 223 y ss.)

59. El médium posee únicamente la facultad de comunicar, pero la comunicación efectiva depende de la voluntad de los espíritus; si los espíritus no quieren manifestarse, el médium nada obtiene; es como un instrumento sin músico.

Comunicándose únicamente los espíritus cuando lo quieren o pueden, no están al capricho de nadie; ningún médium tiene poder para hacerlos venir a su voluntad y contra la de ellos.

Esto explica la intermitencia en la facultad de los mejores médiums y las interrupciones que experimentan, a veces durante meses.

Sin razón, pues, se asimilaría la mediumnidad a un conocimiento. Éste se adquiere con el trabajo: el que lo posee es siempre dueño de él, y el médium no lo es nunca de su facultad, porque ésta depende de una voluntad ajena.

60. Los médiums de efectos físicos que obtienen regularmente y a su voluntad la producción de ciertos fenómenos, si no es esto resultado de sofisterías, se las han con espíritus de baja ralea que se complacen en esta especie de exhibición, y que acaso se dedicaron durante su vida a este oficio; pero sería absurdo creer que espíritus algún tanto elevados se divirtiesen en dar estas representaciones.

61. La oscuridad necesaria para la producción de ciertos efectos físicos da, sin duda, lugar a la sospecha, pero no prueba nada contra la realidad. Se sabe que en Química no puede operarse con luz en ciertas combinaciones y que, bajo la acción del fluido lumínico se verifican composiciones y descomposiciones. Pues bien, todos los fenómenos espiritistas son resultado de la combinación de los fluidos propios del espíritu y del médium, y siendo materiales estos fluidos, no es nada sorprendente que, en ciertos casos, sea contrario a esta combinación el fluido lumínico.

62. Las comunicaciones inteligentes, asimismo, tienen lugar por la acción fluidica del espíritu sobre el médium, y es preciso que el fluido de éste se identifique con el de aquél. La facilidad de las comunicaciones depende del grado de afinidad que existe entre los dos fluidos. Así cada médium es más o menos apto para recibir la impresión o la impulsión del pensamiento de tal o cual espíritu, puede ser buen instrumento para el uno y malo para el otro. De aquí resulta que, de dos médiums igualmente bien dotados y puestos el uno al lado del otro, podrá manifestarse el espíritu por medio del uno y no por el del otro.

63. Es, pues, un error creer que basta ser médium para recibir con igual facilidad comunicaciones de cualquier espíritu. No existen médiums universales para las evocaciones, como no existen para producir todos los fenómenos. Los espíritus buscan, con preferencia, los instrumentos que vibran a su unísono; imponerles el primero que se tenga a mano, sería como el exigir de un pianista que tocase el violín, por la razón de que, sabiendo música, debe poder tocar todos los instrumentos.

64. Sin la armonía, única que puede producir la asimilación fluidica, las comunicaciones son imposibles, incompletas o falsas. Pueden ser falsas porque, en defecto del espíritu deseado, no faltan otros dispuestos a aprovechar la ocasión de manifestarse, y que se cuidan poco de decir la verdad.

65. La asimilación fluidica es a veces totalmente imposible entre ciertos espíritus y ciertos médiums; otras, y este es el caso más ordinario, no se establece más que gradualmente y con el tiempo. Esto explica por qué los espíritus que tienen costumbre de manifestarse con un médium lo hacen con mayor facilidad, porque las primeras comunicaciones patentizan casi siempre cierta molestia y son menos explicitas.

66. La asimilación fluidica es tan necesaria en las comunicaciones por la tiptologia como por la escritura, puesto que en uno y otro caso se trata de la transmisión del pensamiento del espíritu, cualquiera que sea el medio material empleado.

67. No pudiendo imponer un médium al espíritu que se quiere evocar, conviene dejarle la elección de su instrumento. En todo caso, es necesario que el médium se identifique anticipadamente con el espíritu por el recogimiento y la oración, por lo menos durante algunos minutos, y hasta con alguna anticipación si es posible, a fin de provocar y activar la asimilación fluidica. Este es el medio de atenuar la dificultad.

68. Cuando las condiciones fluidicas no son propicias a la comunicación directa con el médium, puede establecerse por mediación del guía espiritual de éste último. En este caso el

pensamiento llega de segunda mano, es decir, después de haber atravesado dos medios. Se comprende cuánto importa entonces que el médium esté bien asistido, porque si lo está por un espíritu obsesor, ignorante u orgulloso, la comunicación estará necesariamente alterada.

En esto las cualidades personales del médium desempeñan un papel importante por la naturaleza de los espíritus que atrae. Los médiums más indignos pueden tener poderosas facultades, pero los más seguros son los que, a esta potencia, unen las mejores simpatías en el mundo espiritual; simpatías que no están de ningún modo garantizadas por los nombres más o menos respetables de los espíritus, o que toman los que firman las comunicaciones, sino por la naturaleza constantemente buena de los que las reciben.

69. Cualquiera que sea la clase de comunicación, la práctica del Espiritismo, bajo el punto de vista experimental, ofrece numerosas dificultades y no está exenta de inconvenientes para el que carece de la necesaria experiencia. Ya experimente uno mismo, ya sea simple observador, es esencial saber distinguir las diferentes naturalezas de espíritus que pueden manifestarse, conocer la causa de todos los fenómenos, las condiciones con que pueden producirse y los obstáculos que a ellos pueden oponerse a fin de no pedir un imposible. No es menos necesario conocer todas las condiciones y escollos de la mediumnidad, la influencia del médium, de las disposiciones morales, etc. (El Libro de los Médiums, segunda parte.)

Escollos de los médiums

70. Uno de los mayores escollos de la mediumnidad es la obsesión, es decir, el dominio que pueden ejercer ciertos espíritus sobre los médiums, imponiéndoseles con nombres apócrifos e impidiéndoles comunicar con otros espíritus. Es al mismo tiempo un escollo para el observador novicio e inexperto que, no conociendo los caracteres de este fenómeno, puede ser engañado por las apariencias, como el que, no sabiendo medicina, puede hacerse ilusiones sobre la causa y naturaleza del mal. Si en este caso es inútil el estudio anticipado al observador, al médium le es indispensable, porque le proporciona medios de prevenir un inconveniente que podría tener para él consecuencias desagradables. Por esta razón no recomendaremos nunca bastante el estudio, antes de entregarse a la práctica. (El Libro de los Médiums, cap. XXIII.)

71. La obsesión presenta tres grados bien caracterizados: la obsesión simple, la fascinación y la subyugación. En la primera, el médium tiene conciencia perfecta de que no obtiene nada bueno; no se hace ilusión alguna sobre la naturaleza del espíritu que se obstina en manifestársele y de quién desea deshacerse. Este caso no ofrece ninguna gravedad: es un sencillo contratiempco y el médium queda libre cesando de escribir momentáneamente. El espíritu, cansado de que no se le oiga, acaba por retirarse.

La fascinación obsesional es mucho más grave, porque el médium está completamente fascinado. El espíritu que le domina se apodera de su confianza hasta paralizar su propio juicio respecto de las comunicaciones, y hasta hacerle encontrar sublime lo más absurdo.

El carácter distintivo de este género de obsesión es el de provocar en el médium una excesiva susceptibilidad, haciéndole que no encuentre bueno, justo y verdadero, más que lo que él escribe, y rechazar, hasta tomar con desagrado, todo consejo u observación crítica. Le induce también a malquistarse con sus amigos antes que convenir en que es engañado, a concebir celos de los otros médiums, cuyas comunicaciones son juzgadas mejores que las suyas, a querer imponerse en las reuniones espiritistas, de las que se aleja cuando no puede dominar. Llega en fin a sufrir una dominación tal, que el espíritu puede arrastrarle a las más ridículas y comprometedoras determinaciones.

72. Uno de los caracteres distintivos de los malos espíritus es el de imponerse; dan órdenes y quieren ser obedecidos. Los buenos no se imponen nunca: dan consejos, y si no se les escucha, se retiran. De esto resulta que la impresión de los malos espíritus es casi siempre penosa, fatiga y produce una especie de malestar; a menudo provoca una agitación febril, movimientos bruscos y desenfrenados; la de los buenos espíritus es, por el contrario, apacible, suave y produce un verdadero bienestar.

73. La subyugación obsesional, designada en otro tiempo con el nombre de posesión, es una coacción física producida siempre por espíritus de la peor especie y que puede hasta neutralizar el libre albedrío. Se limita, a menudo, a simples impresiones desagradables; pero provoca a veces movimientos desordenados; actos de insensatez, gritos y palabras incoherentes o injuriosas cuya ridiculez conoce de vez en cuando, aunque sin poder evitarlas, aquel que es víctima de semejante situación. Este estado difiere esencialmente de la locura patológica, con la cual se la confunde sin motivo, porque no presenta ninguna lesión orgánica, y siendo diferente la causa, los medios curativos deben ser otros. Aplicando gárgolas y tratamientos corporales, se logra hacer a menudo una verdadera locura de lo que era una causa moral.

74. En la locura propiamente dicha la causa del mal es interior. Es preciso, pues, procurar restablecer el organismo a su estado normal; en la subyugación la causa del mal es exterior, y es preciso librar al enfermo de un enemigo invisible, oponiéndole no remedios, sino una fuerza moral superior a la suya. La experiencia prueba que en semejante caso los exorcismos no han producido nunca ningún resultado satisfactorio, y que más bien han agravado que mejorado la situación. Indicando la verdadera causa del mal, sólo el Espiritismo puede dar los medios para combatirlo. Es preciso, en cierto modo, educar moralmente al espíritu obsesor, y por consejos sabiamente dirigidos se logra hacerle mejor y renunciar voluntariamente a atormentar al enfermo, quedando así libre el paciente. (El Libro de los Médiums, núm. 279.)

75. Ordinariamente la subyugación obsesional es individual; pero cuando una muchedumbre de malos espíritus se cierne sobre una población, puede tener un carácter epidémico. Un fenómeno de esta naturaleza tuvo lugar en tiempo de Cristo. Sólo una poderosa superioridad moral podía abatir aquellos seres malhechores, designados entonces con el nombre de demonios, y devolver la calma a sus víctimas. *(Una epidemia semejante se cebó durante muchos años en un lugar de la Alta Saboya.)*

76. Un hecho importante, que debemos considerar, es que la obsesión es independiente de la mediumnidad, y que se la encuentra en todos los grados, principalmente en el último, en una multitud de individuos que nunca han oído hablar de Espiritismo. En efecto, habiendo existido en todo tiempo los espíritus, han debido ejercer en todo tiempo la misma influencia. La mediumnidad no es una causa, sino una manera de manifestarse aquélla, por lo cual puede decirse, con certeza, que todo médium obsesado ha debido sufrir de algún modo, y a menudo en los actos más vulgares de la vida, los resultados de esta influencia, y que sin la mediumnidad se traducida por otros efectos atribuidos a menudo a esas enfermedades misteriosas, que resisten a todas las investigaciones de la medicina. Por la mediumnidad el espíritu malhechor descubre su presencia; sin la mediumnidad es un enemigo oculto del que no se sospecha.

77. Los que no admiten nada fuera de la materia no pueden admitir causas ocultas; pero cuando la ciencia haya salido de la vía materialista, reconocerá en la acción del mundo invisible que nos rodea y en medio del cual vivimos, una potencia que reacciona tanto sobre las cosas físicas como sobre las morales. Este será un nuevo sendero abierto al progreso y la clave de una multitud de fenómenos mal comprendidos.

78. Como la obsesión no puede ser nunca producto de un buen espíritu, es punto esencial el de saber conocer la naturaleza de los que se presentan. El médium no instruido puede ser engañado por las apariencias, mientras que el que está prevenido espía las señales menos sospechosas, y el

espíritu concluye por alejarse cuando ve que nada consigue. El conocimiento anticipado de los medios de distinguir los buenos de los malos espíritus es, pues, indispensable al médium que no quiere exponerse a ser cogido en el lazo. No lo es menos para el simple observador, que puede por este medio apreciar el valor de lo que ve u oye. (El Libro de los Médiums, cap. XXIV.)

Cualidades de los médiums

79. La facultad medianímica depende del organismo. Es independiente de las cualidades morales del médium, y se la encuentra desarrollada tanto en los más indignos como en los más dignos. No sucede lo mismo con la preferencia que dan los buenos espíritus al médium.

80. Los buenos espíritus se comunican más o menos voluntariamente por tal o cual médium, según la simpatía que sienten por él. Lo que constituye la cualidad de un médium, no es la facilidad con que obtiene comunicaciones, sino su aptitud para recibirlas buenas y no ser juguete de espíritus ligeros y mentirosos.

81. Los médiums que desde el punto de vista moral dejan más que desear reciben a veces muy buenas comunicaciones que sólo pueden venir de espíritus buenos, de lo cual algunos se maravillan sin razón, porque a menudo son de interés para el médium y para darle sabias advertencias. Si no las aprovecha, aumenta su culpabilidad, porque escribe su condenación. Dios, cuya bondad es infinita, no puede negar asistencia a los que más necesitan de ella. El virtuoso misionero que va a moralizar a los criminales hace lo mismo que los buenos espíritus con los médiums imperfectos.

Por otra parte, los buenos espíritus, queriendo dar una enseñanza útil a todo el mundo, se sirven del instrumento que les viene a mano; pero le abandonan cuando encuentran otro que les es más simpático y que aprovecha sus lecciones. Retirándose los buenos espíritus, los inferiores, poco cuidadosos de las cualidades morales, que les molestan, tienen entonces libre el campo.

De aquí resulta que los médiums imperfectos moralmente, y que no se enmiendan, son, tarde o temprano, presa de malos espíritus, que a menudo los conducen a su ruina y a las mayores desgracias incluso en este mundo. En cuanto a su facultad, de bella que era y que hubiera continuado siendo, se pervierte al principio por el abandono de los buenos espíritus y concluye por extinguirse.

82. Los médiums más meritorios no están al abrigo de las mistificaciones de los espíritus mentirosos. En primer lugar, porque no hay nadie lo bastante perfecto que no tenga un punto vulnerable para que pueda dar acceso a los malos espíritus, y en segundo lugar, porque los buenos espíritus le permiten a veces, para ejercitar el raciocinio, enseñar a discernir la verdad del error y mantener la desconfianza, a fin de que no se acepte nada ciegamente y sin comprobación; pero nunca procede la mentira de un buen espíritu, y todo nombre respetado, continuado al pie de un error, es necesariamente apócrifo.

Puede también ser este accidente una prueba de la paciencia y perseverancia del espiritista, médium o no. El que se desanimase por algunas decepciones probaría a los buenos espíritus que no pueden contar con él.

83. De la misma forma que en la Tierra vemos a personas malévolas encarnizarse con hombres de bien, no ha de sorprendernos que malos espíritus obsesen a personas honradas.

Es de notar que, desde la publicación de El Libro de los Médiums, son menores los obsesados, porque estando prevenidos, se mantienen en guardia y analizan los detalles más

insignificantes, que pueden revelar la presencia de un espíritu mentiroso. La mayoría de los obsesados, o no han estudiado anticipadamente, o no han aprovechado los consejos.

84. Lo que constituye un médium propiamente dicho es la facultad, y bajo este aspecto, puede estar más o menos formado, más o menos desarrollado. Lo que constituye el médium seguro, el que verdaderamente puede calificarse de buen médium, es la aplicación de la facultad, la aptitud para poder servir de intérprete a los buenos espíritus. Dejando a un lado la facultad, la potencia del médium para atraer a los buenos espíritus y rechazar a los malos, está en razón de su superioridad moral; ésta es proporcional a la suma de cualidades que constituyen el hombre de bien. De este modo se concilia la simpatía de los buenos y ejerce ascendiente sobre los malos.

85. Por la misma razón, aproximándole a la naturaleza de los malos espíritus, la suma de imperfecciones morales del médium le quita la influencia necesaria para alejarlos; en vez de ser él quien se impone a ellos, son ellos los que se imponen a él. Aplicase esto no sólo a los médiums, sino a cualquier persona, porque ninguna deja de recibir la influencia de los espíritus. (Véanse los núms. 74 y 75.)

86. Para imponerse a los médiums, los malos espíritus saben explotar, hábilmente, todas las imperfecciones morales, y la que les es más propicia es el orgullo, y por esto es el sentimiento que domina en el mayor número de médiums obsesados y sobre todo en los que están fascinados.

El orgullo les hace creer en su infalibilidad y rechazar las advertencias. Desgraciadamente, este sentimiento es excitado por los elogios de que son objeto los médiums. Cuando tienen una facultad algo notable, se les busca, se les adula y acaban por creer en su importancia, juzgándose indispensables, lo cual les pierde.

87. En tanto que el médium imperfecto se enorgullece de los nombres ilustres apócrifos, la mayoría de las veces, que figuran en las comunicaciones que recibe, y se cree intérprete privilegiado de los poderes celestes, el buen médium no se cree nunca digno de semejante favor; abriga siempre una saludable desconfianza de lo que obtiene, y no lo refiere nunca a su propio juicio.

No siendo más que un instrumento pasivo, comprende que si es bueno no puede hacerse de ello un mérito personal, como tampoco puede ser responsable de lo malo que obtenga, y que sería ridículo tomar el hecho y la causa por la identidad absoluta de los espíritus que se le manifiestan; y deja que juzguen la cuestión terceras personas desinteresadas, sin que su amor propio se resienta de un juicio desfavorable, como el actor de la censura dirigida a la pieza de que es intérprete. Su carácter distintivo es la sencillez y la moralidad, considera una felicidad la facultad que posee, no para envanecerse de ella, sino porque le ofrece medio de ser útil, lo que hace voluntariamente cuando se le presenta ocasión sin molestarse porque no se le da el primer puesto.

Los médiums son los intermediarios e intérpretes de los espíritus. Importa, pues, al evocador, y hasta al simple observador, poder apreciar el mérito del instrumento.

88. La facultad medianimica es un don de Dios, como todas las otras facultades, que pueden emplearse en bien y en mal, y de la cual puede abusarse. Tiene por objeto ponernos en comunicación directa con las almas de los que han vivido, a fin de recibir sus enseñanzas y de iniciarnos en la vida futura. Así como la vista nos pone en comunicación con el mundo visible, así la mediumnidad nos relaciona con el invisible. El que de ella se sirve, de un modo útil, para su adelanto y el de sus semejantes, cumple una verdadera misión, por la que recibirá recompensa. El que abusa de ella y la emplea en cosas fútiles o para su interés material, la aleja de su fin providencial, y sufre tarde o temprano la pena, como aquel que emplea mal cualquier otra facultad.

Charlatanismo

89. Ciertas manifestaciones espiritistas se prestan, con bastante facilidad, a la imitación. Pero sería absurdo deducir que, por el hecho de que puede abusarse de ellas, estas manifestaciones no existen. Para el que ha estudiado y conoce las condiciones morales en que pueden producirse, es fácil distinguir la imitación de la realidad. Por lo demás, la imitación no llega a ser completa y no puede engañar más que al ignorante, incapaz de apreciar los matices característicos del verdadero fenómeno.

90. Las manifestaciones que más fácilmente pueden imitarse son ciertos efectos fisicos y los inteligentes vulgares, tales como: movimientos, golpes, aportes, escritura directa, respuestas vulgares, etc., pero no sucede lo mismo con las comunicaciones inteligentes trascendentales. Para imitar las primeras, basta la destreza; para simular las otras, sedan precisas casi siempre una instrucción poco común, una superioridad intelectual nada vulgar y una facultad de improvisación, por decirlo así, universal.

91. Los que no conocen el Espiritismo se inclinan generalmente a sospechar de los médiums; el estudio y la experiencia dan medios de asegurarse de la realidad de los hechos, y las mejores garantías que pueden encontrar son el desinterés absoluto y la honradez del médium; hay personas que por su posición y carácter se sustraen a toda sospecha. Si el cebo de la ganancia puede excitar al fraude, el sentido común dice que a nada conduce el chariatanismo cuando no se trata de ganar. (El Libro de los Médiums, pág. 28, "Charlatanismo y sofisticación, médiums interesados, fraudes espiritistas", núm. 300.)

92. Entre los adeptos del Espiritismo se encuentran entusiastas exaltados, como en todo, los cuales son en general los peores propagadores, porque se desconfía de su facilidad en aceptarlo todo sin maduro examen. El espiritista ilustrado huye del entusiasmo que ciega y lo observa todo friamente y con calma: éste es el medio de no ser juguete de las ilusiones y mistificadores. Dejando a un lado toda cuestión de buena fe, el observador novicio debe, ante todo, tener en cuenta la gravedad del carácter de las personas a quien se dirige.

Identidad de los espíritus

93. Puesto que se encuentran entre los espíritus todas las fases de la Humanidad, se hallan también la astucia y la mentira, y los hay que no tienen escrúpulo alguno en darse los nombres más respetables para inspirar mayor confianza. Es preciso, pues, desconfiar de una manera absoluta de la autenticidad de todas las firmas.

94. La identidad es una de las grandes dificultades del Espiritismo práctico, a menudo es imposible evidenciarla, sobre todo cuando se trata de los espíritus superiores, antiguos con relación a nosotros. Entre los que se manifiestan, muchos no tienen nombre para nosotros, y para fijar nuestras ideas, pueden tomar el de un espíritu conocido perteneciente a la misma categoría; de modo que si un espíritu se comunica con el nombre de San Pedro, por ejemplo, nada prueba que sea precisamente el apóstol de este nombre, puede ser él o un espíritu del mismo orden, o uno enviado por él.

La cuestión de identidad es en este caso completamente secundaria, y sería pueril atribuirle importancia, lo que importa es la naturaleza de la enseñanza. ¿Es buena o mala, digna o indigna del personaje cuyo nombre lleva, la aceptaría éste o la rechazaría? He aquí toda la cuestión.

95. La identidad es más fácil de evidenciar cuando se trata de espíritus contemporáneos cuyo carácter y costumbres son conocidos; por las costumbres y las particularidades de la vida privada se revela la identidad del modo más seguro y a menudo de una manera incontestable. Cuando se evoca a un pariente o amigo lo que interesa es la personalidad, y es muy natural que se procure evidenciar la identidad; pero los medios que para esto emplean generalmente los que sólo imperfectamente conocen el Espiritismo, son insuficientes y pueden inducir a error.

96. El espíritu revela su identidad por una multitud de circunstancias que se encuentran en las comunicaciones, donde se reflejan sus hábitos, su carácter, su lenguaje, y hasta sus locuciones familiares. Se revela también por pormenores íntimos en los que entra espontaneamente con las personas a quienes aprecia: éstas son las mejores pruebas, pero es raro que conteste a las preguntas directas que le son dirigidas acerca de este particular, sobre todo si las hacen personas que le son indiferentes por curiosidad y para probarle. El espíritu prueba su identidad como quiere, o como puede, según la facultad de su intérprete, y a menudo las pruebas son abundantes; la falta está en querer que las dé a gusto del evocador. Entonces el espíritu se resiste a someterse a tales exigencias. (El Libro de los Médiums, cap. XXIV, "Identidad de los espíritus".)

Contradicciones

97. Las contradicciones que se notan con bastante frecuencia en el lenguaje de los espíritus sólo pueden sorprender a los que tienen de la ciencia espiritista un conocimiento incompleto, porque son consecuencia de la naturaleza misma de los espíritus, que, como hemos dicho, sólo saben las cosas en razón de su adelanto y algunos saben mucho menos que ciertos hombres. Sobre una multitud de aspectos no pueden emitir más que su opinión personal, que puede ser más o menos acertada, y conservar el reflejo de las preocupaciones terrestres de que no están despojados; otros forjan sistemas a su antojo sobre lo que aún no saben, particularmente en lo concerniente a las cuestiones científicas y al origen de las cosas. No es, pues, nada sorprendente que no estén siempre acordes.

98. Algunos se sorprenden al ver comunicaciones contradictorias firmadas con el mismo nombre. Sólo los espíritus inferiores pueden, según las circunstancias, hablar contradictoriamente; los espíritus superiores no se contradicen nunca. Cualquiera, por poco iniciado que esté en los secretos del mundo espiritual, sabe la facilidad con que ciertos espíritus se adornan con nombres prestados para dar crédito a sus palabras; y puede inducirse con certeza que de dos comunicaciones, radicalmente contradictorias en el fondo del pensamiento, y al pie de las cuales se halla el mismo nombre respetable, la una es esencialmente apócrifa.

99. Dos medios pueden servir para fijar las ideas sobre cuestiones dudosas: el primero consiste en someter todas las comunicaciones a la comprobación severa de la razón, del sentido común y de la lógica. Ésta es una recomendación que hacen todos los buenos espíritus, y que se guardan bien de hacerla los mentirosos, porque saben perfectamente que ha de perjudicarles un examen serio. Por eso evitan la discusión y quieren ser creídos sin réplica.

El segundo criterio de la verdad es la concordancia de la enseñanza. Cuando el mismo principio es enseñado en muchos puntos por diferentes espíritus y médiums ajenos los unos a los otros, y que no están bajo las mismas influencias, puede deducirse que es más verdadero que el que

emana de un solo origen y es contradicho por la mayoría. (El Libro de los Médiums, cap. XXVII, "De las contradicciones y mistificaciones"; El Evangelio según el Espiritismo, "Introducción. Autoridad de la doctrina espiritista".)

Consecuencias del Espiritismo

100. En vista de la incertidumbre de las revelaciones hechas por los espíritus, se pregunta: ¿para qué sirve el estudio del Espiritismo?

Evidencia la existencia del mundo espiritual, constituido por las almas de los que vivieron, de lo que resulta la prueba de la existencia del alma y su supervivencia al cuerpo.

Las almas que se manifiestan revelan sus goces o sus sufrimientos según el modo como han empleado la vida terrestre, y de esto resulta la prueba de las penas y recompensas futuras.

Las almas o espíritus, descubriendo su estado o situación, rectifican las ideas falsas que tenían sobre la vida futura, principalmente sobre la duración y la naturaleza de las penas

Pasando la vida futura del estado de teoría, vaga e incierta, al de hecho observado y positivo, impone la necesidad de trabajar lo máximo que se pueda durante la vida presente, que es de corta duración, en provecho de la futura, que es indefinida.

Supongamos que un hombre de veinte años tenga la certeza de morir a los veinticinco, ¿qué hará durante estos cinco años? ¿Trabajará para el porvenir? Seguramente no, sino que procurará gozar cuanto pueda, mirando como una tontería imponerse trabajo y privaciones sin objeto. Pero si tiene la seguridad de que vivirá ochenta años, procederá de otro modo, porque comprenderá la necesidad de sacrificar algunos instantes del reposo presente para asegurarse durante largos años el reposo futuro. Esto mismo sucede con aquél para quien la vida futura es una realidad.

La duda, respecto a la vida futura, conduce naturalmente a sacrificarlo todo a los goces del presente, y de aquí la excesiva importancia que se da a los bienes materiales que tanto incitan a la codicia, la envidia y los celos, del que tiene poco contra el que tiene mucho. De la codicia al deseo de adquirir lo que tiene su vecino a cualquier precio, no hay más que un paso, y aquí se originan los odios, las querellas, los procesos, las guerras y todos los males engendrados por el egoísmo.

En la duda acerca del porvenir, el hombre, abrumado en esta vida por el pesar y el infortunio, sólo en la muerte ve el término de sus sufrimientos, y no esperando nada, encuentra racional abreviarlos por medio del suicidio.

Sin esperanza en el porvenir, es muy natural que el hombre se afecte y se desespere con los desengaños que experimenta. Los sacudimientos violentos que sufre producen una perturbación en su cerebro, causa del mayor número de casos de locura.

Sin la vida futura, la presente es para el hombre la más importante, el único objeto de sus preocupaciones, a ella lo refiere todo: quiere gozar a cualquier precio, no sólo de los bienes materiales, sino que también de los honores; aspira a brillar, a elevarse por encima de los otros, a eclipsar a sus vecinos con el fausto y el rango, de aquí la ambición desordenada y la importancia que da a los títulos y a las futilezas de la vanidad, por las que sacrificaría hasta su propio honor, porque no ve nada más allá.

La certeza de la vida futura y de sus consecuencias cambia totalmente el orden de las ideas y hace ver las cosas bajo otro aspecto. Es la rasgadura de un velo que cubría un horizonte inmenso y

espléndido. Ante lo infinito y grandioso de la vida de ultratumba, desaparece la terrestre como el segundo ante los siglos, como el grano de arena ante la montaña. Todo se vuelve pequeño, mezquino, y uno mismo se sorprende de la importancia atribuida a cosas tan efimeras y pueriles. La calma, la tranquilidad ante los acontecimientos de la vida es una dicha en comparación con las desazones, con los tormentos que nos damos, con los quebraderos de cabeza que nos buscamos para hacernos superiores a los otros. Da también una indiferencia respecto a las vicisitudes y desengaños, que, cerrando la puerta a la desesperación, aleja numerosos casos de locura, y borra forzosamente la idea del suicidio. Cierto del porvenir, el hombre espera y se resigna. Dudoso de él, pierde la paciencia, porque todo lo espera del presente.

La prueba, por el ejemplo de los que han vivido, de que la suma de la dicha futura está en razón del progreso moral realizado y del bien hecho en la Tierra, y que la suma del sufrimiento está en razón de la de los vicios y malas acciones, infunde a todos los que están convencidos de esta verdad una tendencia natural a hacer el bien y huir del mal.

Cuando la mayor parte de los hombres esté imbuida de esta idea, cuando profese tales principios y practique el bien, no procurará ya dañarse mutuamente, arreglará instituciones sociales en bien de todos y no en provecho de algunos; en una palabra, el bien triunfará sobre el mal en la Tierra y los hombres comprenderán que la ley de caridad enseñada por Cristo es el origen de la dicha en este mundo, y basarán las leyes civiles en la caridad.

La evidencia del mundo espiritual que nos rodea y la de su acción sobre el mundo corporal es la revelación de una de las fuerzas de la Naturaleza, y por consiguiente la clave de una multitud de fenómenos no comprendidos, tanto del orden fisico como del moral.

Cuando la ciencia tenga en cuenta esta nueva fuerza, desconocida hasta el momento, rectificará una multitud de errores que provienen de atribuirlo todo a una causa única, la materia. El reconocimiento de esta nueva causa de los fenómenos de la Naturaleza será una palanca para el progreso, y producirá el efecto del descubrimiento de cualquier agente nuevo. Con la ayuda de la luz espiritista, se dilatará el horizonte de la ciencia, como se ha dilatado con la ayuda de la ley de la gravitación.

Cuando los sabios proclamen desde la cátedra la existencia del mundo espiritual y su acción en los fenómenos de la vida, infiltrarán en la juventud el antídoto de las ideas materialistas en vez de predisponerla a la negación del porvenir.

En las lecciones de filosofía clásica, los profesores enseñan la existencia del alma y sus atributos según las diferentes escuelas, pero sin dar pruebas materiales. ¿No es de extrañar que, cuando se tienen tales pruebas, sean rechazadas y calificadas de supersticiones por los mismos profesores? ¿No equivale a decir a sus discípulos: Nosotros os enseñamos la existencia del alma, pero nada la prueba? Cuando un sabio admite una hipótesis sobre un punto de la ciencia, investiga con solicitud y acoge con alegría los hechos que puede trocar en verdad la hipótesis. ¿Cómo, pues, el profesor de filosofía, cuyo deber es probar a sus discípulos que tiene un alma, trata con desdén los medios de darle una demostración patente?

101. Aun suponiendo que los espíritus sean incapaces de enseñarnos nada que no sepamos o que no podamos saber por nosotros mismos, se observa que la sola evidencia de la existencia del mundo espiritual conduce forzosamente a una revolución en las ideas, y esta revolución produce necesariamente otra en el orden de las cosas: será fruto del Espiritismo.

102. Pero los espíritus hacen algo más; si es cierto que sus revelaciones están rodeadas de algunas dificultades, si es verdad que exigen minuciosas precauciones para afirmar su exactitud, no lo es menos que los espíritus adelantados, cuando se les interroga y cuando se les permite, pueden revelarnos hechos ignorados, darnos la explicación de cosas no comprendidas, y ponernos en camino de progresar más rápidamente. En este punto, sobre todo, es indispensable el estudio

completo y detenido de la ciencia espiritista, a fin de pedirle lo que puede darnos, y el modo como puede dárnoslo. Traspasando estos limites, es como nos exponemos a ser engañados.

103. Las mínimas causas pueden producir los mayores efectos; así es como de un grano puede salir un árbol inmenso, como la caída de una manzana hizo descubrir la ley que rige los mundos, como una rana saltando en un plato reveló la fuerza galvánica, así es como también del fenómeno vulgar de las mesas giratorias ha salido la prueba del mundo invisible, y de esta prueba, la doctrina que en algunos años ha dado la vuelta al mundo, y puede regenerarlo por la sola demostración de la realidad de la vida futura.

104. El Espiritismo enseña poco acerca de las verdades absolutamente nuevas, en virtud de que nada hay de nuevo en el mundo. Sólo son absolutas las verdades eternas; estando fundadas en leyes de la Naturaleza, las que enseña el Espiritismo han debido existir siempre, por eso en todo tiempo se encuentran los gérmenes de las mismas, gérmenes que han sido desarrollados por un estudio más completo y por más detenidas observaciones. Las verdades enseñadas por el Espiritismo tienen, pues, más carácter de consecuencias que de descubrimientos.

El Espiritismo no ha descubierto ni inventado a los espíritus: tampoco ha descubierto el mundo espiritual, en el que se ha creído desde la noche de los tiempos; se limita a probario con hechos materiales y lo presenta bajo su verdadero aspecto, despojándolo de preocupaciones y de ideas supersticiosas, que engendran la duda y la incredulidad.

Observación. Estas explicaciones, por incompletas que sean, bastan para demostrar la base en que descansa el Espiritismo, el carácter de las manifestaciones, y el grado de confianza que pueden inspirar según las circunstancias.

DISCURSO

Pronunciado sobre la tumba de
Allan Kardec por Camilo Flammarion

Muerto en París el 31 de marzo de 1869, e inhumado en entierro civil el 2 de abril, en el cementerio del Norte.

Señores:

Accediendo gustoso a la simpática invitación de los amigos del pensador laborioso, cuyo cuerpo terrestre yace en este momento a nuestros pies, recuerdo un triste día del mes de diciembre de 1865. Pronuncié entonces supremas palabras de despedida en la tumba del fundador de la Librería Académica, del honorable Didier, que, como editor, fue el colaborador convencido de Allan Kardec en la publicación de las obras fundamentales de una doctrina que le era querida, quien murió también de repente, como si el cielo hubiese deseado evitar a estos dos espíritus íntegros el embarazo filosófico de salir de esta vida por el camino diferente del vulgarmente seguido. Igual reflexión es aplicable a la muerte de nuestro antiguo colega Jobart, de Bruselas.

Mi tarea de hoy es todavía mayor, porque quisiera representar al pensamiento de los que me oyen, y al de los millones de hombres que en toda Europa y América se han ocupado del problema aún misterioso de los fenómenos llamados espiritistas. Quisiera, digo, poder representarles el interés científico y el porvenir filosófico del estudio de esos fenómenos (al que se han entregado, como nadie ignora, hombres tan eminentes entre nuestros contemporáneos). Me placería hacerles entrever los desconocidos horizontes que se abrirán al pensamiento humano, a medida que éste extienda el conocimiento positivo de las fuerzas naturales, que a nuestro alrededor funcionan. Demostrarles que semejantes comprobaciones son el más eficaz antídoto contra el cáncer del ateísmo, que parece ensañarse particularmente en nuestra época de transición, y atestiguar, en fin, de un modo público, el inmenso servicio que prestó a la filosofia el autor de El Libro de los Espíritus, despertando la atención y la discusión sobre hechos que hasta entonces pertenecían al mórbido y funesto dominio de las supersticiones religiosas.

En efecto, sería importante establecer aquí, ante esta tumba elocuente, que el examen metódico de los fenómenos llamados sin motivo sobrenaturales, lejos de renovar el espíritu supersticioso y de amenguar la energía de la razón, destruye, por el contrario, los errores y las ilusiones de la ignorancia, favoreciendo más el progreso que la ilegítima negación de los que no quieren tomarse el trabajo de ver.

Mas no es este lugar para abrir el campo a una discusión irrespetuosa. Concretémonos únicamente a dejar caer de nuestros pensamientos en la faz impasible del hombre que duerme ante nosotros, testimonios de afecto y sentimientos de pesar, que queden en su tumba y a su alrededor como un bálsamo del corazón. Y puesto que sabemos que su alma eterna sobrevive a esos despojos mortales, como a ellos preexistió; puesto que sabemos que indestructibles lazos unen nuestro mundo visible al invisible; puesto que su alma existe hoy como hace tres días, y puesto que no es imposible que actualmente se encuentre aquí, delante de nosotros; digámosle que no hemos querido ver dasaparecer su imagen corporal y encerrarla en el sepulcro sin honrar unánimemente

sus trabajos y su memoria, sin pagar un tributo de gratitud a su encarnación terrestre, tan útil y dignamente empleada.

Ante todo trazaré rápidamente las principales lineas de su carrera literaria.

Muerto a la edad de 65 años, Allan Kardec, León Hipólito Denizard Rivail, había consagrado la primera parte de su vida a escribir obras clásicas elementales, destinadas especialmente al uso de los institutores de la juventud. Cuando hacia 1850 las manifestaciones, al parecer nuevas, de las mesas giratorias, golpes sin causa ostensible y movimientos inusitados de objetos y muebles empezaron a llamar la atención pública, determinando aun en las imaginaciones aventureras una especie de fiebre, debida a la novedad de esos experimentos; Allan Kardec, estudiando a la par el magnetismo y sus extraños efectos, siguió con la mayor paciencia y juiciosa clarividencia los experimentos y numerosas tentativas hechas por entonces en París. Recogió y ordenó los resultados obtenidos por esa larga observación, y con ellos organizó el cuerpo de doctrina publicado en 1857 en la primera edición de El Libro de los Espíritus. Todos vosotros sabéis la acogida que mereció esa obra en Francia y en el extranjero.

Habiéndose tirado hasta la fecha su decimosexta edición, ha propagado entre todas las clases ese cuerpo de doctrina elemental, que, en su esencia, no es nuevo, puesto que la escuela de Pitágoras en Grecia y la de los druidas en nuestra Galia enseñaban esos principios, pero que tomaban una verdadera forma de actualidad por su correspondencia con los fenómenos.

Después de esta primera obra, aparecieron sucesivamente El Libro de las Médiums o Espiritismo experimental, ¿Qué es el Espiritismo? o compendio en forma dialogada, El Evangelio según el Espiritismo, El Cielo y el Infierno, El Génesis, y la muerte ha venido a sorprenderle en los momentos en que, su infatigable actividad, escribía una obra sobre las relaciones del magnetismo y del Espiritismo.

Por medio de la Revista Espírita y de la Sociedad de Paris, cuyo presidente era, se había constituido hasta cierto punto en centro al cual todo convergía, en lazo de unión de todos los experimentadores. Hace algunos meses, presintiendo su fin próximo, preparó las condiciones de vitalidad de esos mismos estudios para después de su desencarnación, y estableció el Comité Central que le sucede.

Allan Kardec despertó rivalidades, creó una escuela bajo la forma un tanto personal, y aún existe cierta división entre los "espiritualistas" y los "espiritistas". En adelante, señores (tales, por lo menos, son los votos de los amigos de la verdad), debemos estar unidos todos por una solidaridad cofraternal, por los mismos esfuerzos encaminados a la dilucidación del problema, por el general e impersonal deseo de lo verdadero y de lo bueno.

Se le ha argúido, señores, a nuestro digno amigo Allan Kardec, a quien hoy tributamos los últimos obsequios, que no era lo que se llama un sabio, que no fue ante todo, fisico, naturalista o astrónomo, sino que prefirió constituir primeramente un cuerpo de doctrina moral, sin haber antes aplicado la discusión científica a la realidad y naturaleza de los fenómenos.

Quizá es preferible que así hayan empezado las cosas. No siempre debe rechazarse el valor del sentimiento. ¡ Cuántos corazones no han sido consolados por esa creencia religiosa! ¡Cuántas lágrimas enjugadas! ¡Cuántas ciencias abiertas a los destellos de la belleza espiritual! No todos son felices en la Tierra. Muchos son los afectos quebrantados y muchas las almas narcotizadas por el escepticismo. ¿Y es por ventura poca cosa haber despertado el espiritualismo en tantos seres que flotaban en la duda, y que no apreciaban ni la vida fisica ni la intelectual?

Si Allan Kardec hubiese sido hombre de ciencia, no hubiera podido indudablemente prestar ese primer servicio, ni dirigir a lo lejos aquélla como invitación a todos los corazones. Él era lo que llamaré sencillamente "el sentido común encarnado". Razón juiciosa y recta, aplicaba sin olvido a

su obra permanente las íntimas indicaciones del sentido común. No era ésta una pequeña cualidad en el orden de cosas que nos ocupan; era, podemos asegurarlo, la primera entre todas, y la más preciosa, aquella sin la cual no hubiese podido llegar a ser popular la obra ni echar tan profundas raíces en el mundo. La mayor parte de los que se han consagrado a semejantes estudios han recordado haber sido en su juventud, o en ciertas circunstancias especiales, testigos de inexplicables manifestaciones, y pocas son las familias que no hayan observado en su historia testimonios de este orden. El primer paso que debía darse, pues, era el de aplicar la razón firme del sentido común a esos recuerdos, y examinarlos según los principios del método positivo.

Según lo previó el mismo organizador de este estudio lento y dificil, actualmente debe entrar en su período científico. Los fenómenos fisicos, en los cuales no se ha insistido, deben ser objeto de la crítica experimental, sin la que no es posible ninguna comprobación seria. Este método experimental, al que debemos la gloria del progreso moderno y las maravillas de la electricidad y del vapor; este método debe apoderarse de los fenómenos del orden todavía misterioso a que asistimos, disecarlos, medirlos y definirlos.

Porque, señores, el Espiritismo no es una religión, sino una ciencia de la que apenas sabemos el abecedario. El tiempo de los dogmas ha concluido. La Naturaleza abraza al Universo, y el mismo Dios, que en otras épocas fue hecho a semejanza del hombre, no puede ser considerado por la metafisica moderna más que como un espíritu en la Naturaleza. Lo sobrenatural no existe, las manifestaciones obtenidas con la intervención de los médiums, lo mismo que las del magnetismo y sonambulismo, son del orden natural y deben ser sometidas severamente a la comprobación de la experiencia. Los milagros han concluido. Asistimos a la aurora de una ciencia desconocida. ¿Quién puede prever las consecuencias a que, en el mundo del pensamiento, conducirá el estudio positivo de esta nueva psicología?

La ciencia rige al mundo, y no ha de ser extraño, señores, a este discurso fúnebre, notar su obra actual y las nuevas inducciones que precisamente nos revela bajo el punto de vista de nuestras investigaciones.

En ninguna época de la historia ha desarrollado la ciencia, ante la mirada atónita del hombre, tan grandiosos horizontes. Hoy sabemos que la Tierra es un astro, y que nuestra vida actual se realiza en el cielo.

Por medio del análisis de la luz conocemos los elementos que arden en el Sol y en las estrellas, a millones, a trillones de leguas de nuestro observatorio terrestre. Por medio del cálculo, poseemos la historia del cielo y de la Tierra, así en su remoto pasado como en su porvenir, que no existen para las leyes inmutables. Por medio de la observación, hemos pesado las tierras celestes que gravitan en el espacio. El globo donde moramos se ha convertido en un átomo estelar que vuela por el espacio en medio de infinitas profundidades, y nuestra misma existencia en este globo se ha convertido en una fracción infinitesimal de nuestra vida eterna. Pero lo que con justo título puede impresionarnos más aún, es este maravilloso resultado de los trabajos fisicos hechos en estos últimos años, a saber: que vivimos en medio de un mundo invisible que incesantemente se está manifestando en torno nuestro.

Sí, señores; ésta es para nosotros una inmensa revelación. Contemplad, por ejemplo, la luz que en este momento derrama por la atmósfera ese brillante Sol, contemplad ese suave azul de la bóveda celeste, reparad en esos efluvios de aire tibio que acarician vuestro rostro, mirad esos monumentos y esa Tierra; pues bien, a pesar de tener ojos, no vemos lo que aquí está pasando. Sobre cien rayos emanados del Sol, únicamente una tercera parte es accesible a nuestra vista, ya sea directamente, ya reflejada por todos esos cuerpos. Las dos terceras partes restantes existen y obran alrededor nuestro, pero de un modo, aunque real, invisible. Sin ser luminosos para nosotros, son cálidos, y mucho más activos aún que los que, impresionan nuestra vista, pues ellos son los que vuelven las flores hacia el Sol, los que producen todas las acciones químicas *(Nuestra retina es*

insensible a esos rayos, pero otras sustancias, por ejemplo, el yodo y las sales de plata, los perciben. Se ha fotografiado el aspecto solar químico, que no ve nuestro ojo. La plancha del fotógrafo, además, no presenta nunca imagen alguna visible, al salir de la cámara oscura, aunque la posea, pues su aparición se debe a una operación química.), y ellos son también los que levantan, bajo una forma igualmente invisible, en la atmósfera, el vapor de agua para con él formar las nubes, ejerciendo así a nuestro alrededor, incesantemente, de una manera oculta y silenciosa, una fuerza colosal, mecánicamente equivalente al trabajo de muchos millares de caballos.

Si los rayos caloríficos y químicos, que obran constantemente en la Naturaleza, son invisibles ‘para nosotros, se debe a que los primeros no hieren con bastante prontitud nuestra retina, y a que los segundos la hieren con prontitud excesiva. Nuestros ojos no ven las cosas más que entre dos limites, fuera de los cuales nada perciben. Nuestro organismo terrestre puede compararse a un arpa de dos cuerdas, que son el nervio óptico y el auditivo. Cierta especie de movimientos hacen vibrar a aquél, y otra especie de movimientos hacen vibrar a éste. Esta es toda la sensación humana, más limitada en este punto que la de ciertos seres vivientes, ciertos insectos, por ejemplo, en los cuales esas mismas cuerdas de la vista y del oído son más delicadas. Y realmente existen en la Naturaleza no dos, sino diez, ciento, mil especies de movimientos. La ciencia física nos enseña, pues, que vivimos en medio de un mundo invisible para nosotros, y que no es imposible que seres (igualmente invisibles para nosotros) vivan asimismo en la Tierra, en un orden de sensaciones absolutamente diferentes del nuestro, y sin que podamos apreciar su presencia, a menos que no se nos manifiesten con hechos que entren en nuestro orden de sensaciones.

En presencia de semejantes verdades, ¡cuán absurda y falta de valor parece la negación a priori! ¡Cuando se compara lo poco que sabemos y la exigüidad de nuestra esfera de percepción con la cantidad de lo que existe, no puede menos de concluirse que nada sabemos y que todo hemos de aprenderlo aún. ¿Con qué derecho pronunciaríamos, pues, la palabra “imposible”, ante hechos que evidenciamos sin poder descubrir su causa única?

La ciencia nos ofrece horizontes tan autorizados como los precedentes sobre los fenómenos de la vida y de la muerte, y sobre la fuerza que nos anima. Bástanos observar la circulación de las existencias.

Todo es metamorfosis. Arrebatados en su eterno curso, los átomos constitutivos de la materia pasan sin cesar de uno a otro cuerpo, del animal a la planta, de la planta a la atmósfera, de la atmósfera al hombre, y nuestro mismo cuerpo, durante toda nuestra vida, cambia incesantemente de sustancia constitutiva, como la llama sólo brilla por la incesante renovación de elementos. Y cuando el alma se ha desprendido de ese mismo cuerpo, tantas veces transformado ya durante la vida, entrega definitivamente a la Naturaleza todas sus moléculas para no volverlas a tomar más. Al dogma inadmisible de la resurrección de la carne, le ha sustituido la elevada doctrina de la transmigración de las almas.

He ahí el sol de abril que fulgura en los cielos, inundándonos con su primer rocío colorescente. Ya las campiñas salen de su sueño, ya aparecen las primeras flores, ya florece la primavera, sonríe el azul celeste, y la resurrección se opera; y esa nueva vida, sin embargo, sólo en la muerte se origina, y ruinas encubre únicamente. ¿De dónde procede la savia de esos árboles que reverdecen en este campo de los muertos? ¿De dónde la humedad que nutre sus raíces? ¿De dónde todos los elementos que harán nacer, a las caricias de mayo, las florecillas silenciosas y las cantadoras avecillas? ¡De la muerte!..., señores..., ¡ de esos cadáveres envueltos en la siniestra noche de las tumbas!... Ley suprema de la Naturaleza, el cuerpo material no es más que un agregado transitorio de partículas que no le pertenecen, y que el alma ha reunido, siguiendo su propio tipo, para crearse órganos que la pusiesen en relación con nuestro mundo fisico. Y mientras así, y pieza por pieza, se renueva nuestro cuerpo por medio del cambio perpetuo de materias, mientras que, como una masa inerte, cae un día para no levantarse más, nuestro espíritu, ser

personal, ha conservado perennemente su identidad indestructible, ha reinado como soberano sobre la materia que le revestía, estableciendo de tal modo, por medio de este hecho constante y universal, su personalidad independiente, su esencia espiritual no sometida al imperio del espacio y del tiempo, su grandeza individual, su inmortalidad.

¿En qué consiste el misterio de la vida? ¿Qué lazos unen el alma al organismo? ¿Por qué desenlace se separa de él? ¿Bajo qué forma y con qué condiciones existe después de la muerte? ¿Qué recuerdos, qué afectos conserva? ¿Cómo se manifiesta? He aquí, señores, problemas lejos aún de estar resueltos, y cuyo conjunto constituirá la ciencia psicológica del porvenir. Ciertos hombres pueden negar tanto la existencia del alma como hasta la de Dios, afirmar que la verdad moral no existe, que no hay leyes inteligentes en la Naturaleza, y que nosotros, los espiritualistas, somos juguete de una ilusión enorme. Otros pueden, por el contrario, declarar que conocen la esencia del alma humana, la forma del Ser Supremo, el estado de la vida futura, y tratarnos de ateos porque nuestra razón se resiste a su fe. Ni los unos ni los otros impedirán, señores, que estemos frente a los más grandes problemas, que nos interesemos en estas cosas (que muy lejos están de sernos extrañas), y que tengamos el derecho de aplicar el método experimental de la ciencia contemporánea a la investigación de la verdad.

Por el estudio positivo de los efectos nos remontamos a la apreciación de las cosas. En el orden de los estudios reunidos bajo la denominación genérica de "Espiritismo" los hechos existen, pero nadie conoce su modo de producción. Existen tan realmente como los fenómenos eléctricos, luminosos y caloríficos; pero no conocemos, señores, ni la biología, ni la fisiología. ¿Qué es el cuerpo humano? ¿Qué el cerebro? ¿Qué la acción absoluta del alma? Lo ignoramos, e igualmente ignoramos la esencia de la electricidad y de la luz. Es, pues, prudente observar sin prevención esos hechos, y procurar determinar sus causas, que son, acaso, de diversas especies y más numerosas de lo que hasta ahora hemos sospechado.

No comprendan, en buena hora, los de vista limitada por el orgullo o por la preocupación, no comprendan estos ansiosos deseos de mis pensamientos ávidos de conocer, y escarnezcan o anatematicen esta clase de estudios; nada importa, yo levantaré a mayor altura mis contemplaciones...

¡Tú fuiste el primero, oh, maestro y amigo!, tú fuiste el primero que, desde el principio de mi carrera astronómica, demostraste una viva simpatía hacia mis deducciones relativas a la existencia de humanidades celestes: porque tomando en tus manos el libro de la Pluralidad de mundos habitados, lo colocaste inmediatamente en la base del edificio doctrinario que entreveías. Con suma frecuencia departíamos juntos sobre esa vida celeste y misteriosa. Actualmente, ¡oh alma!, tú sabes por una visión directa en qué consiste esa vida espiritual, a la cual todos regresaremos, y que olvidamos durante esta existencia.

Ahora tú ya has regresado a ese mundo de donde hemos venido, y recoges el fruto de tus estudios terrestres. Tu envoltura duerme a nuestras plantas, tu cerebro se ha extinguido, tus ojos están cerrados para no volverse a abrir, tu palabra no se dejará oír más... Sabemos que todos llegaremos a ese mismo último sueño, a la misma inercia, al mismo polvo. Pero no es en esa envoltura en la que ponemos nuestra gloria y esperanza. El cuerpo cae, el alma se conserva y regresa al espacio. Nos volveremos a encontrar en un mundo mejor, y en el cielo inmenso en que se ejercitarán nuestras más poderosas facultades, continuaremos los estudios para cuyo abarcamiento era la Tierra teatro demasiado reducido. Preferimos saber esta verdad a creer que yaces totalmente en ese cadáver, y que tu alma haya sido destruida por el cese del juego de un órgano. La inmortalidad es la luz de la vida, como ese brillante Sol es la de la Naturaleza.

Hasta la vista, querido Allan Kardec, hasta la vista.

Biografía de Allan Kardec

Muchas personas que se interesan en el Espiritismo manifiestan, con frecuencia, su pena por no tener más que un conocimiento muy imperfecto de la biografía de Allan Kardec y por ignorar dónde pueden encontrarse noticias acerca del que nos complacemos en llamar maestro. Permítasenos tratar de responder a un deseo tan legítimo llenando algunas páginas en memoria del amado maestro, cuyos trabajos son universalmente conocidos y apreciados, pero cuya vida íntima, cuya laboriosa existencia, apenas se sospechan.

Si ha sido fácil a los rebuscadores concienzudos darse cuenta del alto valor y de la amplia trascendencia de la obra de Allan Kardec por la sola y atenta lectura de sus obras, bien pocos han podido penetrar en la vida privada del hombre y seguirle paso a paso en el cumplimiento de su tarea tan grande, gloriosa y bien realizada, porque los documentos faltaron hasta hoy. La biografía de Allan Kardec no sólo es poco conocida, sino que está por hacer. La envidia y los celos se han apresurado a sembrar sobre ella los errores más patentes junto con las calumnias más groseras y desvergonzadas. Vamos por consiguiente a mostraros, bajo una luz más verdadera, al Gran Iniciador cuyas doctrinas estamos orgullosos de profesar.

Nació en Lyon aquel prudente filósofo, lleno de clarividencia y profundidad, aquel trabajador obstinado cuya labor sacó de quicio el monumento religioso del viejo mundo y echó los nuevos cimientos que deben servir de base a la evolución y a Ja renovación de nuestra sociedad caduca, empujándola hacia un ideal más sano, más elevado, hacia un progreso intelectual y moral indiscutible. Nació en Lyon el 3 de octubre de 1804, de la vieja familia lionesa llamada Rivail, aquel que debía más tarde ilustrar el nombre de Allan Kardec y conquistarle tantos derechos a nuestra profunda simpatía y a nuestro reconocimiento filial.

He aquí a propósito de su nacimiento el documento positivo y oficial:

"El 12 vendimiario del año XIII, acta de nacimiento de DenizardHipólitoLeón Rivail, nacido ayer tarde a las 7, hijo de Juan Bautista Antonio Rivail, magistrado, y de Juana Duhamel, su esposa, habitantes en Lyon, calle Sala, número 76.

"El infante ha sido reconocido varón.

"Testigos mayores: SiriacoFederico Dittmar, director del establecimiento de aguas minerales de la calle Sala, y Juan Francisco Targe, vecino de la misma calle, a requerimiento del médico Pedro Radamel, calle de Santo Domingo, número 78.

"Hecha lectura, firman los testigos y el alcalde de la división del Mediodía.

"El presidente del tribunal, firmado: Mathiou. Por copia conforme: El escribano del tribunal, firmado: Maihuin."

El futuro fundador del Espiritismo recibió en la cuna un nombre respetable y todo un pasado de virtudes, de probidad y de honradez; buena parte de sus antepasados se habían distinguido en la magistratura por su talento, su saber y su acrisolada integridad; parecía, pues, que el joven Rivail había de desear también para sí los laureles y las glorias de su familia. Y, sin embargo, nada más lejos de esto, porque, desde su primera juventud, se sintió atraído hacia las ciencias y la filosofía.

Denizard Rivail hizo en Lyon sus primeros estudios y completó enseguida la instrucción escolar en Iverdún (Suiza) junto al célebre pedagogo Pestalozzi, del que fue con el tiempo discipulo eminente y colaborador inteligente y desinteresado. Habíase dado de corazón a la propaganda del sistema famoso, que tan gran influencia ejerció en la reforma de los estudios en Francia y Alemania. Muy a menudo, cuando los gobiernos de diferentes puntos llamaban a Pestalozzi para fundar institutos parecidos al de Iverdún, confió a Denizard Rivail el cuidado de reemplazarle en la dirección de su escuela; el discípulo hecho maestro juntaba, por otra parte, a los más legítimos

derechos toda la capacidad necesaria para llevar a buen término su empresa. Era bachiller en letras y ciencias, doctor en medicina, habiendo hecho todos los estudios médicos y defendido brillantemente su tesis; era finalmente filólogo distinguido, que conocía a fondo y hablaba correctamente el alemán y el inglés, el italiano y el español; también conocía el holandés y podía expresarse con facilidad en esta lengua.

Denizard Rivail era un buen mozo, de maneras distinguidas, humor jovial, bueno y servicial. Habiendo caído soldado se hizo redimir, y a los dos años fue a París para fundar en la calle de Sévres, número 35, un establecimiento parecido al de Iverdún. Para esta empresa se había asociado con uno de sus tíos, hermano de su madre, que era quien le administraba los fundos.

En el mundo de las letras y de la enseñanza que frecuentaba en París, Denizard Rivail encontró a la señorita Amelia Boudet, que era institutriz con diploma de primera clase. Pequeña, pero bien proporcionada, gentil y graciosa, rica por sus padres, de quienes era hija única, inteligente y viva, por la gracia de su sonrisa y el brillo de sus buenas cualidades, supo hacerse notar al Sr. Rivail, en quien adivinó, bajo la apariencia amable de una alegría franca y comunicativa, al pensador profundo que unía la seria dignidad al más correcto savoir-vivre.

El registro civil nos dice que:

"Amelia Gabriela Boudet, hija de Julián Luis Boudet, propietario y antiguo notario, y de Julia Luisa Seigneat de Lacombe, nació en Thiais (Seine) el 2 primario año IV (23 noviembre 1795)."

Amelia Boudet tenía, pues, nueve años más que el Sr. Rivail, pero aparentaba diez menos que él, cuando el 6 de febrero de 1832 se firmó el contrato de matrimonio de HipólitoLeónDenizard Rivail, director del Instituto técnico de la calle de Sévres (método Pestalozzi), con Amelia Gabriela Boudet, institutriz.

El asociado del Sr. Rivail tenía la pasión del juego y arruinó a su sobrino, perdiendo grandes cantidades en Spa y en AixlaChapelle. El Sr. Rivail pidió la liquidación del Instituto y resultaron 45.000 francos a favor de cada uno. Esta suma fue colocada por el Sr. y la Sra. Rivail en casa de uno de sus íntimos amigos, comerciante, que hizo malos negocios y cuya ruina dejó en la miseria a sus acreedores.

Lejos de descorazonarse por este doble revés, el Sr. y la Sra. Rivail se dieron al trabajo valerosamente. El pudo hacerse con las contabilidades de tres casas de comercio y ganar en su cargo de tenedor de libros 7.000 francos por año. Terminada la jornada, aquel trabajador infatigable destinaba sus vigilias a la composición de gramáticas, aritméticas y otras obras de pedagogía; traducía obras inglesas y alemanas y preparaba todos los cursos de LevyAlvaires para muchos niños de ambos sexos del barrio de Saint Germain. Además, organizó en su casa de la calle de Sévres cursos gratuitos de química, de física, de astronomía y de anatomía comparada que se veían muy concurridos.

Entre sus numerosas obras conviene citar por orden cronológico: Plan propuesto para la mejora de la instrucción pública en 1828; en 1829, según el método de Pestalozzi, publicó para uso de las madres de familia y de los maestros su Curso práctico y teórico de Aritmética; en 1831 dio a luz la Gramática francesa clásica; en 1846, el Manual de exámenes para el certificado de capacidad; en 1848 se publicó su Catecismo gramatical de la lengua francesa, y finalmente en 1849 le vemos catedrático en el Liceo Polimático, donde da cursos de filología, de astronomía, fisica y química.

Habiendo adoptado la Universidad de Francia la mayor parte de estas obras y vendiéndose al mayor, el Sr. Rivail pudo constituirse, gracias a ellas y a su terca laboriosidad, una holgada situación. Como puede juzgarse por este brevísimo resumen, nuestro hombre estaba admirablemente preparado para la dificil empresa que debía acometer y hacer triunfar. Su propio nombre era conocido y respetado mucho antes de que inmortalizara el de Allan Kardec.

Prosiguiendo en su carrera pedagógica habría podido vivir feliz, respetado y tranquilo, gracias al éxito brillante que había coronado sus esfuerzos. Pero su misión le llevaba al cumplimiento de una tarea más dificil, de una obra más grande y, como tendremos ocasión de hacerlo constar, se mostró siempre a la altura de la misión gloriosa que le estaba reservada. Sus instintos y sus aspiraciones tal vez le habrían empujado al misticismo, pero su educación, su sano juicio y su observación metódica le apartaron a la vez de los arrobamientos poco razonables y de las negaciones poco justificadas.

En 1854, el Sr. Rivail oyó hablar por primera vez de las mesas giratorias al Sr. Fortier, magnetizador, con quien mantenía relaciones para sus estudios sobre el magnetismo. El Sr. Fortier le dijo un día: "He aquí un hecho extraordinario: no solamente se hace girar una mesa magnetizándola, sino que se la hace hablar: se la interroga y ella contesta."

"Esto respondió el Sr. Rivail, es otra cuestión; yo creeré en ello cuando lo vea y cuando se me haya probado que una mesa tiene cerebro para pensar, nervios para sentir y que puede convertirse en sonámbula: hasta entonces, permitidme que no vea en ello más que un cuento de niños."

Tal era en los comienzos el estado de ánimo del Sr. Rivail. Así le veremos a menudo. No niega nada por prejuicio, pero pide pruebas y quiere ver y observar para creer.

Hasta ahora sólo hemos hablado del Sr. Rivail como profesor distinguido y autor pedagógico renombrado; pero a partir de esta época de su vida (de 1854 a 1856) un nuevo horizonte se abre a los ojos del pensador profundo y del observador sagaz; entonces el nombre de Rivail vuelve a entrar en la oscuridad para hacer sitio al de Allan Kardec, que la fama ha de llevar a todos los rincones del orbe y que venerarán los buenos corazones.

Ved a continuación cómo el propio Allan Kardec nos cuenta sus vacilaciones y sus luchas, a la vez que su primera iniciación:

"Hallábame, pues, enfrente de un hecho inexplicado en apariencia, contrario a las leyes de la Naturaleza y al que mi razón se oponía. Todavía no había visto ni observado nada; los experimentos, hechos en presencia de personas honorables y dignas de fe, me confirmaban en la posibilidad del efecto puramente material, pero la idea de una mesa parlante no entraba todavía en mi cerebro.

"Al año siguiente, comenzaba el 1855, me encontré con Carlotti, un amigo de muchos años que durante más de una hora me estuvo hablando de estos fenómenos, con el entusiasmo que despertaban en él todas las ideas nuevas. Carlotti era corso, de una naturaleza ardiente y enérgica; yo siempre había estimado en él las cualidades que distinguen a las grandes almas, pero su exaltación me obligaba a ponerme en guardia. Él fue el primero que me habló de la intervención de los espíritus y me contó tan estupendas cosas que, lejos de convencerme, hizo crecer mis dudas. Vos seréis un día de los nuestros, me dijo. No digo que no, le respondí; más tarde lo veremos.

"Pasado algún tiempo, ya en mayo de 1855, me hallaba yo en casa de la sonámbula Srta. Roger con el Sr. Fortier, su magnetizador; allí encontré al Sr. Pátier y a la Sra. Plainemaison, que me hablaron de estos fenómenos en el mismo sentido que el Sr. Carlotti, pero en muy distinto tono. El Sr. Pátier era un funcionario público, ya de cierta edad, hombre muy instruido, de un carácter serio, frío y calmoso; su hablar reposado, exento de todo entusiasmo, me causó una vivísima impresión, y cuando me invitó a asistir a los experimentos que tenían lugar en casa de la Sra. Plainemaison acepté sin dudar. Nos citamos para el martes...*(Esta fecha quedó en blanco en el manuscrito de Allan Kardec)* 1 de mayo, a las ocho de la tarde.

"Allí fui testigo por primera vez del fenómeno de las mesas giratorias, ambulatorias y corredoras, todo en condiciones tales que no dejaban lugar a dudas.

“Vi también allí algunos ensayos de escritura medianímica sobre una pizarra con ayuda de una cesta. Mis ideas estaban muy lejos de la convicción, pero allí había un hecho que forzosamente debía responder a una causa. Bajo aquellas futilidades aparentes y bajo la especie de juego en que eran convertidos aquellos fenómenos, pude entrever algo muy serio y la revelación de una nueva ley que me prometí estudiar profundamente.

“Bien pronto se me ofreció ocasión de hacer observaciones mucho más atentas. En una de las Veladas de la Sra. Plainemaison, trabé conocimiento con la familia Baudin, que vivía entonces en la calle Rochechouart. El Sr. Baudin me invitó a una de las sesiones semanales que tenían lugar en su casa, y de las que fui desde entonces asiduo concurrente.

“Y allí fue donde hice yo mis primeros estudios serios sobre Espiritismo, todavía más por observación propia que por revelación. Apliqué a esta nueva ciencia, como era mi costumbre, el método de experimentación; jamás senté teoría preconcebida; observé atentamente, comparé y deduje consecuencias; de los efectos procuré remontarme a las causas por la deducción y el encadenamiento lógico de los hechos, y no admití como viable una explicación hasta que me resolvía todas las dificultades de la cuestión propuesta. Así había procedido en mis trabajos anteriores desde la edad de 15 o 16 años. Desde el primer momento me di cuenta de la seriedad de la exploración que iba a emprender; entrevi en aquellos fenómenos la clave del problema tan oscuro y controvertido sobre el pasado y el porvenir de la Humanidad, la solución de lo que había buscado toda mi vida; en una palabra, comprendí que se trataba de una revolución en las ideas y en las creencias; me era preciso proceder con circunspección y no a la ligera, ser positivista y no idealista, para no dejarme llevar de mis propias ilusiones.

“El solo hecho de la comunicación con los espíritus, fueren quienes fueren, probaba la existencia de un mundo invisible ambiente; era ya un punto capital, un campo inmenso abierto a nuestras exploraciones, la clave de una multitud de problemas inexplicados. El segundo punto, no menos importante, era llegar a conocer el estado de ese mundo, sus costumbres, si nos es permitido hablar así. Enseguida me di cuenta de que cada espíritu, en razón de su posición personal y de sus conocimientos, me revelaba una fase de su mundo, como acontece cuando interrogamos a los habitantes de todas clases y condiciones para conocer el estado de un país, acerca del cual ninguno, individualmente, puede darnos una impresión completa; al observador corresponde formular el conjunto, a base de los documentos recogidos en todas partes y relacionados, coordinados, evaluados los unos por los otros. Mi actividad con los espíritus fue, pues, igual a la que habría adoptado con los hombres; ellos fueron para mí, desde el más pequeño al más grande, documentos de estudio y no reveladores predestinados.”

A estas noticias que entresacamos de las Obras Póstumas de Allan Kardec conviene añadir que, en los comienzos, el Sr. Rivail, lejos de declararse entusiasta de estas manifestaciones y absorbido por sus otras ocupaciones, estuvo a punto de abandonarlas, lo que tal vez habría hecho sin la obligada solicitud de los señores Carlotti, René Taillandier, miembro de la Academia de Ciencias, ThiedemanManthése, Sardou, padre e hijo, y Didier, el editor, que seguían desde hacía cinco años el estudio de estos fenómenos y que habían reunido cincuenta cuadernos de comunicaciones diversas que no lograban coordinar. Conociendo las vastas y raras aptitudes sintéticas del Sr. Rivail, estos señores le remitieron los cuadernos pidiéndole que tomara nota de ellos y les diese un plan. Pero como el trabajo era asiduo y exigía mucho tiempo, en razón de las lagunas y oscuridades de tales comunicaciones, el sabio enciclopedista se negaba a emprender la tarea alegando sus muchas ocupaciones.

Una tarde, su espíritu protector Z. le dio, valiéndose de un médium, una comunicación exclusivamente personal, en la cual le participaba haberle conocido en una existencia precedente, cuando en tiempo de los druidas vivían juntos en las Galias; entonces llevaba el nombre de Allan Kardec, y como la amistad que le había profesado no dejaba un momento de crecer, le prometía

secundarle en la importantísima tarea para la cual se le había solicitado y que podía llevar a cabo felizmente.

El Sr. Rivail puso manos a la obra: tomó los cuadernos, los anotó cuidadosamente, suprimió las repeticiones y puso en su lugar los dictados de cada sesión; señaló las lagunas que debían colmarse, las oscuridades que necesitaban aclaración y preparó las preguntas necesarias para lograr estos resultados.

"Hasta entonces dice él mismo las sesiones en casa del Sr. Baudin no tenían objeto determinado; yo me propuse hallar en ellas la solución de los problemas que me interesaban desde el punto de vista de la filosofía, psicología y de la naturaleza del mundo invisible. Llegaba a cada sesión con una serie de preguntas preparadas y ordenadas metódicamente, y siempre me eran contestadas con precisión, profundidad y lógica abundante. Desde aquel momento las reuniones tomaron un carácter distinto, entre los asistentes figuraban personas de notable seriedad que se interesaron vivamente en ellas, y si por desgracia no me era posible asistir, nadie sabía qué hacer; las preguntas banales habían perdido para la mayoría todo su atractivo. Mi único objeto, al principio, era instruirme; más tarde, cuando vi que todas aquellas comunicaciones formaban un conjunto y tomaban cuerpo de doctrina, tuve la idea de publicarlas para la instrucción de los demás. Huelga decir que, precisamente, estas comunicaciones desarrolladas y completadas luego forman la base de El Libro de los Espíritus."

En 1856 el Sr. Rivail asistió a las reuniones espiritistas que tenían lugar en casa del Sr. Roustan con la sonámbula Srta. Saphet, como médium que obtenía comunicaciones interesantes. El Sr. Rivail hizo revisar por este médium las comunicaciones obtenidas anteriormente. Este trabajo tenía lugar al principio en el curso de las sesiones ordinarias, pero luego, por recomendación expresa de los espíritus, se verificó en sesiones especiales.

Allan Kardec manifiesta que todavía no quedó contento después de esta segunda revisión. Obtenida la respuesta de un médium, consultaba otro, y hay en El Libro de los Espíritus preguntas espinosas en cuyas respuestas han colaborado hasta diez médiums diferentes.

Cuando la afirmación de sus teorías le pareció suficientemente fundamentada, el Sr. Rivail publicó su libro el 18 de abril de 1857.

Esta obra formaba un gran volumen a dos columnas, una para las preguntas y otra a su lado para las respuestas. Como el nombre del autor, en el momento de su publicación, era suficientemente conocido por anteriores trabajos, el Sr. Rivail, temiendo que esto influyera en la futura suerte de su doctrina, tomó la resolución de firmarlo con el nombre de Allan Kardec, que le había revelado su guía y que había llevado en tiempo de los druidas.

Tuvo la obra tal éxito que la primera edición se agotó en pocos días. Allan Kardec volvió a editaría bajo su forma actual, corregida y considerablemente aumentada.

El 25 de marzo de 1856 estaba Allan Kardec en u despacho trabajando en la preparación de su obra, cuando oyó unos golpes secos dados en el muro; buscó la causa sin descubrirla y volvió luego a su trabajo. Al poco rato entró su mujer y oyó los mismos golpes, buscaron ambos la causa y no lograron mayor éxito.

Como al día siguiente había sesión en casa del Sr. Baudin -escribe el propio Allan Kardec-, conté yo el hecho y pedí su explicación.

Pregunta. Conocéis el hecho que acabo de citar, ¿podríais decirme la causa de aquellos golpes que se hacían oír con tanta insistencia?

Respuesta. Era tu espíritu familiar.

P. ¿Con qué objeto venía a golpear así?

R. Quería comunicarse contigo.

P. ¿Podríais decirme qué es lo que quería de mí?

R. Tú mismo puedes preguntárselo, porque está aquí.

P. Espíritu familiar mío, quienquiera que seáis, yo os doy gracias por haber venido a visitarme: ¿querríais decirme quién sois?

R. Para ti me llamaré la Verdad, y todos los meses durante un cuarto de hora estaré aquí a tu disposición.

P. Ayer, cuando golpeasteis mientras yo trabajaba, ¿teníais algo especial que decirme?

R. Lo que quería decirte era a propósito del trabajo que hacías; escribías cosas que me disgustaban y quería interrumpirte.

Nota. Lo que yo escribía estaba precisamente relacionado con mis estudios acerca de los espíritus y de sus manifestaciones.

P. Vuestra desaprobación, ¿recaía en el capítulo que estaba escribiendo o en el conjunto de mi trabajo?

R. En el capítulo que escribías ayer; te hago juez a ti mismo; vuelve a leerlo esta noche, reconocerás tus faltas y las corregirás.

P. No estaba muy satisfecho de aquel capítulo; lo he vuelto a hacer hoy, ¿no resulta mejor?

R. Está mejor, pero no completamente bien. Lee desde la tercera hasta la trigésima línea y reconocerás un grave error.

P. He roto lo que había escrito ayer.

R. No importa. Con haberlo roto no impides que el error subsista, vuelve a leerio y verás.

P. El nombre de Verdad que adoptáis, ¿no es una alusión a la verdad que busco?

R. Tal vez: en todo caso es un guía que te protegerá y te ayudará.

P. ¿Puedo evocaros en mi casa?

R. Sí, pero para asistirte de pensamiento: tardarás todavía mucho tiempo hasta obtener en tu casa comunicaciones por escrito.

P. ¿No podríais visitarme con más frecuencia de lo prometido?

R. Si, pero no te prometo más que una visita mensual hasta nueva orden.

P. ¿Habéis animado algún persoonaje conocido sobre la Tierra?

R. Ya te he dicho que para ti era la Verdad; este para ti significaba discreción; nada más puedes saber.

De vuelta a su casa, Allan Kardec se apresuró a leer el artículo en cuestión y pudo comprobar el gran error que había cometido. El plazo de un mes fijado para cada comunicación del Espíritu de Verdad se observó raramente; dicho espíritu se manifestó a Allan Kardec con relativa frecuencia, pero nunca en su casa, donde por lo menos en un año no pudo obtener comunicación de ningún género. Siempre alguna causa imprevista se oponía a ello.

En casa del Sr. Roustan, y el 30 de abril de 1856, siendo médium la Srta. Japhet, recibió Allan Kardec la primera revelación de la misión que le estaba destinada; este aviso, al principio muy vago, fue precisado el 12 de junio de 1856 por conducto de la Srta. Aline C..., médium. El 6 de mayo de 1857, la Sra. Cardone, por la inspección de las líneas de la mano de Allan Kardec,

confirmó las dos comunicaciones precedentes, que ignoraba; y finalmente, el 12 de abril de 1860, en casa del Sr. Dehan, siendo médium el Sr. Crozet, fue nuevamente confirmada esta misión, en una comunicación espontánea obtenida en ausencia de Allan Kardec.

Acusado por los acontecimientos y por los documentos que tenía en su poder, Allan Kardec, en vista del éxito de El Libro de los Espíritus, había formado el proyecto de fundar un periódico espiritista; se había dirigido al Sr. Tiedman para pedirle su concurso pecuniario, pero éste no se mostró dispuesto a tomar parte en la empresa. Entonces Allan Kardec preguntó a sus guías, por el intermedio de la Sra. E. Dufaux, el día 15 de noviembre de 1857, lo que debía hacer. Le fue respondido que pusiera en práctica su idea y que por nada se inquietara.

"Me apresuré a redactar el primer número dice Allan Kardec, y lo hice aparecer el 12 de enero de 1858, sin haber dicho nada a nadie. No tenía un solo abonado, ni quien me proporcionara fondos. Hice, pues, toda la publicación a riesgo mío y no tuve de que arrepentirme, porque el éxito sobrepujó a mis esperanzas. A partir del 1º de enero los números se sucedieron sin interrupción, y como lo había predicho el espíritu, este periódico se convirtió para mí en auxiliar poderosísimo. Más tarde reconocí que había sido gran fortuna no dar con quien me proporcionara fondos, porque de este modo conservaba mi libertad, mientras que un extranjero interesado en el asunto tal vez habría pretendido imponerme sus ideas y su voluntad, entorpeciendo mi marcha. Solo, no tenía que dar cuentas a nadie, aun cuando fuera pesada la carga de mi trabajo."

Esta carga debía aumentar incesantemente, como trabajo y como responsabilidad, pero a medida que arreciaba la lucha, aquel enérgico trabajador se ponía a la altura de los acontecimientos, que jamás le cogieron desprevenido; y durante once años, desde su RevugSpirite, que acabamos de ver comenzar tan modestamente, hizo frente a todos los ataques, envidias y calumnias que como una tempestad se desencadenaron sobre su cabeza.

Así se le habla predicho al serle anunciada su misión. Y como esta comunicación pone de relieve el estupendo valor moral del fundador del Espiritismo, damos a continuación un extracto de ella.

Médium, la Srta. Aline C., 12 de junio 1856.

P. ¿Cuáles son las causas que podrían llevarme a la derrota? ¿Tal vez la insuficiencia de mis capacidades?

R. No: la misión de los reformadores está llena de escollos y peligros; la tuya es ruda, te lo prevengo, porque tiene que revolver y transformar el mundo entero. No creas que te baste publicar un libro, dos libros, diez, y permanecer tranquilamente en tu casa; no, te será preciso exponer tu propia persona; odios terribles se levantarán contra ti; encarnizados enemigos se juntarán en tu daño; serás blanco de la malquerencia, de la calumnia y aun de la traición de aquellos mismos que se dirán tus adictos; tus mejores instrucciones serán desoídas y desnaturalizadas; más de una vez sucumbirás bajo el peso de la fatiga; en una palabra, tendrás que sostener una lucha constante y deberás hacer el sacrificio de tu reposo, de tu tranquilidad, de tu salud y de tu propia vida, porque no vivirás largos años...

Ya ves que tu misión está subordinada a condiciones que dependen de ti. Espíritu de Verdad.

Nota. (Es el propio Allan Kardec quien la escribe.) "Escribo esta nota el 10 de enero de 1867, diez años después de haberme sido hecha la precedente comunicación. y puedo afirmar que se ha cumplido en todos sus puntos y que he pasado por todas las vicisitudes que en ella se me anunciaban. He sido blanco del odio de enemigos encarnizados, de la injuria, de la calumnia, de la envidia y de los celos; libelos infamantes se han publicado contra mí, mis mejores instrucciones han sido desnaturalizadas; me han hecho traición aquellos en quienes había puesto mi confianza y me han pagado con ingratitud los que me estaban obligados. La Sociedad de París ha sido un foco continuo de intrigas urdidas por los que decían estar de mi parte, y que haciéndome buena cara me

destrozaban por la espalda; han llegado a decir que a mis defensores los tenía yo a sueldo con el dinero que recogía del Espiritismo. No he conocido nunca el reposo; más de una vez he sucumbido bajo el exceso de mi labor, mi salud se ha visto alterada y mi vida comprometida. Sin embargo, gracias a la asistencia y protección de los buenos espíritus, que sin cesar me han dado pruebas manifiestas de su solicitud, tengo la satisfacción de reconocer que ni un solo momento he desfallecido y que constantemente he proseguido en mi empresa con el mismo ardor, sin preocuparme de la malevolencia de que era objeto. Según la comunicación del Espíritu de Verdad, todo esto debía ocurrir y así fue."

Cuando se conocen todas las luchas y todas las bajezas de que fue blanco Allan Kardec, su triunfo se engrandece a nuestros ojos y aumenta el esplendor de su mérito.

En la nota de Allan Kardec, copiada más arriba, se hace referencia a la Sociedad Espiritista de París, fundada el 10 de abril de 1858. Hasta entonces las reuniones habían tenido lugar en casa de Allan Kardec, en la calle de los Mártires, siendo principal médium la Sra. Dufaux; su salón podía contener de quince a veinte personas; bien pronto los concurrentes fueron en un número de treinta. Considerando entonces que estaban demasiado incómodos y no queriendo por otra parte convertirse en una carga para Allan Kardec, algunos de los oyentes resolvieron formar una sociedad espiritista y alquilar un local donde tuvieran lugar las reuniones. Pero fue necesario para poder reunirse hacerse reconocer por la Prefectura y recibir la autorización competente. El Sr. Dufaux, que conocía personalmente al prefecto de policía de entonces, se encargó de dar los pasos necesarios para el caso, y gracias al ministro del interior, general H. que era favorable a las ideas nuevas la autorización se obtuvo en quince días, cuando por los procedimientos rutinarios habrían transcurrido muchos meses sin lograrla.

"Se constituyó entonces regularmente la Sociedad, y las reuniones se verificaron todos los martes en el local que había alquilado en PalaisRoyal, galería de Valois. Allí permaneció un año, desde el primero de abril de 1858 al primero de abril de 1859. Las reuniones tuvieron luego lugar todos los viernes, en uno de los salones del restaurante Douix, en PalaisRoyal, galería Montpensier. Finalmente, el 10 de abril de 1860 se trasladó la sociedad a su local propio en la calle y pasaje de Santa Ana, núm. 59."

Después de dar cuenta de las condiciones en que se fundó la Sociedad y de la tarea que venia a realizar, dice así Allan Kardec (Revue Spirite, p. 169):

"Aporté a mis funciones, que puedo calificar de laboriosas, toda la exactitud y toda la abnegación de que soy capaz. Desde el punto de vista administrativo, me he esforzado siempre en mantener para las sesiones un orden riguroso y en dotarlas de un carácter serio, sin el cual bien pronto habría perdido todo prestigio de asamblea seria. Ahora que mi tarea ha terminado y que ha sido dado el impulso de participaros mi resolución de renunciar para siempre a toda función dentro de la Sociedad, incluso a la de director de los estudios, un solo título ambiciono, el de miembro titular, que hará siempre mi felicidad y mi honor. El motivo de mi determinación está en la multitud de mis trabajos, que aumenta todos los días por la extensión de mis relaciones. Además de los que vosotros conocéis, preparo otros muchos más considerables que exigen largos y laboriosos estudios y que no me absorberán menos de diez años. Y como los trabajos de la Sociedad no dejan de exigirme mucho tiempo, sea para prepararlos, sea para coordinarlos y ponerios en limpio; y como reclaman una asiduidad muchas veces perjudicial a mis ocupaciones personales, pero indispensables por la iniciativa casi exclusiva que me habéis dejado dentro de la Sociedad, iniciativa que me hacia tomar la palabra con tanta frecuencia, lamentando que otros miembros eminentes no la tomaran en mi lugar; por todas estas causas tenía, ya hace mucho tiempo, el deseo de presentar mi dimisión. Aquí y fuera de aquí lo había manifestado de una manera muy explícita a muchos de mis colegas y principalmente al Sr. Ledoyen. Antes lo habría hecho, sin el temor de perturbar la marcha de la Sociedad: retirándome a mitad de curso se hubiera podido creer en una

deserción y no era preciso dar esta satisfacción a nuestros adversarios. He cumplido mi tarea hasta el fin; pero hoy, que ya no existen motivos para continuarla, me apresuro a daros cuenta de mi resolución, con objeto de dejaros toda libertad en la elección que vais a hacer. Es preciso que cada cual tenga su parte tanto en el premio como en los afanes."

Apresurémonos a añadir que esta dimisión no fue aceptada. Allan Kardec fue reelegido por casi unanimidad, pues le faltó solamente un voto. Ante tal manifestación de simpatía, continuó en el desempeño de su cargo.

En septiembre de 1860 Allan Kardec hizo un viaje de propaganda por el sur de Francia. Al dar cuenta del resultado de este viaje, se felicita de la cordialidad con que se le ha recibido en todas partes. y principalmente en Sens. Macon, Lyon y SaintEtienne. Todavía tiene el Espiritismo enemigos encarnizados, pero los burlones disminuyen. Una frase bien característica parece estar a la orden del día: el Espiritismo está en el aire; esta sola frase pinta el estado de las cosas. La doctrina espiritista ejerce sobre todo su influencia sobre los obreros, moralizándoles y llevándoles a una aceptación racionalmente resignada de sus afanes y sus cargas; la propaganda espiritista crece a velas desplegadas.

En el transcurso de su viaje Allan Kardec pronunció un discurso magistral en el banquete que tuvo lugar el día 19 de septiembre de 1860. He aquí alguno de sus párrafos:

"La primera cosa que ha llamado mi atención ha sido el número de adeptos; ya sabia que en Lyon eran muchos, pero estaba lejos de sospechar que fueran tantos; se les cuenta por centenares, y espero que con el tiempo no se les podrá contar.

"Pero si Lyon se distingue por el número, no se distingue menos por la calidad, que es más importante... Hay tres categorías de adeptos, señores: los unos se limitan a creer en la realidad de las manifestaciones, buscan ante todo los fenómenos y el Espiritismo para ellos no es otra cosa que una serie de hechos más o menos interesantes.

"Los segundos ven algo más que los hechos; comprenden su importancia filosófica y admiran la moral que brota de ellos, pero no la practican; para ellos la caridad cristiana no es nada más que una bella máxima.

"Los terceros finalmente no se contentan con admirar esta moral; la practican aceptando sus consecuencias. Convencidos de que la existencia terrestre es una prueba pasajera, procuran aprovechar estos cortos instantes para marchar por el camino del progreso que les trazan los espíritus, esforzándose en hacer el bien y en reprimir sus malas inclinaciones; sus relaciones son siempre seguras, porque sus convicciones les apartan de todo mal pensamiento; la caridad es siempre norma de su conducta: éstos son los verdaderos espiritistas; mejor aún, los espiritistas cristianos.

"Pues bien, señores, puedo decirlo con satisfacción, todavía no he encontrado aquí ningún adepto de la primera categoría; nadie se ocupa de Espiritismo por pura curiosidad...; por todas partes el objetivo es grave, las intenciones serias, y si debo creer lo que oigo abundan aquí los adeptos de la tercera categoría... Por consiguiente, no les faltaba razón a los espíritus cuando, hablándoles yo de esto hace unos días, me respondieron por uno de vuestros médiums: ¿Por qué te extrañas de ello? Lyon ha sido la ciudad de los mártires; la fe está viva en ella; ella proporcionará apóstoles al Espiritismo; si París es la cabeza, Lyon será el corazón."

Pero Allan Kardec no se contentaba con echar flores sobre la cabeza de nuestros antepasados; he aquí de qué robustos consejos enardecía el ditirambo:

"Procediendo toda enseñanza de los espíritus, los diferentes grupos, así como los individuos, se encuentran bajo la influencia de los espfritus que presiden a sus trabajos o les dirigen moralmente; si estos espíritus no están de acuerdo, importa saber cuál de ellos merece más

confianza, y seguramente ha de ser aquel cuya teoría no pueda dar pie a ninguna objeción seria, en una palabra, aquel que en todas las cuestiones demuestre mayor superioridad. Si todo es bueno y racional en su enseñanza, poco importa el nombre que adopte el espíritu, y desde este punto de vista la cuestión de identidad es perfectamente secundaria. Si bajo un nombre respetable peca la enseñanza en su esencia, podéis concluir desde luego que el nombre es apócrifo y que se trata de un espíritu impostor o burlón. Regla general: nunca el nombre es garantía, la verdadera garantía de superioridad está en el pensamiento y en la manera de expresarlo. Los espíritus engañadores pueden imitarlo todo, menos el verdadero saber y el verdadero sentimiento.

"...Para evitar sus redes es preciso ante todo guardarnos del entusiasmo ciego y del orgullo, que lleva a muchos médiums a creerse los únicos intérpretes de la verdad; es necesario examinarlo todo fríamente, pesario todo con madurez, revisarlo bien, y si no se tiene confianza en el propio juicio, como la prudencia aconseja, referirse al juicio de los demás, según el proverbio que afirma que ven más cuatro ojos que dos; únicamente un falso amor propio o una obsesión pueden hacer persistir en una idea que rechaza el buen sentido de cada cual."

He aquí los sabios y prácticos consejos que por todas partes sembraba el que sus enemigos hacían pasar por místico y alucinado, cuando no por loco.

Allan Kardec trabajaba por entonces en El Libro de los Médiums, que vio la luz en la primera quincena de enero de 1861 en casa de los Sres. Didier y Cía., libreros editores. En la Revue Spirite expone el maestro en estos términos las razones que le movieron a publicarlo:

"Hemos procurado por este trabajo, fruto de una larga experiencia y de laboriosos estudios, poner en claro todas las cuestiones que se relacionan con las manifestaciones espiritistas; contiene la explicación teórica de los diversos fenómenos y de las condiciones en que pueden producirse, según los espíritus. Pero lo que principalmente ha sido objeto de nuestra atención es la parte concerniente al desarrollo y ejercicio de la mediumnidad.

"El Espiritismo experimental es mucho más difícil de lo que generalmente se cree, y ésta es la causa de las profundas decepciones entre los que pretenden provocar experiencias sin poseer los conocimientos necesarios. Nuestro objeto ha sido pertrechar contra esos escollos a cualquiera que se aventure en un terreno para él completamente desconocido, lo que no deja de ofrecer ciertos peligros. No podíamos dar a la ligera una cuestión tan importante, y la hemos tratado con el cuidado que su importancia requería."

El Libro de los Médiums es todavía el vademecum de todos los que quieran entregarse con relativo éxito a la práctica del Espiritismo experimental; nada está olvidado en él, todas las cuestiones se han previsto de antemano con una clarividencia y un tacto lógico que asombran; puede afirmarse que posteriormente nada se ha publicado superior a dicho libro en la materia de que trata. Es el hilo de Ariadna indispensable para adentramos por el laberinto del Espiritismo práctico.

Durante el año 1861 Allan Kardec hizo un nuevo viaje de propaganda por el sur de Francia, pudiendo convencerse de que en esta región había alcanzado el Espiritismo su completa madurez.

"En efecto dice él mismo, los adeptos ya no se cuentan por centenares como hace ahora un año, se les cuenta por millares o, mejor dicho, no se les cuenta, de modo que si la progresión continúa en este grado, dentro de uno o dos años serán más de treinta mil. El Espiritismo ha reclutado estos adeptos entre todas las clases sociales, pero sobre todo entre la clase obrera. Nada tiene de extraño, porque, siendo esta clase social la que más sufre, es lógico que se aferre a la fuente de consolación. Lo que acabamos de ver con nuestros ojos es tan característico y encierra una enseñanza tan grande, que nos creemos obligados a conceder a los obreros la mayor parte en nuestra reseña.

“El año pasado no había más que un centro de reunión, el de Brotteaux, dirigido por Dijoux, capataz, y por su esposa; desde entonces se han creado centros en diferentes puntos de la villa, en la Guillotiére, en Perrache, en la CroixRousse, en Vaise, en SaintJust, etc., sin contar con un gran número de reuniones particulares. Apenas si había entonces dos o tres médiums novicios; hoy los hay en todos los grupos, y algunos de ellos son de primera fuerza; en un solo grupo hemos visto a cinco escribir simultáneamente. Igualmente hemos visto a una muchachita excelente médium vidente, cuya facultad de visión nos ha asombrado.

“Mucho es sin duda que, como vengo diciendo, los adeptos se multipliquen; pero lo que vale más todavía que el número es su calidad. Pues bien: podemos declarar en voz alta que en ninguna parte hemos visto reuniones espiritistas más edificantes que las de los obreros lioneses desde el punto de vista del orden, recogimiento y atención que prestan a las instrucciones de sus guías espirituales. Hay en ellas hombres, ancianos, mujeres, muchachos y aun niños cuya actitud respetuosa contrasta con su poca edad; jamás uno de ellos ha turbado el silencio de nuestras reuniones, con frecuencia muy largas; parecen casi tan ávidos como sus padres de recoger nuestras palabras. Y no es esto todo: el número de las metamorfosis morales, entre los obreros, es casi tan crecido como el de los adeptos; se han reformado los hábitos viciosos; se han calmado las pasiones, se han apaciguado los odios, los hogares se han hecho pacíficos. En una palabra, las virtudes más cristianas se han desenvuelto, y todo porque la confianza inquebrantable nacida de las comunicaciones espiritistas les da fe en un porvenir en el que no creían...”

Con ocasión de este viaje, un nuevo banquete reunió bajo la presidencia de Allan Kardec a los miembros de la gran familia espiritista lionesa. El 19 de septiembre de 1860 los comensales eran en número de treinta. Al año siguiente llegaban a 160, representando los diferentes grupos que se consideraban todos como miembros de una misma familia, y entre los cuales no se advertía sombra de celos ni de rivalidad, “lo que dijo el maestro nos consideramos dichosísimos de hacer constar...”

El 14 de octubre del mismo año encontramos a Allan Kardec en Burdeos, donde, según costumbre suya, predica la buena nueva y hace germinar la fe en el porvenir.

Además de estos viajes y de los trabajos de Allan Kardec, este año de 1861 se ha hecho memorable en los anales del Espiritismo por un hecho tan monstruoso, que parece increíble. Nos referimos al auto de fe que tuvo lugar en Barcelona, y por cuya causa trescientas obras espiritistas fueron quemadas por la antorcha de los inquisidores.

El Sr. Lachátre había por aquel entonces establecido librería en Barcelona; en relaciones de comunidad con las ideas de Allan Kardec, pidió a éste que le remitiera algunas obras espiritistas para comenzar la propaganda de la nueva filosofia.

Fueron remitidas las obras en número de trescientas. A su llegada a España se le reclamaron al destinatario los derechos de aduana, que cobraron los agentes del gobierno español; pero las obras no llegaron a su destino; el obispo de Barcelona, juzgando estos libros perniciosos para la fe católica, hizo confiscar la expedición por medio del Santo Oficio. En vista de que los libros no se entregaban al destinatario, Allan Kardec reclamó su devolución. Pero esta reclamación quedó sin efecto, y el obispo de Barcelona, a la instigación de la policía francesa, motivó su negativa en la siguiente respuesta: “La iglesia católica es universal y el gobierno no puede consentir que estos libros, contrarios a la fe católica, pasen de un país a otro para pervertir la religión y la moral.” Los libros no fueron devueltos y los derechos de aduana continuaron en poder de los agentes españoles. Allan Kardec habría podido entablar acción diplomática para defender sus derechos, pero los espíritus le disuadieron de ello, dándole a entender que tal ignominia era favorable a la propaganda espiritista.

El obispo de Barcelona, renovando las hogueras de la Edad Media, hizo quemar las obras incriminadas.

Extractamos del proceso verbal levantado al efecto los siguientes datos:

La ejecución tuvo lugar el 9 de octubre de 1861.

Se verificó en el mismo sitio destinado a las ejecuciones capitales.

Asistieron a ella un sacerdote revestido de los hábitos sacerdotales, llevando la cruz en una mano y la antorcha en la otra; un notario encargado de redactar el proceso verbal, su escribiente; un empleado superior de la administración de aduanas, tres mozos de aduanas que tenían a su cargo la hoguera, un agente de aduana en representación del propietario de las obras y una multitud de gente que llenaba la plaza y sus contornos.

Al apagarse la hoguera sonó el grito unánime de: ¡Abajo la inquisición!

Algunas personas se acercaron al lugar de la hoguera, tomaron cenizas y las guardaron devotamente.

A partir de esta ignominia clerical, conforme lo habían anunciado los espíritus, la propaganda espiritista creció de una manera increíble en tierra española.

El año 1862 fue fértil en trabajos favorables a la difusión del Espiritismo. El 15 de enero apareció el excelente volumen titulado El Espiritismo reducido a su más simple expresión. "El objeto de este libro dice Allan Kardec, es dar, dentro de un cuadro limitado, un resumen histórico del Espiritismo y una idea suficiente de la doctrina de los espíritus, para hacer fácilmente comprensible su objeto moral y filosófico. Por la claridad y la sencillez del estilo, hemos procurado ponernos al alcance de todas las inteligencias. Contamos con el celo de todos los verdaderos espiritistas para que favorezcan nuestra propaganda." Este llamamiento fue oído, porque dicho volumen circuló con profusión y muchos deben a este excelente trabajo haber comprendido el objeto y el alcance del Espiritismo.

Con ocasión del año nuevo, los espiritistas de Lyon envían a Allan Kardec la expresión de sus sentimientos de gratitud, y el maestro les responde en una admirable carta, "a mis queridos amigos y hermanos de Lyon", de la que habríamos de copiar todos los párrafos para dar idea de la profundidad con que está escrita, cosa imposible de hacer dada la extensión de esta biografía.

A petición de estos mismos espiritistas y de los de Burdeos, Allan Kardec hizo en septiembre y octubre un nuevo viaje de propaganda. El maestro dedica una obra especial a dar cuenta de este viaje, que duró cinco semanas. En este tiempo presidió más de cincuenta reuniones en veinte ciudades distintas, recibiendo en todas partes la acogida más cordial y pudiéndose convencer de los inmensos progresos del Espiritismo.

A propósito de los viajes de Allan Kardec, y habiendo algunas influencias hostiles esparcido el rumor de que el maestro los hacia a costa de la Sociedad Parisiense de Estudios Espiritistas, Allan Kardec refuta por si mismo dicho error en los siguientes términos:

"Muchas personas, sobre todo en provincias, habían creído que estos viajes estaban sufragados por la Sociedad de París. Hemos tenido que refutar este error en cuanto la ocasión de hacerio se nos presentó; y a las personas que todavía pudieran abrigar esta creencia, les recordaremos lo que ya dijimos en otra circunstancia (núm. de junio 1862, p. 167, Revue Spirite), que la Sociedad se limita a proveer a sus gastos ordinarios y que no tiene fondos de reserva. Para que pudiera crearse un capital, debería atender al número ante todo, y esto ni lo hace ni quiere hacerlo, porque no es su objeto la especulación, ni el número añade nada a la importancia de los trabajos. Su influencia está toda en la moral y en el carácter de sus reuniones, que dan a los extraños idea de una asamblea grave y seria; ese es su medio más poderoso de propaganda. Por

consiguiente, mal podría correr con los gastos antedichos. Todos los estipendios de nuestros viajes, además de aquellos a que nos obliga nuestra propaganda de Espiritismo, salen de nuestros recursos personales, de nuestras propias economías, acrecentadas con el producto de nuestras obras, sin el que nos sería imposible subvenir a todas las cargas que son para nosotros consecuencia de la obra que hemos emprendido. Sea esto dicho sin vanidad, pero únicamente para rendir homenaje a la verdad y para edificación de aquellos que se figuran que hacemos negocio.

En 1862, Allan Kardec hizo pública su refutación de las críticas contra el Espiritismo, desde el punto de vista del materialismo, de la ciencia y de la religión.

En 1864 dio a la luz su Imitación del Evangelio según el Espiritismo, título que cambió después por el de El Evangelio según el Espiritismo.

Aprovechando un momento de reposo, Allan Kardec hizo en septiembre de 1864 un viaje a Amberes y Bruselas. Exponiendo a los espiritistas belgas sus ideas sobre grupos y sociedades reproduce lo manifestado en Lyon, declarándose nuevamente partidario de la formación de pequeños grupos, por ser más útiles que las grandes sociedades para la prosecución de estudios serios.

El 10 de agosto de 1865 Allan Kardec publica un nuevo libro, El Cielo y el Infierno o la Justicia divina según el Espiritismo, en el cual se aducen numerosos ejemplos de la situación de los espíritus en el mundo espiritual y en la Tierra, junto con las razones que motivan esta situación.

El éxito enorme del Espiritismo le suscita numerosos enemigos, que lo son a la vez de Allan Kardec; la figura de éste se agranda a medida que la lucha se encarniza. El maestro tiene una voluntad de hierro y una potencia de acometividad extraordinaria; es un trabajador infatigable; se levanta en todo tiempo a las cuatro de la mañana; dirige por si mismo todas las polémicas, y además de las direcciones de la Revue Spirite y de la Sociedad Parisiense se ocupa de la organización del Espiritismo y en la preparación de sus obras. Este exceso de trabajo físico e intelectual quebranta su salud a punto que los espíritus tienen que llamarlo al orden; pero él sabe que sus pruebas sólo se prolongarán diez años, porque numerosas comunicaciones le hacen prever su muerte para entonces.

En 1867 hace un corto viaje a Burdeos, Tours y Oriéans, y luego vuelve a ponerse a la tarea para publicar en enero de 1868 su nuevo libro. El Génesis. los milagros y las predicciones según el Espiritismo. Esta obra es de las más importantes, porque, desde el punto de vista científico, sintetiza a las cuatro que le precedieron.

Enseguida se ocupa Allan Kardec de un proyecto de organización del Espiritismo con el que espera dar nuevo empuje y más vigor a la filosofía de que se ha hecho apóstol; procura desenvolver el lado práctico y en todo lo posible que produzca frutos. Su preocupación constante es buscarse un sucesor, porque sabe que su fin está cercano y quiere asegurar la suerte futura del Espiritismo.

Desde los primeros años del Espiritismo, Allan Kardec había comprado con el producto de sus obras pedagógicas 2.666 metros cuadrados de terreno en la Avenida Segur, detrás de los Inválidos; y habiendo esta adquisición agotado sus recursos, hizo al Credit foncier un empréstito de cincuenta mil francos para hacer construir sobre aquel terreno seis casitas con jardín. Abrigaba la esperanza de retirarse a una de ellas, la Villa Segur, convirtiéndola luego en casa de retiro donde pudieran refugiarse en su ancianidad los defensores indigentes del Espiritismo.

En 1869, la Sociedad Espiritista se reconstituía bajo nuevas bases como sociedad anónima, con un capital de cuarenta mil francos, dividido en cuarenta lotes de mii francos para la explotación de la librería de la Revue Spirite y de las obras de Allan Kardec. La nueva sociedad debía instalarse el 10 de abril en la calle de Lille, en el núm. 7. Allan Kardec, cuyo contrato en el pasaje de Santa Ana estaba a punto de terminarse, contaba retirarse entonces a la Villa Segur para trabajar más

activamente en las obras que le faltaba escribir y cuyos planes y documentos ya tenía. Estaba, pues, en todos los preliminares de un cambio de domicilio, cuando el 31 de marzo la enfermedad de corazón que le minaba sordamente le arrebató a la afección de sus discípulos. Fue una pérdida inmensa para el Espiritismo, que veía perder su fundador, su propagador más ardiente.

Hipólito Leon Denizard Rivail, Allan Kardec, contaba, al morir por la ruptura de un aneurisma, 65 años.

Una apiñada muchedumbre acompañó al Pére Lachaise, su última morada, los despojos mortales del que fue Allan Kardec, y que brillará como un meteoro radiante en la aurora del Espiritismo.

Cuatro discursos se pronunciaron sobre su tumba; el del Sr. Levent por la Sociedad Espiritista de París, el de Camilo Flammarion, el de Alejandro Delanne, y principalmente el de E. Mulier, que, en nombre de la familia y de sus amigos, dirigió al querido difunto su último adiós.

No se crea que Allan Kardec, por razón de sus grandísimos trabajos, fuese persona de carácter intratable y hosco. Muy al contrario, tenía un gran fondo de alegría innata y bonachona; sabia hermanar la amabilidad menos impertinente con los más serios estudios y, conservándose siempre sobrio y digno en la expresión, sabia teñirla de exquisito humor gaulois y de una cáustica y amable ingenuidad. Le gustaba reír con franca, larga y expresiva risa, y poseía el don de comunicar a los demás su buen humor.

Todos los periódicos de la época, al morir Allan Kardec, dieron a su muerte las proporciones de un acontecimiento.

Por nuestra parte prescindimos de contaros los detalles de esta muerte. ¿Qué importa el modo como se parte una espada? Allan Kardec murió a su hora porque su labor estaba hecha. Nadie como él habría sido capaz de llevar a buen fin aquellas obras de propaganda a la cual debía sacrificar las largas vigilias que nutren el espíritu, la paciencia que educa la voluntad y la abnegación que desafía las nieblas del presente para no ver más que el esplendor del porvenir.

Allan Kardec ha dado principio, por sus obras, al dogma que presentían las sociedades más antiguas.

Conviene insistir muy especialmente en un punto: la caridad santamente cristiana de Allan Kardec, de él puede decirse que su mano izquierda ignoraba siempre los beneficios que hacía con la derecha. No tuvo memoria para la infidelidad. Anónimos, insultos, traiciones, injurias sistemáticas, nada le fue escatimado a aquella alma viril que en bloque y toda entera penetró en la inmortalidad. De todo prescindió el maestro para no recordar más que los beneficios.

Fue el apóstol y el cantor de la Bondad de Dios.

Apéndice

Gracias a la generosidad de la hermana Espérance, y al mucho amor que profesa a nuestros queridos ideales, podemos ofrecer a los lectores las siguientes páginas, que figuraban en las ediciones hechas por Allan Kardec de su popular obra El Evangelio según el Espiritismo, páginas que, no sabemos por qué motivo, dejaron de figurar en las ediciones hechas después de la desencarnación del gran filósofo.

Conocimiento de sí mismo

Prefacio. Conócete a ti mismo, ha dicho un sabio. Y el único medio de conocerse es hacer el análisis de la propia conciencia. Tal es el fin de las preguntas que siguen, las cuales podemos formular pensando íntimamente en Dios, a quien será ésta sin duda la más agradable oración.

Aquel que, en vez de examinarse a sí mismo, examina a los demás, es digno de censura, se le puede aplicar aquellas palabras de Jesús: "Veis la paja en el ojo del vecino y no veis la viga en el vuestro." Y lo sería todavía más si se utilizase de ese examen para criticar con malevolencia a sus semejantes. Si, por el contrario, ve con indulgencia las faltas de los demás y se sirve de ellas como de un ejemplo que se esfuerza en no seguir, entonces no hace nada reprensible. (El Evangelio según el Espiritismo, cap. X, núms. 19, 20, 21.)

Quien medite profundamente sobre las preguntas que siguen, reconocerá enseguida que pueden darnos como el balance casi exacto de nuestra propia conciencia. Pero, ¿cómo resolvemos a hacer diariamente este examen? ¿No se opondrán a ello las cotidianas ocupaciones? A esto puede contestarse con el axioma: Quien quiere de veras el fin, quiere los medios. Nos dirigimos, pues, a aquellos que quieren el bien en la práctica, no en la teoría solamente; a aquellos que quieren el bien en ellos mismos y no tan sólo en los demás; a aquellos, en fin, que comprenden que para coger es preciso sembrar. Se puede aún añadir que, si pasamos horas y días sacando cuentas que han de producirnos algún beneficio material, bien podemos dedicar unos minutos a sacar la cuenta de un provecho mucho más duradero.

Supongamos que hay muchas personas imbuidas de tales principios, esforzándose en trabajar por su perfección, con la mira de obtener la mayor cantidad posible de respuestas satisfactorias a las preguntas siguientes. Es evidente que sus relaciones serán a la vez seguras, agradables, exentas de todo engaño, puesto que todas ellas evitarán hacer nada que pueda perjudicar a los demás, o siquiera causarles la más simple contrariedad. Que los padres inculquen esta costumbre a los hijos, los maestros a sus discípulos, los amos a sus servidores. Que en las reuniones piadosas de familia, cada uno de esos artículos sea motivo de una instrucción. Así es como se hará penetrar en los corazones el sentimiento del deber y se ayudará a la reforma moral de la Humanidad. Un pueblo que estrictamente se guiase por estas reglas, realizaría toda la felicidad que puede esperarse en la Tierra.

Pero, ¿quién dará a los hombres la fuerza de vencer sus inclinaciones? La certeza de que les va en ello un interés inmenso, un interés superior a los intereses de la Tierra. Esta certeza la hallarán en la fe inquebrantable que el Espiritismo da en un porvenir que la razón admite y cuya realidad demuestra los hechos. Con el Espiritismo, la duda deja el lugar a la convicción, y con la convicción, el hombre se eleva, con el pensamiento, por encima de la esfera material.

La fe en el porvenir es la piedra angular de la perfección moral del hombre en la Tierra. Ella sola le dará fuerzas para vencerse a sí mismo. Sin ella, concentra todas sus facultades en los

placeres de la vida corporal y acaba por ser profundamente egoísta. La caridad y la fraternidad son para él palabras cuya acción se detiene ante la tumba. Con la fe en el porvenir, el hombre puede operar prodigios de transformación sobre sí mismo.

Nota. Las preguntas de la primera serie, bajo el epígrafe de cuestionario breve, contienen implícitamente todos los deberes y bastan para el examen cotidiano que puede hacerse de las propias acciones. Las preguntas de la segunda serie son su desenvolvimiento, y precisan los hechos de manera que se pueda fijar con más exactitud las ideas de los que seriamente quieran trabajar en su perfección. En virtud de su mayor extensión, pueden reservarse para cuando se disponga de mayor espacio de tiempo.

Cuestionario breve

1. ¿Me he olvidado de elevar mi alma a Dios, de darle gracias por los beneficios que me ha concedido, por las alegrías que he gozado, por las buenas inspiraciones que ha permitido que me diesen los buenos espíritus?

2. ¿He dudado acaso de la justicia y de la bondad de Dios? ¿He murmurado contra sus designios o las pruebas de la existencia?

3. ¿He dado a mi tiempo y a mis facultades un empleo útil, inútil o perjudicial para mí o para los demás?

4. ¿Puedo decir, al final de la jornada: He hecho algo bueno, he sido útil a mis semejantes, no he causado mal a nadie, no he faltado a los deberes de mi posición?

5. ¿He cometido alguna acción que me avergonzaría declarar?

6. ¿He hecho algo que considere digno de censura en los demás?

7. ¿Me he complacido en malos pensamientos, o bien los he rechazado?

8. ¿He resistido a la tentación de hacer el mal, o bien he cedido al impulso de algún mal pensamiento? ¿He logrado sobre mí mismo alguna victoria?

9. ¿He dicho alguna palabra, he cometido alguna acción que pudiese perjudicar a otro, herir su susceptibilidad o causarle pena?

10. ¿Ha debido sufrir alguno las consecuencias de mi carácter, de mi cólera, de mi mal humor, de mi irritabilidad, de mis excesos, de mi negligencia o de mi orgullo?

11. ¿Me he olvidado de consolar a los afligidos, o de mitigar algún sufrimiento habiéndolo podido hacer?

12. ¿Acaso he hecho a alguien lo que no hubiese querido que me hicieran a mí? ¿He hecho por los demás lo que hubiese querido que hicieran por mí?

Cuestionario extenso

1. ¿Me he procurado algún placer o alegría a costa de un tercero, o bien ha sufrido alguien por mí?

2. ¿Voluntaria o involuntariamente he hecho daño a alguien? ¿Me he olvidado de reparar el daño que haya podido causar?

3. ¿Me he negado a auxiliar a alguno de mis semejantes, o he rehusado servirle, sólo porque no participaba de mis opiniones o de mis creencias?

4. ¿He hecho el bien pensando sólo en mi provecho personal, o cuando lo hube hecho he estado calculando las ventajas que podía traerme?

5. ¿He hecho el bien por ostentación? ¿He buscado los aplausos por el bien que cumplía? ¿Me he alabado por los servicios que hubiese hecho a otros?

6. Al prestar a alguien un servicio, ¿lo he hecho de modo que pudiese herir su susceptibilidad o su amor propio? ¿Alguna vez he procurado humillar a aquellos que me estaban obligados o agradecidos? ¿Alguna vez he reprochado a nadie el bien que le hubiese hecho?

7. ¿Me he negado alguna vez a hacer el bien, por antes haber sido pagado con ingratitud?

8. ¿He dado algo que luego haya sido para mí una privación? ¿Me he alabado de haber dado lo que ninguna falta me hacía, o bien de la privación que con ello me impuse?

9. ¿He obrado con mezquindad o con avaricia, cuando podía haberlo hecho con largueza y generosidad?

10. ¿Me ha faltado indulgencia con las faltas del prójimo?

11. ¿He sido más rígido para los demás que para mí mismo? ¿He buscado las faltas de los demás antes que las mías? ¿He reprochado en los demás aquello de que yo también soy culpable?

12. ¿He hecho resaltar y puesto en evidencia las faltas de los otros, en vez de disimularlas o atenuarías?

13. ¿He perdonado las ofensas, como yo quisiera que me fresen perdonadas las mías? ¿Lo he hecho sin reticencias y sin segundas intenciones?

14. ¿Han perdurado en mí los sentimientos de odio, de rencor o de animosidad contra alguien? ¿Si quisiera Dios sacarme hoy mismo de este mundo, puedo estar seguro de no llevarme ningún resentimiento?

15. ¿He concebido ideas de venganza contra alguien? ¿He ejercido acaso alguna venganza?

16. ¿He deseado bien o mal a aquellos de quienes tengo alguna queja? ¿Me he alegrado o me he entristecido por el bien que han alcanzado mis enemigos? ¿He deseado la muerte de mis enemigos?

17. ¿He tenido más presente el mal que el bien que se me ha hecho?

18. ¿En tal o cual circunstancia he devuelto bien por mal, mal por mal o mal por bien?

19. Si en tal circunstancia no he hecho mal, ¿ha sido por mi voluntad o porque me ha faltado la ocasión? ¿He ahogado la voz de mi conciencia, cuando me decía que lo que iba a hacer era cosa mala?

20. ¿Me he dejado dominar por la vanidad y el amor propio? ¿He buscado lo que podía halagar mi orgullo y mi vanidad?

21. ¿Me he envanecido por los bienes que me fueron concedidos; por la fortuna o las perfecciones físicas; por mi inteligencia o por mi saber? ¿He procurado poner en evidencia mis beneficios personales, hacerlas valer en daño de otro, humillando a alguien con su comparación?

22. ¿Me he guiado en mis acciones por el temor de la opinión antes que por mi propia conciencia?

23. ¿He sentido herida mi susceptibilidad por los consejos que me han sido dados, por las criticas que se han hecho de mis ideas, de mis opiniones o de mis producciones? ¿He concebido animosidad contra los que no me han aprobado?

24. ¿He mostrado encono o susceptibilidad por parecerme que se me faltaba en algo o que se atacaba a mi dignidad?

25. ¿He dado más importancia a las cosas temporales que a las espirituales? ¿Me ha causado pena la pérdida de algún bien temporal?

26. ¿Me ha faltado valor para sufrir la adversidad?

27. ¿He deseado la muerte? ¿He tenido la idea de sustraerme, por la muerte, a las pruebas de la vida?

28. ¿He envidiado la suerte de los que poseían lo que yo no tengo y pueden darse los placeres que yo no puedo procurarme?

29. ¿He envidiado alguna vez los bienes, las ventajas y los éxitos de los demás? ¿He ambicionado el bien o la posición de los que están por encima de mí?

30. ¿Los celos me han llevado alguna vez a cometer actos o decir palabras reprensibles?

31. ¿En las instrucciones dadas por los espíritus he buscado lo que podía aplicarse a mi antes que a los demás? ¿Me he esforzado en aprovecharme de sus enseñanzas?

32. ¿Hay alguna imperfección de la cual me haya corregido por la influencia del Espiritismo? ¿Soy más sinceramente religioso, más caritativo, más indulgente, más benévolo para el prójimo; más sobrio y más moderado en todas las cosas; más indiferente a las tribulaciones de la vida? ¿Me espanta menos la muerte, soy menos orgulloso, menos egoísta, menos amante de las ventajas materiales y de las distinciones mundanas, menos ambicioso, y menos apegado a los bienes temporales?

Puntos de meditación

1. Pensando en la brevedad de la vida corporal, en comparación de la espiritual, que es infinita, he de considerar de cuán corta duración son los males terrestres para aquél que hace lo que debe para no merecer otro castigo después de esta existencia.

2. Elevándome, con el pensamiento, por encima de la vida terrestre, para considerarla desde el punto de vista del Más Allá, he de comprender cuán pueriles y cuán mezquinas son las cosas a que damos tanta importancia y que tanto nos atormentan aquí en la Tierra.

3. Antes de quejarme, he de mirar por debajo de mí, y al ver a otros más infelices he de dar gracias a Dios por haberme ahorrado mayores sufrimientos.

4. Remontando a la fuente de mis aflicciones, he de ver si no soy yo acaso el primer causante de ellas, o son tal vez consecuencia de una primera falta, de una imprevisión, del orgullo, de la ambición, de la avaricia o de los impulsos de pasiones a las cuales no hubiese sabido resistir. En este caso, no puedo acusar a nadie sino a mí mismo.

5. Siendo Dios soberanamente justo y bueno, no puede afligir a sus criaturas sin motivo. Debo, pues, decirme que si padezco este sufrimiento ha de tener una causa, y que esta causa ha de venir de mí mismo, nunca de Dios. Que si mis aflicciones no tienen su origen en las faltas de esta vida, han de ser forzosamente el castigo de faltas cometidas en una vida anterior.

6. Si sufro en mi orgullo humillado, he de pensar que, sin duda, yo humillé a otros. Si me desprecian o me maltratan, es que yo maltraté o desprecié a otros, y estoy sufriendo la pena del talión. Si sufro por la falta de lo necesario, si padezco frío y hambre, es tal vez que fui rico e hice mal empleo de mi fortuna. Si son mis padres que me martirizan, es que yo fui quizás un mal padre, y si sufro por mis hijos, es que fui tal vez un mal hijo, y así sucede para hacerme padecer lo que yo hice padecer a los otros.

7. Debo decirme también que, si mis actuales sufrimientos no son castigos directos de faltas análogas, son tal vez pruebas libremente elegidas por mí, con la mira de mi perfección, y que los frutos que ellas den han de hallarse en razón directa de mi paciencia y mi resignación.

8. Al ver a un miserable que me tiende la mano, he de pensar que, si le desprecio, yo seré despreciado igualmente, si no en esta existencia, sí en una existencia futura.

9. En mi conducta con mis servidores y mis inferiores, he de pensar que puedo de la misma forma tener que servir a aquellos a quienes he mandado. Que si soy duro, exigente y arrogante con ellos, de igual manera seré tratado. Que los que son hoy mis inferiores o mis subordinados, han podido ser antes mis iguales o mis superiores, y aun estar ligados a mí por los lazos de la familia o de la amistad.

10. No podemos pedir a Dios más que lo necesario. No tenemos derecho alguno a lo superfluo, ateniéndonos a que este derecho tendría que ser igual para todos, y que, en el estado actual de nuestro mundo, hay imposibilidad material de que cada uno de los habitantes de la Tierra pueda disfrutar de lo superfluo. Si tengo lo necesario, he de considerarme, pues, feliz. Si tengo lo superfluo he de decirme que, dado que nada he de llevarme de la Tierra, la fortuna de que gozo no es más que un depósito del cual soy únicamente el administrador y usufructuario. Que, al concentraría en mis manos, Dios me ha confiado un poderoso instrumento para el progreso y el bien de todos, con la misión de dirigir su empleo, y del cual habré de dar en su día estrecha cuenta. Si no la hago servir más que para mi personal satisfacción, Dios me aplicará estas palabras: Tú has recibido ya tu recompensa.

11. Si me siento afligido por la pérdida de personas que me fueron queridas, he de felicitarme de que hayan salido antes que yo de su destierro y antes que yo gocen de la felicidad de la vida espiritual, exenta de las amarguras de la vida terrestre. Y me he de consolar de su partida pensando que no hay entre ellas y yo más que una separación momentánea, y que más frecuente y fácilmente podrán hallarse ahora cerca de mí.

12. No hay una sola imperfección que no tenga sus consecuencias inevitables en el presente o en el porvenir. He de decirme, pues, que todos los defectos de que yo no me hubiese corregido, todas las faltas que no hubiese expiado o reparado en esta vida, son otras tantas deudas que me será preciso pagar tarde o temprano y que en una nueva existencia habré de sufrir las privaciones, las penas y los sufrimientos, que son su contrapeso.

13. La nada después de la muerte es lo que haría inútiles los esfuerzos que yo pudiese hacer para mejorarme. Gracias al conocimiento que tengo de la vida futura, sé que nada de lo que se

adquiere es perdido, y que todo sirve para el propio progreso. No he de despreciar, pues, ninguna ocasión de mejorar como a espíritu y de purificar mi alma, aun con la certeza de que me queden pocos años de vida, diciéndome que todo eso tengo ganado por otra existencia.

14. Los accidentes y las enfermedades que ponen nuestra vida en peligro son advertencias para hacernos pensar en la fragilidad de nuestra existencia, que puede acabar de un momento a otro. Nos manifiesta la necesidad de aprovechar, para nuestro progreso intelectual y moral, el plazo que nos es concedido, pues no nos llevamos de este mundo más que las cualidades del alma, y únicamente éstas son tenidas en cuenta.

Índice